

MERCET

POR LOS MARES Y ESPAÑA







RICARDO G.ª MERCET
(DICK)

Por los mares y España

(IMPRESIONES DE VIAJE)



MANILA

TIFO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.
Escolta, núm. 33
1895

POR LOS MARES Y ESPAÑA

(Impresiones de viaje)

RICARDO G.ª MERCET

(DICK)

Por los mares y España

(IMPRESIONES DE VIAJE)



MANILA

TIPO-LITOGRAFÍA DE CHOFRÉ Y COMP.
Escolta, núm. 33
1895

PRÓLOGO

Es costumbre, que ya ha tomado cuerpo de obligación entre los escritores, anteponer á los páginas de toda obra que va á salir á luz breves consideraciones que sirvan como de disculpa y presentación al libro que encabezan. De rendir tributo à esta práctica, que no deja de tener fundamento, sólo suele eximirse el novelista, por que la novela muy rara ver exige prólogo. En cambio colecciónes como la presente resultarian dificiles de entender sin prefacio, que por esta razón ha de trazar el autor mismo.

He aqui el motivo de este prólogo y por qué se debe à mi pluma. A tratarse de obra de diversa indole y de mayor empeño hubiese recurrido á cualquiera de

los escritores que me favorecen con su amistad, encargándole de este trabajo de presentación, enojoso, hasta cierto punto. Así, además de engalanarse estas páginas con las pompas del ingenio ajeno le daría regalo á mi oido y pábulo á mi vanidad, pues ó el prologuista no llenaba cumplidamente su misión ó habría de echarme algún piropo, llamándome, siquiera, pulcro, galano ó chispeante escritor, que es lo que van buscando que les llamen casi todos los que piden proemios para sus libros.

Este no lo merece: los articulitos que hoy ofrezco coleccionados al público, sobre no atesorar mérito de ninguna clase son ya conocidos, pues la mayor parte—lo inédito no pasará de media docena—han visto la luz en «La Oceanía Española,» para la que fueron expresamente redactados. Porque no se pierdan, porque no se olviden tan pronto, reuno estas crónicas, que escribí de prisa, sólo para salir del paso, y á las que miro ahora con singular predilección, pues me traen el recuerdo del país en donde vine al mundo, me hablan continuamente de la patria ¡Madre querida! cuyo calor echo de menos á pesar de hallarme entre los míos. Tampoco todo lo que envié al periódico reproduzco aquí: de la prosa fes-

tiva, de los artículos à lo Taboada he relegado el mayor número y sólo conservo algunos á petición del ''respetable público'', que aùn gusta del chiste del disparate.

Ofreciendo aquí el mercado de libros poca ó ninguna demanda á los autores no me forjo ilusiones respecto à la suerte que corra el que doy á luz, aunque yo sea de los pocos que, en Filipinas, han logrado romper el hielo. Desde este punto de vista el público, lejos de ser conmigo ingrato, me aprecia en mucho más de lo que valgo, me tiene por lo que no soy. Pero el número de lectores no es aquí todavìa suficiente para que reporte provecho la publicación de una obra La protección oficial compensa con creces al que se mete en estos trajines, cuando se trata de uno de esos peces gordos que tienen vara alta en las oficinas del Estado. El autor influyente, á poco que se menee, logra que le declaren su libro de ''utilidad pública'' y que con cargo á un crédito cualquiera le tomen varios miles de ejemplares, que representan otros tantos de pesos Que yo no me he de embolsar ninguno así, lo sé de fijo, porque, aunque esté mal que yo lo diga, soy

«un sujeto que tiene vergüenza,
pundonor y lo que hay que tener»

y no he de pedir á nadie "patentes de corso" para esta obra. El que "motu propio" quiera comprarla que la compre: sólo aspiro á que no me cueste el dinero, á no salir con las manos en la cabeza.

Y basta de prólogo. Ahora me encomiendo á la indulgencia del público Que lo sea una vez más con quien tantas veces lo fué y asunto concluido. Yo, á cambio de esta manga ancha, prometo no reincidir, no volver á meterle otro libro por las narices.

Dick.

Manila 26 de Diciembre de 1894.





¡ADIÓS, MANILA!



A estamos solos; ya empieza á percibirse la trepidación, el meneo sordo de la hélice, que corre como un extremecimiento por el barco. Ya el capitán ocupa el puente, el timonel empuña la caña y el serviola, desde el tope del palo mayor, atisba la misteriosa ruta por donde hemos de echar. Cada uno está en su puesto, y Dios, piadosamente pensando, en el de todos. Que no nos deje de su mano, es lo que hace falta.

Ya estamos solos; ya se fué la nube de amigos, curiosos y alborotadores. La despedida ha sido triste, llorosa, cordial, sincera. Aún se perciben huellas del llanto

en algunos rostros: en los enrojecidos párpados, en las ardorosas mejillas. Las mujeres retuercen entre los dedos el coquetón pañuelo de batista y se lo llevan de cuándo en cuándo á la boca, como para contener algo que quisiera escaparse del pecho. Los hombres, en pie, apoyados sobre las muras del vapor, saludan con las gorrillas de viaje á los amigos que no quieren abandonarnos aún y van en los remolcadores que escoltan al correo bahia afuera.

No se les oye. La distancia, que aumenta á cada paso, impide que lleguen á nosotros las frases con que acompañan el último adiós, pero la comunidad de ideas y sentimientos tiende hilos invisibles entre la nave que se aleja y los botecillos que por la popa van quedando, estableciendo misteriosas comunicaciones por donde circula el común pensar. A poder seguirnos, tras de nosotros irían hasta España, cuyo amor sienten ahora con más fuerza que nunca, hacia la que se ven arrastrados por impulso irresistible. Para ellos la Patria, que representa ahora esta gallarda nave en cuyos mástiles tremola el glorioso pabellón nacional, es un ensueño dorado que se desvanece, que pronto perderán de vista, que se borra y esfuma con rapidez que agiganta el desconsuelo.

También á bordo del *Santo Domingo* cierta nostalgia indefinible embarga los ánimos, que nadie deja imperturbable el país donde se vivió algún tiempo, donde echó raices la amistad, ó sentimientos más hondos germinaron. Ni aun los que salen de él achacosos y enfermuchos soportan indiferentes la partida ¡Quién sabe! Ahí, bien que mal, fueron tirando; mas ¿podrán resistir las molestias del viaje? Si el frío aprieta ¿no caerán al primer embate de los cierzos? A todos les lleva la esperanza de sanar, la ilusión remota de dar con la salud en el patrio suelo, pero al embarcarse se sienten también sobrecojidos por el temor de que sus padecimientos se recrudezcan, de que les llegue á bordo su última hora, de que si mueren tendrán por tumba el seno ignoto del océano.

La navegación no puede empezar bajo más felices auspicios. Es de buen agüero este dia primaveral, esta luz que como polvo de oro cae del cielo, este blando oleaje que nos columpia dulcemente. No encontrará, de seguro, tan hermosa y apacible la bahía el vapor que nos siga dentro de un mes, que entonces la monzón del sur, la que se cuela bramando por *boca chica* y *boca grande*, soplará con ímpetu removiendo furiosamente el mar. Nosotros

iremos á placer hasta el Indico, pero en el Indico aseguran los apocados que ya nos lo dirán de misas.

Yo, que no gusto de llorar duelos y quebrantos remotos, me atengo á este presente risueño y hago oidos de mercader á los augurios pesimistas en que los timoratos parece como que se recrean. Tonto de capirote se necesita haber nacido para dejarse llevar de la aflicción en un dia radiante como este.

Desde el castillo de popa del *Santo Domingo*, donde me encuentro y tomo estas notas, se abarca de una ojeada la bahía entera, que fulgura al recibir la luz del sol. Por derecha é izquierda muere el mar en costas y playas remotísimas, que azulcan al desvanecerse en el horizonte. Por la popa surjen Mariveles y el Corregidor, en cuyas verdes faldamentas echó Flora sus mejores galas, y allá, en el confín de la bullente ruta que la hélice va trazando, el caserío de Manila deslumbra como una paletada de cal que azota el sol.

Pronto esas soberbias perspectivas se perderán borradas en lo que no tiene limites, pero entre tanto la pupila, gozosa, se ufana paseándose por la mágica decoración en que descuella la gran metrópoli de Oriente. Aún distinguimos sus murallas, sus techumbres, sus paseos, los barrios

en que se dilata y busca nueva vida: la Ermita y Malate que, desde lejos, semejan venturosos jardines sembrados de hotelitos y palacetes. Por encima de lo más denso de la ciudad asoman las torrecillas del Carmen, el campanario de los Jesuitas, la cúpula de la parroquia de Tondo, las bóvedas de cien vetustos templos. ¡Bien se destaca todo lo que ahi impera!...

¡Adiós, Manila! No está ahora el horno para aventurarse en disquisiciones *filosóficas* y omito las que en otra ocasión me vendrían á la pluma. Mejor quiero llevar de ti el solo recuerdo de tus galas, de tu sereno y apacible ambiente, de tu florecimiento urbano. ¡Quién es capaz de hundirse en meditaciones estériles cuando la luz del sol lo baña y regocija todo, cuando la Naturaleza nos infunde la alegría del vivir!

¡Adiós!.. Qué digo adiós! Yo he de volver sano y potente á tu robusto seno... ¡Hasta la vista, Manila!...

Vapor *Santo Domingo* á 19 de Abril de 1894.





SINGAPORE.

I



CABO de llegar á bordo, donde ya se advierten preparativos de marcha. Tal vez sea yo uno de los pasajeros que más tiempo han permanecido en tierra, pues no hice caso del cartelito en que se anunciaba la hora de salida del vapor. La mayor parte estaban aquí mucho antes del momento marcado. Yo me figuré que no sería la puntualidad ninguno de los *timbres* ó blasones de la *Compañía Trasatlántica*, y he acertado. Llegué, pues, tarde, y en este momento, mientras el pasaje ocupa la cubierta del buque y se despide de los mercachifles malayos que pusieron feria en los muelles á donde

aquel estuvo atracado, yo; en el camarote, intento trasladar al papel las impresiones recogidas en esta primera escala del navegante hacia Europa. Ahora que aún vibra en mis oidos el bullicio de las calles de Singapore, que aún impresionan la pituitaria los olores de ese pueblo, que todavía noto molimiento de huesos de tanto corretear y husmear por plazas, avenidas, muelles, paseos y tenduchos; ahora que aún me parece que *masco* la atmósfera de Singapore (que realmente se masca en determinados puntos de la población), voy á ver si logro fijar todas esas impresiones, la mayor parte tan fugaces que estoy seguro de que mañana no podría definirlas.

Mientras escribo esto, oigo ruidos extraños que vienen de sobre cubierta: escapes de vapor, traqueteo de maquinillas á cuyo voltear se enroscan ó desenroscan cuerdas y cabos, golpes producidos por esas mismas cuerdas al chocar contra el maderamen del buque, pisoteo de todos los que se empujan hacia las bordas del barco, para no perder detalle de la partida, vocerío de los *malabares* y malayos que desde tierra aún ofrecen mercancías á precios ínfimos y que caso de ser aceptadas no sabemos cómo traerían á bordo, pues el vapor ya

se ve arrastrado, por potente remolcadorcito, hacia el centro del canal por donde hemos de echar en busca del estrecho de Malaca.

Por encima de todos esos ruidos llegan á mí fragmentos de conversaciones cortadas por golpes secos, palabras sueltas, á veces sólo sílabas; pero por muy poca atención que ponga á ese confuso charloteo pronto advierto que sílabas, palabras sueltas, oraciones á medio terminar, períodos más ó menos redondeados, se cruzan entre mis *combarcanos* y se refieren á *la visita* del puerto que se abandona, del cual cada uno lleva un recuerdo: una moneda ó un billete falsos, una tablita de maque, un abanico de nácar, tal vez una pieza de seda, algún puñado de bastones de los que *clásicamente* se llaman en Madrid de *caña de Indias,* un par de conchas ó madréporas, ó... un par de *caracoles* como puños.

Esto ocupa á todos; es la obsesión del momento, lo que determina el rumbo de las conversaciones, lo que servirá de pasto á los diálogos por dos ó tres días, hasta que empiece á hablarse de la *frustrada* escala de Colombo y se desespere cada cual contando lo que aún falte para fondear en el desmantelado é inhospitalario Aden, segundo punto de es-

cala en este viaje de regreso á la Madre Patria.

—

A Singapore hemos llegado dos ó tres horas antes de lo que calculaban los más optimistas.

Ya á media noche de ayer empezó á distinguirse el parpadear de la luz del faro que indica la entrada de este puerto por el mar de la China, y á primera hora de la madrugada, cuando aún el sol no había conseguido disolver el polvo de agua que la noche levanta sobre la superficie de los mares, lo hemos dejado por la banda de estribor, solitario y triste: un torreoncillo que parece un pilón de azúcar, asentado sobre un puñado de piedras cuyos bordes besa mansamente el mar: este mar, que al salir de Manila era azul, intensamente azul de zafiro; que después tomó el color plomizo y las turgencias de un baño metálico en fusion, y que ahora es verde, verde esmeralda ó, mejor diré, verde berilo, porque no tiene las trasparencias ni la pureza de tintas de la esmeralda propiamente dicha.

Despues del faro, por babor y estribor, ha ido desarrollándose un pintoresco panorama, esmaltado de islotes cubiertos de rica y fastuosa vegetación, de pequeños escollos que parecen formaciones madre-

póricas aún en génesis, de montículos en cuyas cumbres ó vertientes se distinguen casitas blancas ó nipáceos caseríos de color parduzco que la distancia confunde con el verde intenso del aterciopelado follaje, de lindas fajas de tierra que son prolongaciones de la que allá, en el fondo hacia donde el vapor tiene la proa, se vislumbra como firme. Y por babor y estribor, al tiempo que se desarrolla toda esa cinta variadísima, pasan embarcaciones de diverso porte: algunas que por lo pequeñas y la vela que montan recuerdan las vintas de los moros de Mindanao y Joló; otras los *champanes* chinos; muy pocas las barcas, pancos y pontines que surcan los aguas de Luzón y Visayas.

Echando una mirada hacia adelante, por la cinta verde que á uno y otro lado del vapor se desarrolla gallardamente, se ve allà, en el fondo, bajo una inmensa nube gris que se despliega en el cielo como la cola de un gran pájaro, una mancha rojiza, puntos blancos, un montecillo obscuro, y más acá las líneas inconfundibles con que navíos y vapores dibujan su casco y arboladura sobre lo vago é incierto de la atmósfera. Las manchas rojas, los puntos blancos, el montecillo obscuro, son el marco en que está contenido Singapore, y las características

líneas de más acá los buques fondeados en su anchurosa bahía. Conforme avanza el vapor, todo aquello, remoto y difuso, vá concretándose y distinguiéndose, hasta resolverse, por decirlo así, en sus elementos: una alta montaña, umbría y frondosa, que surge detrás del mar; á trechos, los colores verdes intensos del fondo cortados por manchones rojos, de canteras rosáceas, de fría desnudez; caseríos blancos entre la espesura del boscaje y, al pie de la montaña, en toda su extensión, edificios bajos, achaparrados, que tienen trazas de almacenes ó de oficinas; pocas chimeneas que anuncien fábricas, industrias ó manufacturas; alguna torrecilla que es remate de un templo católico ó protestante; muelles ocupados por vapores sobre cuyos mástiles tremolan banderas de todas las naciones; barcos de rara arboladura y casco extravagante.

El vapor pasa por frente á todo eso y lo deja atrás: creeríase que prescinde de la escala de Singapore y que sigue con rumbo á Colombo ó Aden; pero no es así. Deja la hermosa bahía para buscar detrás de una lengua ó cabo de tierra que sobre el mar avanza, el Singapore negro, sucio, destartalado; el Singapore de los depósitos de hulla, donde

los barcos se provisionan de combustible; el Singapore en cuyo aire flota polvo de carbón y en que no se vé más que hombres tiznados, trajes negros, manchas obscuras por todas partes. Al llegar á ese barrio de fogoneros el vapor detiene su marcha y busca un hueco en los muelles á donde atracar, hueco que parece muy difícil de conseguir, pues aquí se distingue un navío francés, más allá un vapor ruso, á continuación de este un trasatlántico en cuya popa ondea la bandera tricolor, luego un trasporte austriaco, después dos ó tres buques ingleses, en seguida otro que se engalana con un trapajo de color indefinible y cuya nación no es posible adivinar... y así siguen barcos y más barcos, á lo largo de los malecones, hasta el fin de aquella fila de montículos cónicos de carbón mineral. Por último, entre un puerquísimo vapor austriaco, en cuya popa hormiguea un enjambre de chinos, y un hermoso trasatlántico francés, limpio y bruñido del timón al tope, se acomoda el nuestro, el vapor *Santo Domingo,* que sin llegar al lujo de aquel puede figurar en primera línea entre la escuadra que componen los buques atracados á los muelles de Singapore.

Vapor *Santo Domingo* á 22 Abril 94.

II

Antes de fondear ya se ve el buque rodeado de piraguas, de pequeñas embarcaciones, especie de bancas, tripuladas por malayos que vociferan furiosamente y que en lengua imposible de comprender piden que se les arroje dinero al agua, para luego ellos zambullirse y buscarlo en el fondo del canalizo. Pocos pasajeros caen en la tentación de echarse mano al bolsillo y buscar una moneda que ofrecer á estos buzos de tres al cuarto, pero no falta quien saque alguna reluciente y argentina pieza y la despida generoso. Entonces, los vocingleros malayos, celebran el rasgo del despilfarrador con formidable algarabía y es de ver cómo se arrojan de cabeza al mar, cómo se zambullen, chocando unos con otros, y cómo reaparecen luego, jugando, como tritoncillos, en el agua. Uno de los tales, lleva, por supuesto, la moneda aprisionada entre los dientes.

Al atracar al muelle, son otros *buzos* los que esperan al pasajero para explotar su buena fé ó generosidad: *buzos* que se precipitan sobre la cubierta del vapor tan pronto como este es admitido á libre plá-

tica, y empiezan á distribuir anuncios de hoteles y *restaurants*, ofrecen plata española (algunas de cuyas piezas no me han parecido muy católicas) á precios mucho más *módicos* que en Manila; meten por los ojos *chucherías* de maque, piezas de seda, pañuelos, sombrillas japonesas, conchas, esponjas, caracoles, frutas en conserva y al natural... ¡y billetes del Banco de España...! El que se acerca á ustedes vendiendo un paquete de *cha*, unos muñecos de marfil, un pañolón de Manila, bordado con sedas de mil colores, una docena de cajitas ó bandejas de maque, acaba, si no muerden pronto el anzuelo, por ofrecerles billetes á cambio de plata mexicana ó filipina, aquella con más depreciación que esta, sin duda por la dificultad de introducirla en el Archipiélago.

Pocos pasajeros se limitan á estas insignificantes transacciones que se verifican á bordo; los más, en cuanto fondea el vapor, saltan á los muelles y se dirigen á tierra precipitadamente, ya ocupando el aristocrático "singapur"—vehículo que también corre por las calles y calzadas de Manila,—ya tomando asiento en unas calesitas de dos ruedas, de que tira algún chino *trotón*, de recia musculatura pero de famélico semblante.

Singapur ó calesa échase á rodar por un camino desnudo, asoleado, especie de terraplén artificial, levantado en el seno de manglares que aún cubre el agua constantemente en muchas partes y que por otras sólo inunda en las grandes mareas. El camino, que cruza manglares primero, se mete después en tierra firme y empieza á verse bordeado de edificios: de grandes camarines ó depósitos, de alguna casita aislada, de tal cual oficina ó fábrica ó departamento, de algún casucho de *tabla* y nipa tan maltrecho que amenaza ruina. Y por los lados de la carretera, ó por el centro, cuando ya avanza hacia la parte más populosa de la población, picotean gallinas acompañadas de su prole, sestean vacas y toretes, descansan búfalos, *triscan* potros jovencillos... ¡Todo esto nos recuerda Manial y su *Arcadia municipal* y demuestra que también en casa de los estirados ingleses, á pesar de sus severidades y rigorismos, se cuecen habas á calderadas! Siempre es un consuelo ver que no va uno solo por el camino de la desidia, el abandono y la incuria, mejor dicho, que, desde este punto de vista, las colonias españolas no tienen nada que *envidiar* á las prósperas colonias inglesas.

La *entrada* de Singapore es sucia, triste,

miserable; se parece á la de algunos pueblos de ese archipiélago, por lo pobretona, por sus casuchas, por la *ausencia* de policía; sólo la calzada ó camino que desde los muelles conduce á Singapore discrepa grandemente de las calzadas ó caminos de Filipinas: estos, por lo general, están desatendidos, mal cuidados—no es preciso que haga yo aquí su apología,—aquella, enarenada, uniforme, lisa, revela una atención y un trabajo constantes.

Después de recorrer los suburbios ó afueras de lo que por tratarse de una colonia inglesa llamaremos *la city*, bruscamente el camino de los muelles desemboca en una á modo de vasta plazoleta, rodeada de grandes edificios y cuyo centro lo forman enarenados jardines; y de aquí parten calles en uno y otro sentido, calles anchurosas, en que se alinean correctamente caserones que por su aspecto exterior deduzco yo que serán oficinas, bancos, casinos, museos ó institutos.

Deben de componer el núcleo de *la city*, de la población oficial, dos ó tres calles paralelas, cortadas por otras transversales que de fijo concurren á un centro común. Porque en el fondo de todas estas se divisa un montículo verde, que semeja hermoso ramillete de hojas, montículo en cuya

cúspide los enhiestos palos de una estación semafórica, revelan hallarse en charloteo continuo con el puerto, pues tan pronto arbolan conos y esferas como banderolas de diversas hechuras y colores. Aquello es una conversación constante, que se traduce por la renovación rapidísima de figuras y gallardetes.

En esta porción céntrica de Singapore se manifiesta, así como en toda la colonia, una vida menos europea que en Manila, pero mucho más activa, mucho más comercial que la que se nota en la capital de nuestro esplendoroso archipiélago. En las calles que en Singapore vienen á ser lo que es la Escolta en Manila, falta la circulación de carruajes de lujo, la afluencia de damas, los grandes bazares, los suntuosos comercios, los almacenes que no desdecirían ni en París; pero se advierte un trajín de mercancías, un modo de marchar en las gentes, un gesto ó una arruga en el rostro de los europeos, que revelan bien á las claras á un pueblo que se preocupa de su negocio, que vive del trabajo y que pone empeño en trabajar con calor, sin perder minutos en pasear por las aceras de las calles, en *ir de tiendas* ó en ajustar las cuentas al vecino, mientras se trinca, en los cafetines donde sirven algo que beber. Este *carácter* de la vida de

Singapore me hace pensar con pena, con hondísima pena, en el carácter *frívolo* é insubstancial de la vida que llevan mis compatriotas en Manila.

—

Hay otros barrios, hay otras calles, mejor dicho, en el centro de la población, cóndeándose con el Singapore esencialmente inglés—el de los hoteles, el de las grandes avenidas sombreadas de corpulentos árboles, el de los *esmeradísimos* jardines á la inglesa, el de los *higiénicos* templos—hay otras calles, repito, que parecen como calcadas ó vaciadas en los moldes de algunas calles de Manila, por las que el inmigrante asiático tiene marcada preferencia. Esas calles me recuerdan las del Rosario, Santo Cristo, San Fernando... ¡qué sé yo! Todo ese sin número de arterias y callejuelas en las que el comercio se ofrece en sus manifestaciones más ruines y minúsculas: en tenduchos donde el mercachifle hace á pluma y á pelo y vende frutos secos ó frescos, granos y semillas, vasijas de loza, cerraduras carcomidas por el orín, bocamazas aplastadas y deslucidas, faroles de papel con inscripciones ó garabatos chínicos, telas, cristalería; objetos inútiles é inservibles, extraidos de algún basurero, junto á canastillas ó bilaos donde una fruta extraña

ó muy vulgar incita á que se le hinque el diente. En Singapore, á la puerta de casi todas esas tiendas hay colgajos de piñas, de la regia piña, el fruto más elegantemente coronado, ó cestos tan llenos de naranjas que parece se van á verter sobre el arroyo. En el dintel de otras, chinos á medio desnudar, al aire los nervudos brazos y el robusto tronco, forjan el hierro á martillazos, haciendo saltar chispas incandescentes del ascua ó del lingote enrojecido. Y tal es el trajín y el movimiento por todas esas calles, y tal la priesa de los que van y vienen, á pie ó en incómodos vehículos, que sin que el aire agite la más alta y desmayada rama de ningún árbol, flota en la atmósfera un polvillo terroso, que se mete hasta las fauces y embaraza la respiración; polvillo levantado por el desgaste de la arena, por el correr continuo. Este movimiento, este afán, este impulso que se adivina que es producido por las necesidades de una población esencialmente comercial y trabajadora, y rica y floreciente, sólo se observa algunas veces en Manila en los muelles del Pasig, desde la Capitanía del Puerto al asendereado y recompuesto puente de España.

—

Todo esto lo escribí de un tirón, y aún

quise continuar, pero no pude. Al llegar aquí, arrojé con hastío la pluma y han pasado no sé cuántos dias antes de que me determinara de nuevo á cojerla.

Hoy, que quiero seguir hablando de Singapore, cierro los ojos para evocar con más fuerza y más intensidad las imágenes, y todas surgen borrosas y confundidas. Al hundirme en este trabajo mental, del fondo obscuro de la cámara que se presenta ante mí, cerrando los párpados, veo destacarse cien figuras que saltan, bailotean y se disuelven unas en otras. Los muelles de Singapore, aquellos muelles negros, donde se respira polvo de carbón y se mueve un hormiguero de desollinadores; las calesitas de dos ruedas tiradas por chinos; los montículos verdes que se divisan en el fondo de las calles; la bahía, siempre surcada por algún buque de vapor que entra ó sale del puerto; el bullicio de las calles; los pulquérrimos jardines; los templos de diversas religiones, desde la capilla evangélica, con su *afónica* torre, á la pagoda budista cuyos cuerpos policromos y caprichosamente recortados resaltan con elegancia en lo azulado de la atmósfera; las grandes oficinas; los establecimentos bancarios; los comercios europeos, lujosos pero sin compradores que los animen; las tiendas malabares—donde

se encuentran los bronces y porcelanas que en Manila, pero á precios ínfimos, los maques, incomparablemente más baratos, las sedas bordadas en oro ó en vivos colorines, por muy poco dinero;—los tenduchos de frutas, de barajitas, de comistrajos; los talleres en que trabajan hombres desnudos que tienen la piel lustrosa por el sudor; las tabernas ó cervecerías, algunas pomposamente rotuladas con el nombre de *institutos!*; los hoteles, amplios, cómodos, frescos, rodeados de jardines por los cuales se diseminan las diversas dependencias, como dormitorios, baños, salón de juego y comedores... eso es lo primero que mi mente evoca.

Después se me ofrecen al recuerdo las *quintas*, dispuestas á uno y otro lado de las anchurosas calzadas, en los montecillos frondosos por donde se ensancha y busca nuevos terrenos y nuevos horizontes Singapore; los grupos de *arecas*, tan gentiles, con su penacho de follaje y sus graciosas sartas de dorados frutos; las plantaciones de cocoteros, por entre cuyos troncos se pierde y como desvanece la vista; los majestuosos ejemplares de la *palmera-plátano*, cuyas ramas se despliegan como gigantesco abanico; los árboles más extraños y de más elegante porte;

los cuarteles, allá en la cumbre de las montañas situados, donde el aire se renueve con facilidad y arrastre en sus corrientes todos los productos de la vida en acumulación; el museo, lleno de curiosidades que no es posible recordar después de una sola ojeada; el jardín botánico, con sus planicies, sus frescas praderas, sus montecillos artificiales, sus pintorescas grutas, sus estanques poblados de *ninfeas* ó *nenúfares* y de hermosas parejas de cisnes negros, sus jaulas, donde saltan, chillan y ejecutan cómicas contorsiones peludos cuadrumanos, cuyos rostros, arrugaditos, movibles, vivísimos, recuerdan el de algunos viejecitos de la especie humana... todo cuanto he visto en las pocas horas que pasé en Singapore (y procuré no perder el tiempo); pero todo revuelto, confuso, tan pronto presente como perdido en las brumas donde se obscurece la memoria.

Si ésta apenas puede ya poner en orden, para juzgar con método, las impresiones frescas aún y que acaba de recibir, menos podrá reproducirnos, de buena manera, las recogidas hace cerca de once años, cuando estuve en Singapore de paso para Filipinas. Comparando los recuerdos que todavían quedan de una y otra época, me extraña lo mucho que ha progresado este puerto en tan poco tiempo.

En Manila también hemos progresado: hemos *progresado* mucho... en *necesidades.*

Vapor *Santo Domingo*-6-mayo 94.





EN ALTA MAR



IECIOCHO días de navegación sin ver otra cosa que agua y cielo, allá, muy de tarde en tarde, un peñasco que rebasa la superficie del mar, un vislumbre de costa que se dibuja en el horizonte como una pincelada gris, un ave perdida y solitaria ó la vela de algún barco, tan pronto señalada como desaparecida entre las brumas!... Dieciocho días de navegación en estas condiciones, sin descanso, sin ver tierra de cerca ni poner el pie sobre país alguno, acaban por parecer al viajero no dieciocho días de á veinticuatro horas sino dieciocho siglos de más de cien años cada uno! Así al menos se los forja

el aburrimiento de cada cual, el hastío, la impaciencia por tocar el fin de tan interminable jornada.

En dieciocho días de viaje por mar, y por mar descubierto, desabrigado, libre, sin continentes que lo aprisionen y defiendan del azote de las monzones, es fácil imaginarse que habrá de todo: calmas á veces, chubascos huracanados otras, vendaval y cerrazón en determinadas ocasiones, cielo límpido después de haber dejado atrás las regiones donde la tempestad se desencadenó y se forjaba el rayo.

Cuando se surca una zona donde se encuentra mar bella, ó ligeramente picada, no hay novedad á bordo: el barco marcha á todo el andar que la propulsora hélice le comunica; el balance de babor á estribor ó el cabeceo de popa á proa, no producen malestar ni angustia; la *arrancada* del buque permite que por la cubierta circule fresca brisa, y el pasaje, bajo toldos previsoramente tendidos, charlotea y ríe, entretiene los ocios leyendo novelas, dormita sobre cómodas sillas ó extiende con indiferencia la mirada por la superficie del mar, ondulante y azulado, donde la espuma burbujea en la cresta de las rizadas olas.

En esas circunstancias, se puede pasear por la cubierta, recorrer los diferentes

departamentos del buque, visitar la proa, desde donde se descubren más ámplios y dilatados horizontes y reciben los pulmones mejor la fresca brisa; se puede también, sin experimentar trastornos de ninguna clase, andar por los pasillos, salas y camarotes, y puédese, del mismo modo, tomar asiento en las mesas, á las horas en que el repiqueteo de la campana advierte al navegante que aquellas están servidas. Por cierto que esto de las comidas y *comiditas* pica en historia á bordo y da clara idea de las energías y potencias digestivas que en los estómagos despiertan las vivificantes *auras* del mar. A las ocho de la mañana, un repique de campanilla previene que está servido el desayuno; á las diez, la misma señal nos llama al almuerzo, y generalmente se almuerza fuerte; á las dos de la tarde, otro nuevo aviso nos dice que en las mesas espera el refresco, un tente en pie que acostumbra aprovecharse para meter entre pecho y espalda un buen trozo de ternera fiambre, de lengua á la escarlata ó carne de Chicago, todo con su correspondiente pan y su par de copas de lo tinto; á las cinco, otra vez el *tilín, tilín* anuncia la comida, que suele ser abundante y sabrosa, y por último, á las nueve de la noche, el *sempiterno* campanillazo pone en actividad

á los que aún se encuentran con fuerzas—¡y no son pocos!—para sorber, relamiéndose el hocico, un pocillo de chocolate—de ese chocolate en cuyos componentes no han entrado, ni por casualidad, el cacao ni la canela—Sólo el hablar ú oir hablar de tanta comida, repugna, hastía, levanta el estómago de puro empacho... Pues bien, á bordo casi todos honran las mesas y los manjares cada vez que suena la campanilla!... Y cuenta que van aquí muchos que en Manila no podían atravesar media onza de carne, ni hacer al dia un decente reparo de fuerzas, ni una regular digestión, y ahora hacen cinco de primera!...

Mientras el mar está en esas condiciones, sereno, tranquilo, terso como la superficie de un lago ó rizado de suaves olas y ligera espuma, todo marcha á las mil maravillas y aun en latitudes próximas al Ecuador, ó sobre la misma *linea,* se puede vivir bajo cubierta, gracias á una ventilación que favorecen tubos y chimeneas; pero cuando el cielo se encapota, se cierra el horizonte, se resuelven las nubes en copiosa lluvía, se encrespa y retuerce el océano y resuena el estampido fragoroso de la descarga, el buque cruje, como si su casco fuera á saltar en astillas, la hélice retiembla con movimientos trepidantes y

desacompasados al girar en las aguas ó en la atmósfera, el mar se precipita por la proa, arrollador y bravío, los *golpes* cruzan de banda á banda, barriendo el puente, y el viento gime entre el cordaje y pone en vibración cáñamos, alambres, tabiques, mamparas, tubos y toldos; cuando el mar y el cielo cierran á una sobre la nave y esta flota al azar por entre dos inmensos y bramadores abismos, la vida del pasajero es un puro sobresalto, un temor constante, un malestar indecible, que arranca no se sabe de dónde pero que se fija principalmente sobre el epigastrio, sobre la boca del estómago, produciendo toda clase de trastornos. Ya el estar sobre cubierta es imposible, porque la lluvia la azota y el mar la sacude; ya el asomarse, siquiera, á los huecos que con la cubierta comunican resulta expuesto á un mayúsculo remojón, cuando menos; ya no se hace caso de la campanilla cuyo repique anuncia que las mesas están servidas, y por contera cerrados los ventiladores de comedor, pasillos, salas y camarotes, el aire se hace irrespirable, y el hogar de la máquina y los tubos que de la misma se derivan difunden el aliento de aquellos hornos por los corredores y cámaras, contribuyendo á que sea más duro el malestar

que cada cual experimenta. Suelen sí los más animosos aprovechar la clara de un chubasco ó alguna relativa calma para lanzarse á fuera y orearse un poco, pero los faltos de espíritu ó enfermuchos ó débiles, sin gusto, permanecen tendidos en los camarotes, ó sobre los sofás del comedor, respirando un aire recalentado, en el que flotan olores picantes: olores de brea, de letrina, de cuerpos sudorosos, de qué sé yo qué!

Pocos hablan entonces: los más cierran los ojos, para no advertir las convulsiones de la nave, que tan pronto se tiende sobre una banda como sobre otra y que ya hunde la proa en el seno de un formidable hervidero de agua como azota con la popa, al caer, la sima líquida. Y este brusco descenso lo siente y percibe el viajero en las entrañas, en el estómago mismo, como si á expensas de nuestro interior se verificara y como si de él tiraran ó lo comprimieran, alternativamente. Los que aún conservan fuerzas para estar en pie y hablar, andan como beodos por los pasillos y camaretas, agarrándose á las barandillas y los muebles, á veces dando traspiés que turban el equilibrio; pero van de un lado á otro como autómatas, sin saber qué hacerse, qué partido tomar ni sobre quién

caer con su fastidio. Si se habla, la conversación gira sobre tres ó cuatro motivos, variantes de un solo y único tema—¿Cuándo llegaremos á puerto?—¿A cuántas millas salimos en la singladura de ayer?—¿Hay señales de que abonance el tiempo?—¿Seguimos bajando hacia el Ecuador?—¿Se encontrará, al fin, la *prometida* zona de calmas?—¿Hay peligro?—¿Qué dice el capitán?... Sobre esto se discute un rato entre los más animosos, y es claro que, á pesar de no prestarse á ello las circunstancias, nunca falta un prójimo de buen talante que deje caer en la triste conversación alguna *salida* ó chuscada, que rompe bruscamente la seriedad de los rostros........................

....

A esas ó parecidas alternativas hemos estado sometidos los pasajeros del vapor *Santo Domingo*, durante los dieciocho días echados de Singapore á Aden, donde fondearemos hoy, dentro de una hora, después de habernos acostumbrado de tal modo á ver sólo cielo y agua, y á ingerir conservas alimenticias, en vez de productos frescos, que ya dudábamos de que aún hubiese continentes en el mundo y de que puedan tomarse las cosas cuando todavía conservan sus jugos y la fragancia de lo aún reciente.

Vapor Sto. Domingo, 13 Mayo 94.



MIS COMBARCANOS.

AY personas que al entrar en un buque, lo hacen con la compostura y el comedimiento usados para visitar una iglesia, pero otras penetran en los trasatlánticos como en país conquistado, cual si el barquito fuese cosa de su propiedad, y oficiales, marinería, mayordomos, camareros, serviolas y timoneles estuvieran allí para servirles exclusivamente.

En viajes largos, es donde se advierte más pronto y donde adquieren mayor relieve esas diferencias, nacidas del modo de pensar, de la educación, del temperamento y de la clase de cigarrillos que fuman los individuos que componen un pasaje.

Ahora que estoy navegando en buque de suficiente capacidad para dar cabida á todo un microcosmo, en que figuran sujetos de los más diferentes gustos y constituciones, he advertido que los que fuman cigarrillos de papel regaliz suelen ser personas amables, dulces en su trato, é incapaces de alzar la voz ni á una cucaracha; que los que chupan puros embajadores, resultan seres presuntuosos, infatuados y que faltan al respeto á los camareros; que los que padecen del hígado, se las componen de tal modo que revuelven la bilis á sus semejantes; que los herpéticos, entretenidos en rascarse la piel con más ó menos ensañamiento, no tienen tiempo para molestar á los demás; que los reumáticos se pasan la vida dando gritos á todo el mundo; que los sanguíneos son unos déspotas y los linfáticos unos bendidos, y que las mujeres histéricas acaban por ser una verdadera calamidad para las personas que las rodean.

Con nosotros, en este *Santo Domingo*, que anda lo mismo que una tortuga de las que anden menos, viaja un caballero que ha ejercido en Filipinas no sé qué magisterio público y que aun en la mar se considera en el pleno ejercicio de sus *magistrales* funciones.

Este buen señor, en cuanto se vió á bordo

dispuso que los camareros desempaquetaran una sillería de bejuco—que se le consintió embarcar contraviniendo todas las disposiciones que aparecen en los reglamentos de la Compañía Trasatlántica—y distribuyó sofás, butacas, sillones y sillas por la popa del barco, ocupándola por completo. Cuando los demás pasajeros quisimos acomodar nuestras *banquetillas* ó *taburetes* de viaje sobre la cubierta del vapor, ya estaba toda ocupada por los muebles de ese funcionario omnipotente y por las perezosas y mecedoras de dos mujeres histéricas, que también cayeron sobre el *Santo Domingo* como si fuera suyo.

Y mientras el resto del pasaje ha tenido que buscar un hueco en la proa, en el entrepuente, en lo alto del palo mayor ó en el asta de bandera del castillo de popa, el caballero de marras y las histéricas se pasan los días y las noches echándose aire en los *estrados* establecidos en lo mejor del buque y cambiando de silla, como los gatos, que no pueden estar sobre un asiento en cuanto lo han calentado un poco.

El inapreciable personaje á que me refiero y las dos señoras que también viajan á lo príncipe, han ocupado en las mesas los lugares de preferencia, y son los primeros que se sirven, y los que descomponen los platos, y los que encuentran la

cocina de á bordo detestable, y los que arrojan bolitas de pan á las narices de los demás pasajeros, que subyugados por las iracundas miradas que les dirigen, cogen las bolitas y se las comen tranquilamente, aunque cabizbajos, como quien devora en silencio el deshonor ó una ofensa de esas que nos llegan á las fibras más sensibles del alma. ¡Dios mio, qué papel representan á veces las miguitas de pan, que muchos espíritus frívolos creen exclusivamente destinadas á servir de alimento á las gallinas...!

—¡Vaya una sopa!...—suele decir el del *magisterio público*, agitando con el cucharón, como si batiera huevos, la sopera que le presentan para que se sirva.

—¡Esto es caldo de camote con raspaduras de esperma!...—Añade, y al decir esto saca el cucharón y deja caer un chorro de caldo insubstancial pero hirviente sobre los pantalones del vecino de mesa.

—¡Caballero, que me está usted escaldando y se me vá á caer el pellejo!...—dice mortificado por el dolor el que come junto al del magisterio.

—¡Mejor—contesta este, bruscamente.—Así se evitará usted que se lo arranquen los combarcanos, como ahora lo harán de seguro. En cuanto se le haya caído á usted, como no tendrán nada que arran-

carle, le dejarán tranquilo, lo que no sucede en este momento, de fijo.

Y el infeliz atropellado tienen todavia que darle las gracias, en vez de darle con el cucharón en la cabeza, por bruto y soez que es lo que merecía.

Pues mientras ese caballero vacía la sopera y las fuentes sobre los pantalones de los que comen á su alrededor, á su mujer no le pára nada en la boca, y á las histéricas les sucede lo mismo, aunque de todos los platos dicen que están infernalmente condimentados y que no se pueden pasar.

—Señora ¿una pechuga?—dice el camarero al servirles.

—Una pechuga no; las dos y un muslito—agrega una de las histéricas, haciendo muchos melindres.

Y se come las dos pechugas, y el muslo, y un plato de cocido que parece el monasterio del Escorial, y un *bisté* con patatas que pesa tres kilos y medio, y una lata de pimientos morrones, y una fuente de verduras, y por último una cucharilla de las que sirven para agitar el café.

¡Qué estómago y qué tragaderas las de estos seres superiores!

Vapor "Santo Domingo" 14 Mayo 94.





ADEN

I



Sí como algunos llaman á Roma la ciudad de las *siete colinas*, siendo así que tiene nueve, también puede llamarse á Aden el puerto de los cien picachos, aun cuando en realidad tenga infinitos. Porque Aden, *el* baluarte y *carbonera* de la Gran Bretaña en la *enfiladura* del mar Rojo, está asentado sobre las vertientes de una sierra que remata la más caprichosa crestería. Donde la cumbre acaba, empieza el cielo: un cielo azul, diáfano y resplandeciente de Enero á Enero. En Aden nunca llueve,

Así es que todo en él es árido y seco, y triste y monótono y como recalentado y recocido bajo el influjo del sol radiante

de la zona tórrida. En aquellas montañas no se distingue ni el más ruín vestigio de vegetación, ni el menor rastro de vida orgánica, ni el más mezquino asomo de curso ó caudal de agua que fertilice las tierras y las preste aptitud para recibir las semillas y promover su germinación. La misma triste aridez, el mismo soplo de desolación corre por todas ellas, desde las sinuosas cumbres á las faldas que ciñe gallardamente el mar con blanco y burbujeante festón de espuma; el mismo tono rojizo—como de barro cocido—colorea las recortadas cimas, que fuertemente resaltan en la limpidez del firmamento, que las vertientes rapidísimas, que bajan á zambullirse, como presurosas, en el agua. Todo es en ellas de color ocráceo: diríase que son inmensas formaciones de oxidos férricos, levantados por formidable explosión telúrica del profundo seno del mar índico.

Pues en esa bermejiza cordillera, que produce acá y acullá colinas agudísimas y filigranadas como torrecillas de catedrales góticas, los ingleses han levantado y establecido un pueblo, cuyo caserío se distribuye por las insignificantes planicies, por las cortaduras de las rocas, por los taludes, por los picachos, por los precipicios, como aparecen distribuídas y colgadas las casitas en el peñasco de un

Nacimiento. Desde el mar, trepando por las escabrosidades de aquel abrupto monte se distingue restos de murallas, casuchas de rojizo tejado, chozas que parecen desafiar las leyes del equilibrio y que producen cierto sobresalto y congoja, porque cualquiera, al verlas, supone que de un momento á otro han de venirse abajo, precipitándose, de tumbo en tumbo, por aquellas ásperas y rapidísimas vertientes, hasta quedar hechas añicos.

Claro es que en esto hay un poco de exageración, pero no tanto como pudiera creerse. Aden, más que un pueblo de hombres, parece un nido de águilas, sobre todo visto desde el mar; y al que no le parezca un nido de aguilas, le parecerá, por lo menos, un lugar muy apropósito para que por él corran y salten á sus anchas rebaños de cabras ú otros animales monteses. Y en una ú otra opinión se afirmará más el viajero que por primera vez se encuentre en la rada de Aden, al ver que surcan la atmósfera, y aletean en todas direcciones, bandadas de aguiluchos y condores, que se posan tranquilamente sobre el cordaje de los navios fondeados en el puerto ó sobre la misma punta de los palos, como sirviéndoles de tope, y al observar, también, la infinidad de cabritillos que llevan los

naturales en barcadas para abastecimiento de los buques. El que se fija en aquellas escarpaduras de la costa, es decir de la montaña que se le ofrece delante de los ojos; el que mire aquellos riscos, aquellas sendas angostísimas abiertas en gargantas imposibles y declives rápidos, aquellas casitas blancas y rojizas, salpicadas, como al azar, por colinas, barrancos, senos y promontorios, en longitud tan considerable y por vertientes tan opuestas que se divisan ya desde que el buque, procedente del Indico, descubre el peñasco de Aden y siguen divisándose—aisladas, desperdigadas, como perdidas, es cierto—á medida que cambia de rumbo y dobla puntas de tierra y arrecifes que sobre el mar avanzan; el que vea, repito, esas escarpaduras, aquellos vericuetos, aquellas sendas, aquellos peñascales, aquel caserío, después de haberse fijado en las bandadas de aves de rapiña y en los rebaños que á bordo conducen, no hay duda que entrará en Aden creyendo que más que polvorín ó plaza fuerte es nido de aguiluchos ó guarida de montaraces alimañas.

No todo Aden es así: en otras manos no pasaría de ser *eso*, ni más ni menos; en manos de los ingleses, á los que hay que reconocer *la virtud* del trabajo, la perseverancia y un patriotismo, aunque

mudo, mucho más sano, más honrado y más provechoso que el nuestro; en manos de los ingleses, repito, la montaña ha sido labrada y trabajada, en cuanto la labor guardase relación con el beneficio resultante. De este modo, cortando á raso el copete de una colina, encontraron terreno donde asentar un pabellón ó hermoso cuartel; desde la falda de la sierra al mar, han construido amplios muelles á lo largo de los cuales se despliega una fila de heterogénos edificios—templos con las paredes de ladrillos, oficinas, colegios de muros enjabelgados, almacenes y depósitos, algibes, que á primera vista parecen diminutas fortalezas, andenes de cubierta metálica;—en la vertiente que hacia las olas se precipita han dispuesto terraplenes y planicies que sostienen casitas de diversa construcción, de poco feliz arquitectura, en caprichoso anfiteatro escalonadas; en la crestería de un mogote que á modo de murallón sale perpendicularmente del plano de la montaña, emplazaron la torre de un reloj de cuatro esferas, que desde el puerto y desde todo el poblado se divisa, y allá, en el remate de las mismas cumbres, donde anidan las águilas rapaces, los semáforos levantan sus palos en cruz y se entienden con los buques y con el puerto por medio de trapos de colores.

Hay más todavía: lo mejorcito de Aden, su Escolta, llamémoslo así, su Puerta del Sol, no se ve desde el lugar donde fondean los buques. Está oculto, tras cabo ó lengua de la montaña, en la curva de una ensenadita que por el lado del mar defiende un yermo islote, que en lazareto han convertido. Allí, en el fondo de la ensenadita, sobre una playa arenosa, blanca, en la que reverbera con resplandor vivísimo y deslumbrante la llamarada del sol, sobre un terreno del que se echó la roca á barrenazos se distribuyen en hemiciclo una serie de casas cuyo aspecto exterior no puede ser menos vistoso ni atractivo. En la plazoleta que forman, están los consulados, las oficinas de los consignatarios de buques, los hoteles, los cafés, las fotografías y los comercios más importantes de Aden.

II

En las casitas que por los muelles y la labrada roca vemos diseminadas, puede decirse que vive la colonia europea de Aden, ó más exactamente el elemento llamado oficial y el comercio de alguna valía, comercio que no sólo está en manos de los hombres de raza caucásica sino también distribuido entre la gente de color.

Pero las tiendas y oficinas mejores están situadas en la plazoleta de que hablé últimamente, donde además de los hoteles hay edificios que parecen establecimientos de crédito; muchos é importantes despachos, y comercios en que se encuentran mezclados los géneros de importación con los productos escasos del país ó de las colonias inglesas más próximas. Así es que en esos bazares junto al jabón inglés, la tijera de acero, la pieza de algodón, la lata de conservas alimenticias, la botella de coñac ó wiscky, el cepillo de dientes, los bizcochos Palmers, el sombrero y el par de zapatos ó borceguíes, se ve estendida la manchada piel del tigre, el voluminoso y ebúrneo huevo del avestruz, las rizosas plumas de la misma ave, la *boa*, suavísima, que incita á envolverse el cuello, el plumoso abanico, como el ampo de la nieve sobre varillaje de transparente y ambarino carey, fardos de pieles de gacela que aún conservan las graciosas y finísimas patitas del rumiante, con la pezuña diminuta negra y hendida, serpientes disecadas, y *defensas* de antílopes, de cabras monteses, de búfalos, ó de otros tales, unas extrañamente retorcidas é incurvadas, simulando etcéteras ó *eses* dificultosas; otras adelgazadas, punciformes, con espirales en toda

su longitud, como espolón de *unicornio marino*. En Aden el comercio de cuernos debe tener una gran importancia, porque en el arroyo, en los soportales, en el umbral de las oficinas, hay siempre árabes que ofrecen esta caprichosa mercancía, y en todas las tiendas el surtido de astas es considerable ¡Cuánto cuerno! No he visto en ninguna otra parte abundancia igual, mejor diré: descaro semejante para lucirlos y ofrecerlos.

Detrás de los edificios que forman la plazoleta más importante de Aden, desde el punto de vista comercial, corren tres ó cuatro callejones paralelos, que se tienden hasta el arranque de la montaña ó se escalonan por las primeras estribaciones de la serranía. A esas calles, que van, como he dicho, paralelas á los edificios de la anchurosa plaza, cortan transversalmente otras callejas, que mueren en la aridez rojiza y pelada de la roca. Forman este último barrio de Aden, casuchas miserables, tenduchos hediondos, cuchitriles que apestan, y en él vive revuelto y hacinado un pueblo heterogéneo y desnudo, constituído por hombres negros, de piel lustrosa y pelo rizoso, por árabes de facciones adormecidas, por hebreos á quienes la anemia comunica al rostro el color del marfil, por gentes de diversas catadu-

ras y procedencias que no tienen de común sino la miseria en que viven y la pereza á que se abandonan. Todo ese pueblo camina distraidamente, descansa amodorrado en los rincones ó en los huecos donde encuentra un poco de sombra, ocupa las puertas de los cafetines, lóbregos é inmundos, se tira á lo perro sobre los escalones que hay á la entrada de las casuchas, forma grupos en el arroyo alrededor de los jugadores de *damas*. Por trabajar nadie se afana, ninguno tiene prisa ¡Quién piensa en el trabajo, cuando el sol derrite los sesos y las calles echan chispas!... En el dominó, ya es otra cosa. Jugadores de dominó hay por todas las encrucijadas de Aden. Donde un tabique proyecte dos dedos de sombra, allí se arma una partida y aparecen, como por encanto, las fichas y las tazas—¡los cuencos!—en que humea la infusión de café.

También esa gentuza tiene sus comercios, sus bazares, sus hoteles, sus *restaurants*. que ocupa hasta rebosar por las puertas. En los mostradores, árabes soñolientos, despachan pescadillo seco, semillas menudas como cabeza de alfiler, rojas y amarillas,—que al caer, mezcladas, en el esportillo que sostiene el comprador, producen como una ráfaga en que predominan los colores de la bandera española,—naranjas á cuya vista

se hace la boca agua, fósforos, dulces, telas y, cosa rara, ¡aceitunas sevillanas de Morton!... En los cafés, beben á sorbos, paladeándola mientras juegan, la sabrosa infusión, negros y árabes, cuyas exudaciones apestan y repelen; en los alrededores de los cafés, otros árabes, tendidos sobre el suelo, adormilados, también despachan sus cuencos de pócima, en tanto que algunos, en cuclillas, se deleitan fumando yerbas aromáticas en pipas de complicado mecanismo; y en los *hoteles* y *restaurants* — especie de tiendas de sari-sari—mujeres y *batillas* comistrajean arroz mezclado con manjares y salsas de condimentación particular. En el umbral de algunos casuchos venden agua, en pequeñas alcarrazas de barro blanco.

Por ese Aden sucio, polvoriento, miserable y abigarrado, corre un hálito sofocante, de peste, que nos trae el recuerdo de las devastadoras epidemias que en la India nacen, para recorrer, de vez en cuando, la mayor parte del mundo, y el europeo que lo visita y curiosea, sin querer, piensa en la infección que la tal visita le habrá producido.

—

En Aden la temperatura es bochornosa, de horno, pero de horno que arde y se recalienta sin corriente de aire; de ho-

guera cuyo fuego interior se consume con lentitud. De las montañas altísimas y escuetas, no baja ni un soplo de brisa: el mar tampoco suele ser más generoso con aquellas gentes. Así es que en las calles y en las plazas una previsora mano dispuso andenes, donde se resguardan del sol los carruajes y camellos que esperan carga, los resignados viandantes; y en las callejas, á la menguada sombra que proyectan los casuchos, buscan amparo y protección no solamente los hombres sino los animales sueltos: las gallinas, las parejas de cabritillos, los bueyes de carga, los patos: todo lo que corretea y busca el sustento por aquella recalentada aridez. Y el calor es tan fuerte, tan bochornoso y la humedad tan rara, que los pocos jardinillos que rodean algunas casas, están lacios, mustios, enfermizos y quemados por el azote del sol.

Aden *echa bombas*, y aseguran que también las echaría sobre cualquier escuadra que le hostilizase, pues dicen que está formidablemente artillado.

Vapor "Sto. Domingo," 16 Mayo, 94.





PARALELOS



YA hace días que venimos observando las diferencias que existen entre Filipinas y los países que recorremos ó donde hace escala el vapor.

Y no me refiero á las diferencias de clima, usos, costumbres, trajes etc.; ni á las que separan á los distintos habitantes de la tierra por el color del rostro, por lo lacio ó rizado del cabello, por el modo de dejarse *la mosca,* por el de limpiarse las narices ó por el de retorcerse las guías del bigote y peinarse la barba, sino á otras que afectan mucho más profundamente á los que, por algún tiempo, hemos vegetado en ese productivo Archipiélago.

Cuando los que ahora vamos caminito de la Península estábamos ahí, en el país de la manga y de los *viceversas*, viviendo en Manila, en Iloilo, en Cebú, en Guagua (¡ese pueblo que por el nombre parece un mito!) ó en cualquier insignificante cabecera, nos conocían todos nuestros convecinos, *grandes, medianos y pequeños;* éramos los niños mimados de la localidad; al salir á la calle hombres y mujeres nos saludaban respetuosamente, y en el modo de quitarse el sombrero ó de llevarse la mano á la cabeza comprendíamos que algunos murmuraban, al inclinarse ante nosotros:

—¡Adiós, sér divino y todopoderoso!...

¡Qué contraste! Desde que hemos salido de Filipinas nadie nos conoce, ninguno nos saluda, somos unas moléculas, unos átomos, unos percebes insignificantes, en quien ni por casualidad fija algún curioso la atención y ante quien ningún chico ni grande se prosterna ni dobla el espinazo.

Esto, á muchos, á la mayoría de los que formamos el pasaje que conduce el *Santo Domingo*, no nos importa ni preocupa, ni nos empacha el estómago, ni nos produce malas digestiones, pero van entre nosotros algunos sujetos que sufren extraordinariamente al considerar que su paso por el mundo queda inadvertido como el de la más humilde hormiga

y al notar que son objeto de la misma cruel indiferencia que tres ó cuatro oficiales quintos que también nos acompañan.

Aquellos caballeros, los que aún conservan los humos y la talla moral (ó morral) que echaron en Filipinas, hubieran querido que, al llegar á Singapore, las autoridades inglesas se encontraran en los muelles para recibirlos con honores y músicas del país ó que, si no las autoridades personalmente, por lo menos estas hubieran enviado á saludarles comisiones nutridas de la industria, la banca, el municipio y el comercio.

Pero al ver que en lugar de comisiones se presentaban á bordo unos *quídanes* disfrazados de carboneros, con la cara y manos tiznadas y ennegrecidas, y el traje lleno de lamparones, empezaron á bramar contra las colonias inglesas, contra el sistema colonial de la Gran Bretaña, y contra la *proverbial grosería* de los hijos de la nebulosa Albión (así decían los maldicientes).

—Ni esto es *colonia*, ni agua florida, ni chicha ni *limoná!*—gritaban, encogiéndose de hombros ante el movimiento del puerto donde estaba el *Santo Domingo* fondeado; sin parar mientes en el trajín de mercancías, en la vida comercial que en el mismo observaba hasta el más miope.—Para colonia importante la de Bayambang, donde al presentarme yo con mi

sombrero de copa y mi bastón con borlas venían los gobernadorcillos á besarme los piés y las dalaguitas á limpiarme la barba ¡Aquello sí que es una colonia floreciente!

Uno de estos sujetos, viendo que en Singapore no había llamado la atención por ningún estilo, á pesar de haber adoptado al pasear por aquellas calles el grave continente y el aire de perdonavidas que en Filipinas lé sirvió para hacerse un huequecito en todas las situaciones y tener siempre alguna breva entre los dientes, se puso el sombrero de copa, la levita, el pantalón negro y los zapatos de charol para desembarcar en Aden, con objeto de ver si de este modo infundía pavor y admiración entre los beduínos, los árabes, los negritos de *la epifanía* (como dice uno de mis combarcanos más serios), los morazos y los camellos que se tuestan en aquellas rocas.

Mis lectores, — personas sensatas, — supondrán que el fantasmón á que me refiero no conseguiría su propósito, pero han de saber que *casi* se salió con la suya, pues si no logró que nadie al verle pasar se echara sobre la arena de las calles, en señal de sumisión y acatamiento, consiguió, no obstante, atraer las miradas de las tribus y hordas que por Aden transitan. Tanto que dos ó tres docenas de

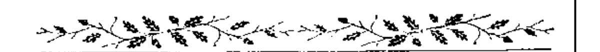
negritos, de esos que gritan—¡á la *mer!* ¡á la *mer!*,—le dieron escolta por todo el pueblo, saltando, brincando, profiriendo gritos alrededor de nuestro compatriota, como si fuera cosa de danza, juego y burla.

Nuestro hombre, entre el sofocón que le produjo el colosal éxito de su paseo por Aden y la solana que le cayó sobre el tubo de chimenea que llevaba en la cabeza, por poco perece. Lo cierto es que, presa de indecible fatiga y angustia, se dejó caer en uno de los muelles de Aden, y allí lo recogieron y desde allí lo llevaron á bordo con todo género de precauciones.

Cuando lo vimos sobre la cubierta del vapor sudaba tan copiosamente y estaba tan empapado en agua, que hubo necesidad de exprimirle como una esponja y luego de retorcerle los brazos y piernas como si fuese una camiseta humedecida.

Total: que los que salen de ese país con muchos humos en la cabeza no deben olvidarse de que Filipinas es Filipinas y lo demás el resto del mundo, pues es probado que los que ahí pasan por unas lumbreras y unos semidioses no dejan de ser unos infusorios, como lo somos la mayor parte de los mortales.

Suez á 16 de Mayo de 1894.



BARCELONA, MANILA...

Y OTROS EXCESOS



ARCELONA nos ha recibido con cara de pocos amigos, como si viera en los viajeros que llegamos de Filipinas impertinentes intrusos dispuestos á colarse de rondón por el umbral del primer puerto de la Península. Pero quien se ha portado así, tan malamente, es el cielo de Barcelona, encapotado, de feísimo cariz, y el mar, aún de peor catadura que el firmamento, por lo encrespado y revoltoso, por lo amenazador y bravío. Por lo demás, el pueblo de Barcelona, lejos de poner mala cara á sus huéspedes se *deshace* con ellos á cumplidos: espera sacarnos los ojos, pero ¡eso sí! la extirpación quiere practicarla á la moderna, á la francesa, con mucho mimo, mucha palabrita de miel, mu-

cha cortesía, colmándonos de atenciones y deferencias que hay que pagar carísimas y en moneda que tiene—ó tenía—un treinta y cinco por ciento de beneficio sobre los pesos mexicanos y sobre los medios duros filipinos.

La mala impresión que esto nos causa; la producida por lo fosco del cielo y de la tierra, es general entre mis comarcanos: todos deseaban, vivísimamente, llegar al término de este viaje, para descansar *en seco* y esparcir el ánimo al calorcillo de la Madre Patria, y Barcelona los recibe con una lluvia espesísima, menuda á ratos, á ratos gruesa y torrencial, que cala los cuerpos, moja las calles, pone perdidos los bulevares y comunica aspecto triste y luctuoso à toda la ciudad. Vaya, y todavía lo de la lluvia podría tolerarse, porque los *puntos filipinos* venimos acostumbrados á recibir y aguantar todo género de chaparrones, pero lo que no se puede soportar sin protesta, ni resistirse con cachaza (¡y muchos menos con trajes de lanilla dulce y camisetas de tela de cebolla!) es el frío que sopla, la temperatura polar que se deja sentir, el airecillo, el gris que corre y se nos mete por la piel y nos hiere en la mismísima médula de los huesos.

Los filipinos (llamemos así, para abreviar, á los viajeros que desembarcan en Bar-

celona procedentes de Filipinas), venimos acostumbrados á las mojaduras y prevenidos contra ellas con impermeables y paraguas; no nos extraña, pues, ver el cielo obscuro, llorar las nubes, chorrear los árboles, escurrir las casas por aleros, tuberías y canalones; todo esto podrá molestarnos, pero por la fuerza de la costumbre, después de haber vivido en una región donde llueve la mayor parte del año, no nos choca, ni nos coje desprevenidos; lo que sí nos sorprende y molesta, porque nos *pilla* en cueros, porque estamos sin ropa, es el frío: esta primavera siberiana. El aire aquí, en vez de pasar por hornos recalentados, como sucede en Manila, debe cruzar por ventisqueros, por la cúspide de montañas donde los remolinos y las tormentas acumularon capas y más capas de nieve; ¡de nieve, que es una cosa tan fría que sólo de escribir su nombre me pongo á tiritar y doy diente con diente!

Esto de que en Barcelona se hielen los pajaritos—y los filipinos—durante los diez últimos días del mes de mayo, es cosa extraordinaria y caso que registran muy de tarde en tarde los termómetros de la Ciudad Condal. Generalmente, por estas fechas, la temperatura es tan suave en Barcelona, que se viste ya de verano y nadie se frota los dedos ni se acuerda de los impermeables. Este año ha sido una excepción y,

á veintitantos de mayo, vemos por todas partes capas, gabanes de un espesor y un abrigo que no se conciben en ese país, capotes fortísimos, de telas que escurren el agua, trajes de mucho peso, capuchones echados sobre los sombreros, pantalones arremangados, botas que parecen balsas para cruzar una laguna á pie firme, gentes enguantadas, rapaces que se soplan las uñas, muchachotas con la nariz y las mejillas encarnadas, como tomates, por el cierzo.

A pesar de la lluvia—del frío aquí no se hace caso—el ir y venir de las muchedumbres marea y aturde: las Ramblas rebosan de desocupados, de hombres que pasean por pasear, arriba y abajo; recogiendo toda el agua que cae del cielo y la que durante *las claras* chorrean las hojas de los árboles; parándose junto á los kioskos ó expendedurías de cerillas y periódicos, para comprar algo ó ver gratis las caricaturas, los monos de la prensa *ilustrada;* deteniéndose—tal vez para concertar una cita—en los peregrinos puestos de flores, donde cada capullo es una nota fresca, perfumada y brillante y cada ramillete un iris de aromas y colores,—ó marchando al acaso, sin fijarse en nada, con la punta del cigarro entre los dientes y el paraguas abierto en la diestra, prontos á vaciar un ojo al primer transeunte que vaya en sentido contrario

y no sortee con tiento las *esféricas puntas* de las varillas.

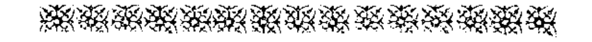
Pues á pesar, también, del mal cariz del cielo y del recibimiento hosco de Barcelona, los filipinos nos dimos prisa á desembarcar y nos hemos desperdigado por las fondas y calles de este pueblo, desafiando el frío y las pulmonías. El primer cuidado de algunos ha sido comprarse un traje de abrigo en los almacenes de ropa hecha; otros esperan á cuerpecito gentil, ó poco menos, que el tiempo abonance y luzca el sol. Lo cierto es que, sea por entrar en calor, ó por curiosidad, ó por sentimientos más simpáticos, nos movemos mucho y se nos vé y nos encontramos en todas partes. Yo no sé si alguna fuerza misteriosa, especial, alguna atracción parecida á la molecular, nos reunirá ó llevará á los filipinos ó puntos filipinos á los mismos lugares; mas lo indudable es que en las Ramblas nos encontramos y saludamos á cada momento; que en los cafés y cervecerías volvemos á hallarnos; que en los muelles oimos que álguien nos llama por nuestro nombre y que ese álguien resulta ser un combarcano; que en los tranvías nos decimos adiós; que en las tiendas nos codeamos sobre los mostradores; que en los teatros ocupamos localidades próximas... que no damos un paso sin tropezarnos con algún

compañero de travesía. Los pasajeros del *Santo Domingo*, unos para otros, poseemos el don de la ubicuidad, porque nos vemos y encontramos en todas partes.

En fin: por encontrarse creo que algunos se han encontrado también en la delegación de un distrito, lo cual les parecerá á ustedes, como á mí, el colmo de la afinidad y el encuentro.

Barcelona á 24 de Mayo de 1894.





BARCELONA..... EN BROMA



STO es insufrible.

Barcelona á pesar de sus encantos, de sus grandes vias, de su floreciente industria, de su comercio portentoso, de las Ramblas y de la dulzura del dialecto catalán, resulta imposible para el que llega de Filipinas.

Aquí todo conspira contra uno ó, mejor dicho, contra el bolsillo de uno: el clima, que nos obliga á proveernos de ropa interior y exterior á propósito para resistir bajas temperaturas; los teatros, que con sus anuncios llamativos y rimbombantes, nos sugieren resoluciones pecaminosas, como la de gastar todas las noches tres pesetas para ver las canillas á una tiple

ligera ó escuchar la voz de un bajo de la *longitud* de la torre de Binondo; los expendios de la Arrendataria, con sus rótulos de colores y sus cigarros explosivos; las floristas, empeñadas en colocarnos su mercancía en el ojal de la levita, y los agentes de aduanas, con su mirar voluptuoso, dulce y fascinador como el de la serpiente.

Los agentes de aduanas, sobre todo, nos asedian, nos martirizan, nos regalan el oido con palabritas melosas, y nos sacan los hígados bajo la forma de moneda corriente y *moliente*.

En cuanto fondea un correo de Filipinas se trasladan á bordo para solicitar el favor y las mercancías de los pasajeros inofensivos, crédulos y de buen corazón.

Una vez allí penetran en el camarote del sobrecargo, leen la lista del pasaje y apuntan en una cartera los nombres que mejor les suenan y les parecen más propios de personas adineradas.

Y enseguida recorren la cubierta del vapor, de proa á popa, gritando como energúmenos:

—¿El señor Gómez? A ver ¿dónde está el Sr. Gómez? ¡Un encargo para el muy excelente y muy ilustre señor Gómez....—

Y el señor Gómez, reventando de satisfacción al ver que en Barcelona hay su-

jetos que le conocen, á pesar de lo vulgar de su apellido y de su insignificancia administrativa, sale del camarote pavoneándose como un príncipe ruso y pregunta á todo el que encuentra.

—¿Quién me llama?

—Aquel sujeto de las patillas negras, la mirada insinuante y el chaquet con pintas—le contesta uno.

Y Gómez se va deercho al toro, ó lo que es lo mismo al agente de aduanas, y le dice con la bondad, la mansedumbre y el aire humilde que ya sólo *gastan* los puntos filipinos:

—Yo soy Gómez, para servir á Dios y á Vd. ¿Qué se le ocurre?

—¡Ah! ¿usted es Gómez? Me alegro tanto: muy señor mío. ¿Y la familia, y la mona, y el loro, y la catala, y todos los demás animales ¿cómo siguen? Bien ¿eh?... Lo celebro infinito. Pues yo soy Fernández, el famoso agente de aduanas Fernández, que saca equipajes sin dolor y *mete* todo el contrabando que se le entregue. Por mis manos ha pasado ya media China, y casi todo el Japón, y una Tabacalera entera y verdadera, sin pagar derechos de ninguna clase......

A este tenor continúa su discurso el agente de aduanas, hablando precipitadamente, enhebrando unos conceptos con otros, sin dar tiempo á nadie para de-

fenderse ni para decir una palabra. Por último termina su discurso diciendo:

—Pues yo, al saber que Vd. venía, porque acaba de decírmelo un concejal del Ayuntamiento que tiene un kiosko de periódicos en la Rambla, me dije:—Voy á recibir al ínclito señor Gómez, y á ponerme á la órdenes del señor Gómez, y á decirle al señor Gómez que si quiere meter algún bulto de *extrangis* aquí me tiene á mí para metérselo, por mucha cosa que sea.

Gómez al verse objeto en España, en plena España—donde hay senadores que por las noches tocan el pito ó la flauta ó el cornetín de pistón en la orquesta de los teatros —al verse objeto, insisto, de tantas atenciones y deferencias, se arroja en brazos de Fernández y le entrega el equipaje, y las cajas de tabaco que quiere introducir fraudulentamente, y las llaves del equipaje, y las llaves del corazón, si á mano viene.

En cuanto Fernández es depositario efectivo de la confianza y del llavero del señor Gómez, deja á éste, y por el mismo procedimiento se capta el favor de Martínez, García, Suárez y Pérez; de todos los pasajeros que no han entregado aún los bultos que traen consigo á otro agente de aduanas que se le haya anticipado; que no serán muchos, pues en Barcelona

hay un centenar de Fernández que viven de meter las cosas de los puntos filipinos.

Apenas el señor Gómez se ve libre de las manifestaciones afectuosas y de los ofrecimientos de Fernández, cae en las manos de otro caballero que, por igual sistema, la ataca y aturde, y después en las de otro, y luego en las de uno más, y así sucesivamente, pues los agentes de aduanas y sus adláteres no pierden la pista de ningún pasajero de Filipinas, mientras este permanece en Barcelona.

A lo mejor están ustedes en la fonda, durmiendo como unos benditos, y oyen que descargan tres golpes en la puerta de la habitación. Lo natural es despertarse sobresaltado y gritar—¡Adelante!

Pues en cuanto acaban de decirlo se presenta un sujeto que, sin flecha ni carcax pero sonriente como un cupidillo, viene á flecharlos, ó lo que es lo mismo á ofrecerse para que el vista de la Aduana haga la *vista gorda* al despachar el equipaje de ustedes. Y estos agentes los encuentran en la Rambla y en la calle de Fernando y en la cervecería y en el café y en el Ateneo y en la sopa y en las columnas mingitorias: en todas partes:

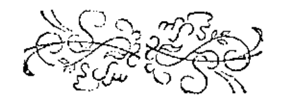
¿Que cómo conocen á los puntos filipinos? ¿Que en qué los distinguen?... ¡Quién

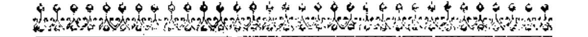
sabe eso!... En la mirada *intertropical*, en el color *caido* de la cara, en el corte del traje, en los bastones y el puño de los bastones, en que dicen *oy, bata, cha, babae* y *babui* á cada momento, en los calzoncillos de algodón... ¡Vaya Vd. á averiguarlo!

El caso es que nos *adivinan*, y que por *despachar* un par de bultos y *pasar subrepticiamente* unos cachivaches propios y unos paquetes agenos nos sacan veinticinco ó treinta duros y, si se pone uno á discutir con ellos, le sacan, además, los colores á la cara.

Conque ya lo saben los que se dispongan á embarcar para España: no se fien ustedes de los agentes de aduanas... Entre los del ramo no hay más hombre de bien que un tal Nello, hermano de otro del mismo apellido á quien de seguro conocerán y apreciarán ustedes.

Barcelona á 26 de Mayo de 1894.





BARCELONA: DOS EXPOSICIONES



TANTO hemos oido hablar de la sordidez de los catalanes, de su apego al dinero, de su indiferencia para con todo lo que no sea comprar y vender—vender principalmente—que, no conociéndola, no se concibe Barcelona sino como una barriada de trabajadores, donde cree uno que deben haber buscado refugio todos los obreros, deshollinadores y traficantes de España; donde imaginamos que no han de escucharse otros ruidos que el golpeteo de los martillos sobre los yunques, el estertor de las máquinas fijas y loco móviles, el trepidar de los camiones y de los trenes, el mortificante traqueteo de las gruas, y no ha de respirarse

otra cosa que humo de carbón, polvo negro y atmósfera de negocios y transacciones.

Y sin embargo de ser el de Barcelona un pueblo, laborioso y trabajador, y como tal muy apegado al rey de los metales—pues es indudable que quien gana el dinero á pulso no gusta de gastarlo frívolamente ni de tirarlo por la ventana—; sin embargo de ser Barcelona una población marcadamente fabril y comercial, el barcelonés se divierte en grande y no descuida por el negocio, por el materialismo de la vida, otros goces que hacen amable y simpática la existencia.

Aquí, como en Madrid, y como en los demás grandes centros de población, las diversiones públicas no escasean y en punto á espectáculos hay para todos los gustos y caprichos, desde el café cantante, con *bofetás* y gotas, al dramón de capa y espada, y desde la corrida de toros al juego de pelota y cosmorama. En esta floreciente capital encuentra cada uno lo que más le apetece: hay cantantes flamencos, *zarzuelitas* emboladas, cómicos de la legua, artistas dramáticos y líricos de indiscutible valer, titiriteros y ecuyeres, pelotaris y émulos del *gran califa de Córdoba*... músicos y danzantes. Barcelona trabaja de día y se divierte de día y de noche, por que el trabajo bien distribuído da tiempo y lugar para todo.

Esto de que un pueblo industrial y trabajador procure divertirse y se divierta no es raro ni chocante; lo que sí choca más es que gentes que están siempre metidas en las fábricas, en los talleres, en las oficinas y en los depósitos posean *la pasión*, el culto de las flores, como una enamoradiza y sentimental dama de las camelias, como una tísica cualquiera. Además de las flores, y aunque no tanto, parece ser que al pueblo catalán le tiran también la música y la pintura, como lo demuestra el gentío que llena, todas las tardes, el majestuoso y monumental palacio en cuyo recinto se celebran actualmente dos exposiciones: una de jardinería y otra de bellas artes.

El edificio á que me refiero no tiene competidor en España: especie de colosal invernáculo en que penetra á torrentes la luz del zenit, puede iluminarse durante la noche por medio de poderosos focos eléctricos, de lámparas de arco é incandescentes, sostenidas por lujosos pedestales. Sus dimensiones son de tal magnitud que dentro de él podrían muy bien alojarse tres salas como la nueva del Ayuntamiento de Manila.

El que no lo haya visitado, con este ejemplo, en que más bien que exajerar creo que me quedo corto, podrá formarse

aproximada idea de la capacidad, de las proporciones de ese regio palacio, donde á presencia del cuerpo diplomático extranjero, de los delegados de todas las naciones, de los representantes del Ejército, de la Marina, de la Administración civil, de la Industria, del Comercio, se verificó, en fecha memorable para este pueblo y para toda España, la inauguración del primer Certamen internacional celebrado en nuestro país, fiesta que fué presidida por la Regente del Reino.

Ese palacio, que por su capacidad, por su decorado, por su arquitectura, por su distribución, resulta templo á propósito para el culto de las Bellas Artes, está formado de un vastísimo salón central y de salas laterales, muy capaces y convenientemente iluminadas, que son las que se aprovechan, hoy día, para la exposición de cuadros y flores. El salón central, donde solamente á guisa de adorno se destacan algunos grupos escultóricos, algunos trabajos en barro, yeso, mármol, madera y bronce, se destina á paseo del público y sala de conciertos, y en él, además de estátuas y estatuitas vemos, formando ramilletes y canastillas, primorosos macizos de plantas y flores, cuyo exquisito gusto y regalado cultivo demuestran el adelantamiento que ha adquirido aquí la jardinería. Ade-

más, en los ángulos del salón, como salpicados al acaso ,hay *golpes* peregrinos de plantas tropicales: palmeras de hojas lustrosas, helechos arbóreos de delicadas frondes.

De la importancia que ha adquirido aquí la jardinería, dan, por supuesto, más gallarda muestra las instalaciones de la exposición de flores, algunas de las que revelan tan exquisito gusto que nos asalta la sospecha de si estarán combinadas por manos sobrenaturales Allí hay una variedad de rosas, de claveles y de geranios que maravilla: rosas crema, blancas, cárdenas, purpúreas; tan intensas de color algunas que parecen negras; de pétalos tan apretados otras que se creería van á reventar; unas grandes, como las grandes dalias, otras pequeñas como margaritas silvestres; claveles rojos, blanquísimos, uniformemente coloreados ó matizados como al capricho de genial pintor; geranios de no sé cuántos matices y coloraciones. Unas veces las flores están sostenidas por sus pedúnculos, en jarroncitos de loza y porcelana; otras forman *bouquets* lindísimos; otras manojos cogidos á granel y arrojados á como cayeren sobre un cucurucho de festón calado; otras se distribuyen simétricamente por la armazón de un cuadro ó el varillaje de un aba-

nico; otras descansan perdidas sobre musgos y césped. Y algunas de esas flores, de patrón conocidísimo, difieren tanto de este, son tan extrañas, ofrecen tales transparencias y rizados, que cualquiera las tomaría por caprichos de porcelana, y otras por capullos de terciopelo y raso.

Entre las instalaciones de la exposición de flores, hay una de plantas silvestres que es un prodigio de sencillez. Pocos se fijan en este lindo muestrario, pero á mí me encantan extraordinariamente sus primores: los ramilletes de espigas, amapolas, margaritas, bocas de dragón y ranúnculos; las verdes hiedras y las olorosas retamas; las umbelíferas con sus inflorescencias al modo de sombrillitas del Japón; los líquenes y musgos como retazos de *pelouche*.

No digo más de la exposición de flores porque quiero dedicar cuatro palabras á la de Bellas Artes. Figuran en esta más de 800 cuadros, procedentes unos de talleres nacionales y otros de paises extranjeros: de Francia, Alemania é Italia principalmente.

Aunque han concurrido á este certamen algunos maestros españoles: Jimenez Aranda, Ferrant, Sala, y algún otro pintor cuyo apellido suena á todos, lo han hecho con obras de esas que se presentan para salir del paso. La única firma de pintor de ta-

lla que figura en la exposición de Barcelona con algo que se destaque es la de Luna y Novicio; la mayor parte de los lienzos corresponde á individuos que si tienen nombre en la provincia ó pueblo de que son naturales, no han roto aún las barreras de la región en que nacieron; por lo menos en cuanto á nuestros compatriotas se refiere.

Esto casi mi excusaría de añadir que en la exposición abunda lo malo y lo mediano y escasea lo que releva originalidad, aliento y empuje. No creo yo que el Jurado, haya hecho trabajo alguno de selección antes de exponer estas obras al público: por lo desmedrado, incoloro y falto de dibujo de algunas, supongo, piadosamente, que han admitido todo lo que se envió al certamen; toda la oferta del mercado, tanto del *comercio exterior* como del *interior,* pues si los de casa exhiben lienzos imposibles, del extragero tampoco faltan óleos dignos del más acreditado pintor de puertas y ventanas.

Echando una ojeada por las salas de esta exposición, se advierte enseguida algo que debe ser secuela del día, modo propio del actual *momento histórico:* la preponderancia de los tonos cerúleos, del azul en todos los cuadros. Este color, que cuando es de tonos chillones resulta an-

tipático, produce unas vaguedades y unas penumbras dulces y atractivas si se maneja bien y el asunto que elijió el artista lo requiere; no así cuando se toma de la paleta á capricho y se traslada al lienzo por seguir extrañas inspiraciones ó insensatamente una moda. Por esto si los tonos cerúleos alhagan en el cuadro de Luna, en *La herrería* de Graner y Arrufí, en *Las víctimas de la huelga* del bávaro Blume y en algún otro que no recuerdo, resaltan como cosa pegadiza y de muy mal gusto en varios estudios que no viene á qué citar.

El cuadro del pintor filipino Luna y Novicio es el de mayores dimensiones de la exposición: titúlase *Pueblo y reyes ó destrucción de las tumbas de los reyes de Francia en la Abadía de Saint-Denis*, y representa el interior de un templo invadido por gentes descamisadas y harapientas, que provistas de piquetas, palancas y palas, al amparo de un trapo rojo prendido en la bayoneta de un fusil, abren sepulturas, levantan mármoles, pisotean despojos y restos humanos, sacados á puntapiés y paletadas de las abiertas tumbas y sarcófagos.

Si me pusiera á describir detenidamente el cuadro del filipino Luna y Novicio, alargaría esta narración de un modo que no me lo permite el tiempo de que hoy dis-

pongo. Tal vez otro dia vuelva sobre este asunto, que para ser tratado con alguna minuciosidad exigiría una serie de artículos. Ahora, antes de firmar estas cuartillas, solo diré que en la sección de escultura he visto cuatro trabajos de Pardo de Tavera, y que entre las obras escultóricas hay muy poca cosa digna de fijar la atención: lo más notable es un grupo de Blay y Fábregas, *Los primeros fríos*, y el bronce *Gerona*, de Parera Saurina. Lo demás son yesos y mármoles merecedores de convertirse en polvo antes de que el tiempo realice la obra de destrucción á que todo en el mundo está sometido.

Barcelona á 5 de Junio de 1894.





LOS TEATROS

I



ESPUÉS de las explosiones de dinamita en el Liceo, mal año debió correr para las empresas teatrales en Barcelona. La reciente catástrofe; el recuerdo de aquella carnicería, de aquel verdadero anfiteatro anatómico en que se vieron convertidos la deslumbrante sala y el *foyer* del aristocrático coliseo; la sospecha de que pueden ocurrir otro atentado; el incremento del anarquismo y la audacia de sus secuaces llevando á todos los lugares de congregación los destructores explosivos, debió retraer en sus casas al público de los teatros y principalmente á la parte más escogida, á la nata y flor de ese público;

blanco de las amenazas de los anarquistas y aliciente de los salones que frecuenta.

Aun hoy, en que ya parece haberse olvidado aquel infausto sucedido, muchas familias persisten en su actitud recelosa y no acuden á las salas de espectáculos, por temor de verse envueltas en una hecatombe. Hay quien más despreocupado, se lanza ya á toda clase de diversiones y aun prefiere las escogidas, que son por lo mismo las que atraen mayor número de personas pudientes, é ilustradas; pero á pesar de presentarse con desenfado en público, con cierta confianza, con relativa seguridad, una sospecha, un vago temor de que se repitan los bárbaros ataques, asalta á todos cuando aparecen más tranquilos. Y es que si en alta voz no se dice nada de planes anarquistas, ni se da pábulo al pánico de la sociedad barcelonesa, al oido se presagian planes que ponen los pelos de punta. Por este medio circulan nuevas de los proyectos que acarician los cofrades de Pallás y se mantiene vivo, despierto todavía, el pavor producido por las maquinaciones consumadas.

En Barcelona no pasa día sin que nos anuncien sigilosamente alguna *intentona* descubierta, algún importante *copo* realizado, algún trabajo de destrucción, algún *complot* que se fragua en secreto, tal vez

en madrigueras subterráneas. Se dijo que aprovecharían el barullo de la procesión del Corpus para arrojar bombas al paso de la comitiva por la aristocrática calle de Fernando; aseguran que la exposición de Bellas Artes no se cerrará sin que los anarquistas hagan carne en la sociedad que la frecuenta—la espuma, por decirlo así, de Barcelona;—hay sospechas de que *lo del Liceo* se repita en el teatro de Novedades, donde actúa una compañía aceptable y se lleva á la escena las hermosas producciones de Ayala, Tamayo y Baus, Echegaray, Galdós, Feliú y Codina y otros dramaturgos de talla, y donde, por consecuencia de lo selecto del repertorio, no se reune sino parte, también distinguida, del público. A cada hora corre noticia de una nueva denuncia, de un anónimo que es una amenaza, de un papel que es una promesa jurada.

La labor de los polizontes, de las rondas, de todos los esbirros y dependientes del jefe de seguridad de Barcelona, comprenderán ustedes que debe ser complicadísima, ya que se ejerce una vigilancia cada vez más activa y minuciosa en el hermoso puerto catalán. Pues sin embargo de que todos y cada uno de los habitantes de Barcelona, tienen conciencia de que la policía no se duerme y de que se persigue

la pista del anarquismo, el recelo, el temor de caer en una emboscada, aleja á la gente de los lugares de reunión de la aristocracia para llenar de bote en bote aquellos otros preferidos del pueblo, en que se codea el burgués con el menestral y alterna la levita con la cumplida blusa del obrero—"De estar seguros en algún sitio—se dicen los medrosos—debe ser donde se congreguen los que se consideran esquilmados por la mesocracia que hoy lleva la dirección del mundo",—Así es que los *coliseos* por horas, en cuyas butacas y galerías reinan la democracia y la igualdad más absolutas, son los únicos que cuentan por llenos las funciones. En cambio las bombas anunciadas han hecho el vacío alrededor de la compañía de Donato Giménez.

Teatrillos zarzucleros funcionan cuatro ó cinco en Barcelona, entre los cuales *Cataluña* y *Tivoli* ofrecen cuadros de compañía menos malos que los restantes. Y aquí he de hacer una digresión para decir que hasta ahora todos los *cómico... líricos* que he visto son unos infames comicastros de la legua. Entre esa perniciosa y funesta plaga, descuellan algunos, malísimos también, pero que en fuerza de ser *pésimos* sus compañeros conquistan aplausos y laureles y pasan por notabilidades;

casi, casi por colosos y eminencias. Y no he de señalar, como escepción, á ninguna compañía; todas son iguales: los artistas que aqui se llaman de punta no saben interpretar á la perfección otros papeles que los de chulapos aburridos, toreros de invierno, timadores y ratas, sin duda porque para caracterizar esos tipos, no tienen que producir esfuerzo alguno: con revelarse á sí propios llenan esta sagrada misión divinamente.

Nada tienen que envidiar á sus *compinches* de glorias teatrales las señoras que les acompañan... en el sentimiento de arrastrar por los suelos el arte. La gracia de estas *divas*, si tienen alguna, consiste en salir á escena haciendo muchos mimos, dengues y monerías, en ejecutar desplantes y decir dicharachos de *barbianas*, en *darse* tres palmaditas y cuatro pataditas siempre que encuentran ocasión propicia de lucirse. La González, *tiple* de las que más llaman aquí la atención, es una mujercita graciosa, regordeta, muy avispada, que al reir enseña dos hoyuelos saladísimos en las mejillas, pero que canta y dice con voz tan dengosa y opaca que no se la entiende ni jota. Yo creo que debe padecer de pólipos en la nariz, ó que se tapona las fosas nasales con algodón en rama. Por lo demás, ya lo he dicho: buena mujer, muy mimosa y muy fla-

menca; gracias á su zalamería y arrogancia y á la chulapería de Riquelme se aplaude y figura en los carteles *Los zangolotinos,* el disparate más sin piés ni cabeza, el despropósito más insubstancial, la zarzuelita más descabellada que se ha llevado jamás á la escena. Y en la escena... ¡vaya si han puesto insulseces y disparatones!...

No sólo por los chulapos que la interpretan, sino por lo original y escogido de la música y lo ingenioso de la letra se aclama, que no se aplaude, porque decir esto sería poco, un sainete de Ricardo de la Vega y Tomás Bretón: *La verbena de la Paloma.* Este sainetillo se estrenó en Apolo, en Madrid; se cantó después en Barcelona, á donde vinieron para ensayarlo sus autores, y hoy va de triunfo en triunfo, recorriendo todas las capitales y todos los pueblecillos de España. Algunos números de la música y letra de *La verbena,* han adquirido tanta popularidad que hoy no hay en la Península ciego callejero que no cante, ni maritornes que no entone, ni pollo que no tararée aquello de

"Por ser la Vírgen de la Paloma
un mantón de la China—na
China—na
te voy á regalar."

Número que con el duo

—"¿Dónde vas con mantón de Manila,

dónde vas con vestido chiné?
—A lucirme y á ver la verbena
y á meterme en la cama después"
han llegado ya á aburrirnos, de tanto como nos machacan los oidos con su sonsonete.

Y como esta ración de teatro me parece suficiente para una sentada, recojo los bártulos y me retiro por el foro hasta otro día.

II

No tengo idea de lo que aquí ha sucedido durante el invierno, en la *verdadera* temporada teatral: después *de lo del Liceo* sé que este teatro no ha abierto más sus puertas, pero de la campaña realizada por los otros no me dan noticias. He oido decir que en el *Principal* trabajó hace poco tiempo el italiano Novelli, mas yo no he alcanzado esta celebridad europea.

Hoy sólo funcionan compañías de verano en coliseos de trapillo: *Novedades*, *Cataluña*, *Tívoli*, *La gran via* y sus hermanos menores son teatruchos destartalados, antiguos, polvorientos, que más parecen propios de un poblachón de mala muerte que de una capital populosa, atractiva y galana como Barcelona. Entre todos ellos, lo más decentito, lo más apañado

y arregladito—y bien pocos *apaños* y arreglos tiene ¡calculen ustedes cómo será el resto!—es *Novedades*, cuya sala espaciosa permitirá que, aun cuando el calor se eche encima, celebren funciones sin que padezca el públlco. Este teatro, no sólo por su capacidad sino por la compañía que en él actua y las obras que anuncia en los carteles, es, de entre lo que hay aquí, lo único que ahora puede tomarse medio en serio.

Trabaja en él una compañía dramática, dirigida por el ya respetable anciano Donato Giménez, ó sea *la caja de los truenos*, como creo que le llamó *Clarín* cuando empezó á esgrimir sus armas y á repartir lapos entre los cómicos de la legua. Hoy Giménez no abusa ya de sus facultades fonéticas, ni de sus poderosísimos pulmones, y siendo, como es, hombre que ha echado los dientes en la escena, y actor concienzudo y estudioso, resulta un gigante comparado con los artistas que le rodean. El segundo director de estos es Ricardo Calvo, y después de este Calvo y de Giménez, figuran en el cartel un Vico, Agapito Cuevas, dos ó tres Calvos más y algún otro que no recuerdo y que no apunto por no entretenerme en hojear cualquier periódico, donde seguramente encontraría los apellidos que

ahora se me escapan. Con tanto Calvo entre los actores fácil es suponer que esta será una compañía de poco pelo, de no mucha talla, vamos. Entre las actrices se cuentan las hermanas Cobeñas, la Alisedo y algunas más cuyos nombres no pasarán á la historia, seguramente.

El *peso* de las representaciones descansa sobre Donato Giménez y Ricardo Calvo, de una parte, y de otra sobre las hermanitas Cobeñas: dos muchachas elegantitas, que visten bien, que se mueven bien y... que hablan siempre con la boca chiquita, frunciendo los labios, como si esa manera fuese cosa de muy buen gusto y de muy buen tono y muy bien vista en las tablas. Yo tengo esto por un defecto y por un defecto que debe ser adquirido en la escuela de *damas jóvenes*, porque he visto que otras actrices también *se comprimen* (como diría el tabernero de *La Verbena de la Paloma)* al declamar, que ponen también hociquito de ratón.

Este hábito ó vicio ó lo que fuere se advierte y resalta más en la Cobeñas de mayores empujes y bríos dramáticos: en Carmen Cobeñas, que es la *loca de la casa* y la duquesa de San Quintín de Pérez Galdós, la *Mariana* de Echegaray, la *Dolores* de Feliú y Codina; por no citar más que personajes del momento y

creaciones que recientemente han metido mucho ruido. La otra Cobeñas no pasa de ser una damita joven agraciada y discreta.

Con estos elementos, que no son muchos ni muy valiosos, el *cuadro* que actua en *Novedades* lleva á la escena las obras más escogidas y de más temple del repertorio dramático moderno, y ya que con ese empeño ó labor no conquiste inmarcesibles laureles, ni triunfos soberanos, realiza una obra de propaganda y difusión que es muy meritoria à los ojos de las personas que tienen el buen criterio de pedir al teatro algo más que palmaditas, pataditas, volapiés, polos y malagueñas.

Y la campaña de la compañía de Donato Giménez es tanto más plausible cuanto que el público de Barcelona—por lo que voy viendo—no resiste dos representaciones sucesivas de un drama ó de una comedia seria. Este público, que aguanta una semana *Los sangolotinos*—ese mamarracho flamenco-cómico.—rechaza *La Dolores*, si la repiten, no tolera que le pongan dos noches seguidas *La loca de la casa*, ó *Las personas decentes*, de Gaspar.

Desde otro punto de vista, debo advertir que frecuentando la sala de *Novedades* algunas familias nobiliarias, banqueros, acaudalados industriales, políticos, artistas y escritores, huye de él la gente pusilánime

como de un paraje poco seguro, pues dos ó tres veces ha corrido la voz, por Barcelona, de que los anarquistas harán allí una de las suyas, repitiendo las explosiones del *Liceo*.

Así es que la campaña de *Novedades* no debe producir grandes rendimientos á los empresarios, aunque estos no cesan de batir el cobre, á pesar de que cada dia anuncia una novedad el cartel. El público no acaba de convencerse y estoy seguro de que, si *repitieran* los programas, á la segunda representación sólo asistiría media docena de espectadores.

Por todo esto y porque la gente de Donato Giménez me ha revelado, de cuerpo entero, á Galdós autor dramático—yo conocía, por haberlas leído, las producciones galdosianas de esta índole, pero ¡va tanto de leer una comedia, como quien lee una novela, á ver la encarnación teatral de la obra literaria!—por cuanto dejo apuntado, y algo más que pudiera añadirse, simpatizo con la compañía de *Novedades*.

Y á propósito de las dos producciones de Galdós que he visto poner en escena, *La de San Quintín* y *La loca de la casa*, ya que no me meta á discutir, como lo han hecho casi todos los *chicos* de la Prensa, las dotes del insigne novelista en cuanto autor dramático, he de permitirme apuntar, por lo

menos, la impresión que me produjo la representación de estas comedias.

Lo diré de una vez, para abreviar: Galdós se me ha aparecido como autor dramático de primera fuerza, y el segundo acto de *La loca de la casa*, es de lo más hermoso, de lo más humano, dulce y conmovedor que ha pasado ante mí por la escena española, desde que tengo uso de razón. Hay allí una sobriedad, un vigor, un drama tan bien estudiado y tan bien sentido que arrebatan al oyente, y lo llevan al más intenso grado de la emoción estética.

Y no digo más de teatros, aunque se me queda mucho en el tintero.

Barcelona á 7 de Junio de 1894.



MADRID



ASTA ahora creo que he hablado de Madrid entre burlas y veras, más bien en broma que en serio, exajerando los tipos que me han saltado al paso en la corte, dislocando, probablemente, el natural para que se adaptase mejor al tono en que escribía. Hoy quisiera dedicarme á este asunto con un poco de formalidad, pero por muy grave que me ponga no conseguiré que mi pluma trace el boceto que, á ponerme á ello, hubiera bosquejado cuando llegué á esta villa. Recuerdo que entonces, mentalmente, compuse un cuadrito que tenía algún *color local*, que me llenaba, que me satisfacía en detalles y conjunto: un *reflejo* de primera impresión, que se ha desvanecido ya y que por mucho que me esfuerce no lo-

graré reconstruir, aunque, con cara de juez, me reproche las burletas con que llené estas crónicas, me lamente del tiempo malgastado.

Al cabo de quince ó veinte dias de ir y venir por las plazas, calles y paseos de esta coronada villa, la unica impresión persistente que en mí recojo es la que me produjo el barullo callejero de esta corte de los milagros, donde á juzgar por el número de personas que barzonean por todo lugar y sitio no parece sino que se vive en la calle exclusivamente y que la habitación, el hogar, se tiene por satisfacer una exigencia, pero no para vivirlo ú ocuparlo.

Yo salga por la mañana, al mediodia, por tarde ó noche; eche por las calles y lugares céntricos ó por los barrios y distritos más apartados, encuentro siempre las aceras estrechas para el número de transeuntes que por ellas circula, me codeo á todas horas con una muchedumbre compacta, como la que en otras poblaciones sólo se ve callejear los dias de fiesta.

La Puerta del Sol es realmente una colmena donde se mueve, agita y zumba un hervidero humano, un enjambre de hombres, mujeres y chiquillos que se renueva sin cesar, que vomitan y arrojan á borbotones las calles que al centro de Madrid abocan y que recojen esas mismas

arterias, á guisa de sumidero ó alcantarilla. Este movimiento de flujo y reflujo, de que jamás podrá formarse idea quien no haya salido de Manila, quien no haya visitado alguna de las grandes capitales de Europa—no cesa ni un instante: amengua tan sólo de once de la noche á seis de la mañana, para tomar á esa hora el incremento que ha de llegar á su apogeo en las de más calor, cuando las aceras echan chispas y los edificios despiden lumbre, como planchas metálicas recalentadas.

Al amparo de la sombra que proyectan hasta la meridiana los edificios que se extienden desde la carrera de San Jerónimo á la calle Mayor, congrégase, de siete á doce, una multitud abigarrada, de la que forman parte centenares de desocupados, que fuman, discuten, piropean á las mujeres, distraen la vista por los lujosos escaparates de las tiendas, ó esperan, como embobados, la caida del maná que tal vez arrojen del ministerio de la Gobernación; hombres de negocios, que cruzan como de paso, pero retardando el andar, para que no se les escape el néctar, la ambrosía, el suave efluvio que deben desprender las aceras; hembras diversamente prendidas, ya con modestia en que se trasluce la falta de recursos, ya con sencillez llena de encantos, ya desplegando todas las galas de la moda;

pilluelos y chiquillas que vocean periódicos á grito herido; revendedores de billetes de lotería, no tan posmas como los que en Manila ejercen tan lucrativa profesión; y cien comerciantes que llevan la tienda encima y ofrecen á precios reducidos novelas de novelistas incipientes ó adocenados, libros pornográficos, llaveros, palillos para la dentadura, sobres y papel para cartas, jabones, fosforeras: los productos de más de mil industrias de poca monta.

Cuando el sol cae de plano sobre la llamada *Puerta* de su nombre, encontraríase natural que esa multitud de gentes se dispersara, buscando en los parajes resguardados del calor el esparcimiento á que la fresca da ocasión; pero contra todo lo que se podría prever sucede aquí que ni el sol cenital ni el aire cálido del mediodía ahuyentan á los madrileños del centro de la corte: á la hora en que la luz ciega y se registra la máxima termométrica ofrece este desamparado lugar el mismo aspecto, bullente, de hormiguero.

Si la animación y el movimiento adquieren proporciones desusadas en ese gran punto de cita que para solaz de propios y extraños luce con ufanía la corte, no por eso el resto de Madrid queda despoblado: hay aquí gente y vividores para llenar todas las calles de la coronada villa y

hay mercaderes ambulantes para despertar y satisfacer el apetito despilfarrador de todo el vecindario, hállese donde se hallare.

Visto así, por encima, diríase que Madrid es un pueblo de capitalistas, de elegantes y desocupados, que no tienen que pensar en buscarse la vida sino en distraer sus ocios por las calles. Pero aún toma más cuerpo este juicio si nos fijamos en lo que aquí se gasta y lo que aquí se derrocha.

En Madrid no habrá dinero—esto es lo que se oye decir por todas partes, aunque en cada esquina hay un prestamista que lo ofrece... *sobre pagas y fincas en buen uso* —mas nadie será de esa opinión si se pára un poco y observa los comercios llenos de compradores, los cafés también llenos de bote en bote, las cervecerías atestadas de gente, los teatros animadísimos, los tranvías repletos de pasajeros, los coches de alquiler ocupados, las fondas y *restaurants* muy concurridos.

Después de advertir que en la corte todo el mundo dilapida, gasta y se divierte, y que aun los que parecen mejor acomodados hablan de apuros, de trampas, de escaseces y de miseria acaba uno por caer en la cuenta de que en Madrid no debe hallarse persona que tenga una peseta en el bolsillo y que las transacciones se verifican merced á unos

cuantos centenares de pesos, siempre en circulación, siempre en continuo rodar, siempre escapándose de las manos que logran atraparlos para pasar á otras, también abiertas, que han de escupirlos en seguida.

Madrid á 30 de Junio de 1894.





EL MES DE JULIO



A ha empezado el calor, y con el calor la fuga anual de vocales, consonantes, puntos y puntas de París, ministros y diputados forales y pedáneos.

En la corte no se habla hoy de otra cosa que del veraneo y de las gentes que veranean.

Aquí sólo quedan algunas señoras de la reserva y de inválidos, el gobernador, el alcalde, los prestamistas, dos ó tres patronas de huéspedes, algunos pupilos de los que no pagan y los habituales parroquianos del pilón de la puerta del Sol y de la calle de Sevilla.

Estamos en la corte como en familia.

Los vendedores de periódicos, en vez de vocear *El Liberal* y *El Imparcial* con los escándalos parlamentarios, pregonan la Guía oficial de ferro-carriles con el nuevo servicio de trenes y la rebaja de precios.

En Caloocan, Polo, Meycauayan y Bigáa, mejor dicho en Vallecas, Getafe, Pinto y Valdemoro, veranea y toma el fresco la aristocracia de segunda batida.

En San Sebantián, que viene á ser nuestro Dagupan, se remoja la aristocracia de primera fuerza y de primera sangre.

En Ontaneda y Arechavaleta, que son los *Sibules* de España, se sulfuran y ponen verdes todos los herpéticos de Madrid.

Se entiende los herpéticos pudientes, porque en la clase de herpéticos, como en todas las clases sociales, hay quien tiene dinero y quien no tiene más que malos humores sobre que caerse muerto.

Estos dias la sección más leída de los periódicos locales es la que titulan *el veraneo.*

Como ya no hay Cortes, ni Senado, ni consejillos, ni colisiones entre monárquicos y republicanos, los periodistas inamovibles en vez de acudir á los cuerpos colegisladores, á escandalizarse y tomar notas, cumplen los deberes de su profesión en las estaciones de los ferro-carriles que

arrancan de Madrid, para tenernos al tanto de quién entra y quién sale.

Y á diario sabemos el número de Martínez y Fernández que se han largado por la del Mediodía, el de Rodriguez y Gómez que han partido por la del Norte, y el de Gutiérrez que han tomado soleta por la de Malpartida.

Hoy, para verse en letras de molde, codearse con lo fino, y figurar entre los títulos del Reino, no tiene cualquier madrileño más que salirse de sus casillas y abandonar este horno donde se cuecen los destinos y los presupuestos de la Nación.

Y sin embargo no faltan espectáculos en Madrid, aunque todos sean de *demi poile*.

Los jardines del Retiro han abierto sus puertas á los señores y señoras fijos, ó que no salen de Madrid, á las horizontales de moda y á las que aspiran á serlo.

¡Cómo está ese Retiro por las noches!...

Señoras retiradas, militares retirados, patines, chicos que tropiezan, chicas que se caen (se entiende, patinando), la banda de ingenieros que toca alguna cosita, pollos y pollas que idem, gente que se escurre, que pesca, que pasea, que muerde, que tira al blanco, y al sable,...

Las pocas personas que aún viven en Madrid se reunen en el Retiro al amorcillo de las farolas eléctricas (ya que no de la lum-

bre), cabe las ramas del algún *sicómoro* ó de alguna acacia raquítica, que las cobija, escucha toda ruborizada y calla como una madre de familia complaciente.

Pero... ¡Lisardo en el mundo hay más!

Quiero decir, en el Madrid del presente momento.

Hay Rusia ó sea Madrid-Moderno, en las estepas de más allá de la Plaza de toros, lindando con el Asia Menor, vulgo las Ventas del Espíritu-Santo.

Allí también se patina, y se pesca, porque hay de todo: hasta un sexteto que ejecuta melodías y *triduos* para los jóvenes románticos.

En Colón y en Parhis hay títeres, mujeres, fieras, caballos en libertad y grandes caidas.

Frontones acreditados también funcionan.

Jai-Alai, Beti-jai, Euscal-jai... y *Cara-jay.*

Este último para uso de los puntos y pelotaris filipinos.

Todo al alcance del público algo pudiente que aún permanece en la Corte.

Para el más *estable* todavía, para el que no sale de Madrid como no sea conducido por tránsitos y bajo la vigilancia de la Guardia civil, hay el Prado, Recoletos y los aguaduchos de entrambos paseos.

¡Qué idilios observa el curioso en esos

puestos de agua, merengues y aguardiente alemán!

Hay cada aguadora y cada parroquiano de perro chico....

Lo malo es que en esos paseos tan concurridos, con el *tole tole* de las gentes se levanta un polvo y una atmósfera por las noches!...

¡Vamos, que se masca y *se sapa.*

Madrid á 3 de Junio de 1894.





EL DOCTOR FERRÁN



NTES de que un incidente, sin importancia, de mi vida, me llevara á emborronar cuartillas, entendía yo algo de microbios y me ocupaba en atiborrar la memoria de nombres estrambóticos y de minuciosidades y pequeñeces científicas. Entonces, aunque ya andaba yo rodando por los mundos filipinos, no sabía del Archipiélago mucho más que cualquiera de esos oficialillos quintos que suele enviar el Gobierno á Filipinas á cobrar unos pesos y que se paseen por la Escolta, pero en cambio estaba muy al corriente de lo que decía el Dr Y. de la bacteria tal ó cual, de los estudios del biólogo X. acercá de algún

coco de esos que no meten miedo á los niños pero que asustan á los señores sabios, de los experimentos del químico Z. sobre el microrganismo productor de esta ó aquella enfermedad infecciosa De haber seguido dedicando mis desvelos á tan caprichosas lecturas é investigaciones, á estas fechas sabría yo más de microbrios que el que los *inventó*, pues no es la microbiología ciencia tan oculta como algunos pretenden, ni su práctica tiene tantos pelendengues como muchos pregonan.

De aquellos estudios, ya *archiolvidados*, me resta todavía algo de lo que les queda á los músicos viejos: el compás; que en este caso viene á ser cierta especie de curiosidad, de interés, de simpatía por todo lo que se relaciona con la ciencia de los infinitamente pequeños é infinitamente numerosos; por esta ciencia que pudiera llamarse la *ciencia de los chinos*, y que no dudo de que así la denominarán el día que en Europa admitan como sinónimos las palabras *chino* y *microbio*, que ya pasan por tales en ese Archipiélago.

Puesto el lector en estos antecedentes, no extrañará que al encontrarme en Barcelona, me punzase el deseo de conocer personalmente al médico que un día provocó los entusiasmos de media España y fué aclamado y protejido del pueblo y prensa. El

inventor de las inoculaciones preventivas del cólera, ofrecerá siempre—siquiera por lo mucho que fué jaleado y discutido—el interés de las personalidades más conspicuas, no sólo al *amateur* que ande á la husma de los secretillos que acostumbra revelar el microscopio sino al que se ocupe en hacer informaciones noticieras, por poco que le tire el *reporterismo*, por poca vocación que para el oficio tenga.

Para mí, el doctor á quien estoy refiriéndome presenta innumerables puntos de contacto, marcadísimas analogías con otro compatriota nuestro que, más recientemente aún, convirtió hacia sí no ya la atención de España entera sino la de las naciones y pueblos extraños; y con esto casi podría prescindir de citar nombres, pues me figuro que ya habrá acudido á la memoria de mis lectores el de un popularísimo oficial de la Armada, que no hace muchos años se paseó triunfante por el centro y sur de la Península ibérica y despertó la curiosidad de casi todo el mundo científico. Las semejanzas entre Ferrán, el médico de las inoculaciones preventivas del cólera, y Peral, el inventor del submarino, son tan evidentes que nos parece muy difícil, si no imposible, encontrar dos casos más análogos. Al través de los tiempos, paladines obscurecidos

de la inteligencia, uno y otro vivían como vivimos los más, ignorados del resto de los hombres, hasta que, creyéndose en poder de secretos infructuosamente perseguidos proclamaron en alta voz sus descubrimientos y el telégrafo llevó sus nombres á todos los paises de la tierra. ¿A qué recordar lo que pasó? El triunfo de nuestros compatriotas fué tan efímero que apenas alzados sobre el pavés cayeron en la sima donde luchan, pelean y se confunden las medianías ignoradas. Hoy, de Ferrán, muy poca gente sabe que dirige el laboratorio microbiológico de Barcelona, y del otro, de Peral, aún muchos menos conocen en qué se ocupa, qué es de su vida.

Curioso, no como buen gacetillero—pues no me tengo por tal, ni pico tan alto—sino por naturaleza, desde que supe ú oí hablar del célebre médico tortosino, entré en ganas de conocerlo, así como en cuanto la Fama se hizo eco de las tentativas del estudioso *nauta*, sentí comezón de echarle la vista encima. El primer deseo ya está satisfecho, pues al pasar por Barcelona visité, como he dicho, á Ferrán en su laboratorio; lo segundo no lo he logrado aún, pero como pueda no he de salir de España sin cambiar mis saludos con el aclamadísimo Peral.

***

De la campaña emprendida en la cá-

tedra por el Dr. Jimeno y en la Prensa política y noticiera por todos los periodistas españoles; de la popularidad y renombre alcanzados por quien tantas alabanzas y tantos *bombos* escuchó; del Ferrán bacteriólogo y émulo, casi, de Koch y Pasteur—según muchos creyeron —no quedaria hoy, estoy seguro, ni rastro siquiera á no habérsele ocurrido al entusiasta é ilustre catalán Rius y Taulet, alcalde de Barcelona en gloriosos días, responder á las excitaciones de los *ferranistas* proponiendo al Ayuntamiento de la ciudad Condal, la creación de un laboratorio microbiológico, donde nuestro hombre pudiera continuar en debida forma las investigaciones hasta entonces practicadas en gabinetes particulares y transformarse en verdadero especialista en las materias objeto de su estudio.

No sé, ó no recuerdo, las vicisitudes que correría esa proposición antes de convertirse en *hecho;* que al fin cuajó es indudable, pues próximo al Parque de Barcelona, detrás de él, y en una barriada de edificios destinados á cuarteles y oficinas militares; en terreno al que sirve de cerco un muro de ladrillos y que el sudor del hortelano convirtió en predio que tiene poco de jardín y mucho de huerta, se alza hoy el pabelloncito dedicado á gabinete ó taller

de experimentaciones del Dr. Ferrán. En el despacho más lujoso de esta dependencia del municipio, una lápida de mármol blanco perpetúa el nombre del benemérito Rius y Taulet, á cuyas iniciativas, repito, débese la instalación del laboratorio.

Visto desde fuera ni el más perspicaz tomaría cercado de tan ruín apariencia por instituto de vacunaciones único en España; más bien detrás de aquellas tapias de terroso ladrillo, por encima de las cuales asoman la gaita dos ó tres chupadísimos olmos—de verde brillante ó como argentado, según que las hojas, movidas por el viento, enseñen el haz ó el envés—creeríase establecido un lavadero ó bien sólo un minúsculo huertecillo. Traspuesta la tapia, dentro ya del coto, las pequeñas parcelas en cultivo, el departamento de meteorología, con sus aparatos y registradores automáticos, el palomar, los establos, las cuadras, las jaulas, comunican al laboratorio aspecto de granja, con su poquito de estación zootécnica. Mientras el agua, bullente y cristalina, circula por los arriates y remoza los frutales en flor, las legumbres y hortalizas y las pomposas plantas de adorno, en los establos mascullan adormilados los vacunos, con la tranquilidad del justo; en las grandes jaulas se mueven agitadamente las más

diversas variedades de la especie canina; en otras pequeñas se esponjan los pavos y picotean los pollos y sus afines, y en las más pequeñas aún, conejos, conejillos de Indias y ratas blancas viven prisioneros, pero constantemente inquietos. Dígase si todo esto no predispone más á tomar el instituto por granja agronómica que por *austero* laboratorio bacteriológico y de análisis.

Para que el curioso se persuada de que realmente visita un establecimiento de esta índole, precisa penetrar en el pabellón que ocupa el centro del huertecillo y jardines, donde los mecheros de gas, los hornillos, los picos de Bunsen, las redomas, las estufas, los baños, los filtros, los tableros con forro de plomo, los delicados aparatos de cristal en que el vidrio se retuerce formando elegantes serpentines, se acoda bruscamente, se dilata en esferas ó se afila hasta la delgadez del cabello, revelan à todas luces la clase de trabajos que allí preferentemente se practican. En ese taller, alumbrado y ventilado con profusión, se encuentra de ordinario Ferrán, metido en una blusa de dril tan cumplida que casi le llega á los talones, siguiendo el curso de algún cultivo, practicando inoculaciones en cualquier inofensivo animalejo, montando ó desmontando destiladores y baterías.

Como en España hay muy poca afición

por la clase de estudios que preocupan á Ferrán, éste no tiene discípulos, ni ayudantes *espontàneos*. Dos oficiales solamente figuran en la *plantilla* del laboratorio, médico el uno, farmacéutico el otro. Ambos, con el director, constituyen todo el personal facultativo de este Centro... pues no me atrevo á incluir entre los profesores á una linda muchacha, de grandes ojos azules, pelo rubio, y en completo y afortunado desarrollo ya, que también se ocupa en escanciar matraces, sembrar caldos, afilar tubos, hinchar ampolletas y dirigir manipulaciones con habilidad y tiento que muchos químicos para sí quisieran. Esta simpática y agradable *noya*, es hija é hija predilecta del médico director.

Ferrán pórtase muy cortés y cumplidamente con todo el que le visita en el laboratorio; muéstrase expresivo sin exajeración, y corresponde al interés del visitante, si lo demuestra, enseñándole los departamentos todos del instituto: la oficina donde se llevan los trabajos estadísticos; la sala donde se practican á niños, adultos y enfermos, vacunaciones ó cualquier otra suerte de remedios; el gabinete que almacena el instrumental más rico y delicado: los grandes y refulgentes microscopios; los micrótomos, que separan de los tejidos cortes transparentes; las cámaras

obscuras, los espectroscopios y polariscopios, las máquinas de Alvergniart, todo un curiosísimo museo de aparatos de física con sus brillantes tubos metálicos, sus maravillosos mecanismos y sus complicadas *hechuras*. Además de esos gabinetes, hay una cámara fotográfica, y una pequeña biblioteca, y un despacho para el director, y no recuerdo si alguna dependencia más.

Ferrán ya he dicho que muéstrase muy cortés con todo el que le visita: únicamente puede afimarse que se le acaba la cortesía cuando empieza la *impertinencia* del huesped y procura éste inquirir prácticas, procedimientos, detalles operatorios etc. etc. Al llegar á este punto, Ferrán se encierra en absoluto mutismo, se hace el sordo: parece el gran sacerdote de alguna ciencia misteriosa y oculta, cuyos secretos fuera delito nefando revelar aún á los iniciados, como no trabajen en el templo desde donde oficia el Pontífice. Cuando se le pregunta algo sobre los particulares señalados, Ferrán ó no contesta ó si responde lo hace con medias palabras, con evasivas, y, si por apurarle, se le aprieta un poco más, su respuesta es categórica:—"¡Oh! eso es secreto de la casa"—dice.

De que trabaja con ahinco y de que

tiene fé absoluta en los remedios propalados por los modernos bacteriólogos puedo salir garante, pues le he visto descender á ocuparse en todos los pormenores del laboratorio y además he presenciado cómo, uno de sus ayudantes, le aplicaba dos inyecciones antirrábicas, con la misma geringuilla, con el mismo caldo, con idénticas precauciones que luego puso, también á mi presencia, al servicio de la clínica del instituto, donde hasta dos docenas de hombres y niños, mordidos por perros sospechosos de rabia, esperaban á recibir la benéfica inoculación.

Con esto, sólo comprenderá el lector que el laboratorio microbiológico de Barcelona presta servicios no escasos de importancia. A mí se me acaban el papel, el tiempo y la paciencia y no puedo extenderme en otra suerte de consideraciones.

Madrid á 4 de Julio de 1894.





FILIPINISTAS



NO crean ustedes que aquí nadie conoce las Filipinas.

Podrá no conocerlas don Amós Salvador, el de la barba espumosa y rubia, ni otros padres ó padrastros de la patria, pero entre las clases desacomodadas y entre los empleados públicos de menor cuantía, el Archipiélago de Legaspi es objeto de habitual estudio y de constantes preocupaciones.

Los que hemos pasado por esas tierras y conocemos *experimentalmente* el país del *poto*, podríamos sacarnos un sueldo muy bonito cobrando, siquiera fuese á precio módico, las noticias que á cada paso nos vemos obligados á facilitar á los que estu-

dian las Filipinas desde la madre patria; aunque es mucho *tropo* decir la madre patria por la mesa de un café ó el mostrador de una cervecería ó el gabinete de cualquier modesto domicilio.

—Mire usted—nos dice en visita una señora—yo nunca he pasado de Carabanchel Alto, pero tengo mucho cariño á aquella tierra y me la sé tan de memoria como el último rincón de mi cama.

—Qué, ¿ha leido Vd. á Feced y á Cañamaque?—preguntamos tímidamente, porque la sola pronunciación del apellido de tan ilustres *filipinólogos* nos coarta y cohibe.

—No, señor: yo no leo jamás cosas malas, ni he oido esos nombres—responde la interlocutora, en el colmo de la candidez.

—Entonces no diga Vd. en ninguna parte que conoce las Filipinas.

La señora, para convencernos de que á pesar de no haber leido las fantasías de los autores indicados, y de no conocerlos por el forro siquiera, cala y entiende mucho de ese país, nos dice que ella es filipina por la leche que mamó, puesto que le dió el pecho una dalaga de Malate que vino á España con la esposa de un teniente de carabineros y aquí tuvo relaciones, y un hijo, con un cabo del mismo Cuerpo.

—¿Y qué tiene eso que ver con la familia de los Perlerines?—preguntamos á la señora de *autos*.

—Con esa familia nada, pero conmigo mucho; porque la filipina perdió el hijo á los pocos dias de dado á luz y entró á servir á mis padres, en clase de cabra.

—¿De qué?

—Vamos, en sustitución de una cabra, que también murió entonces, y me criaba á mí, por no poder hacerlo mi madre.

Gracias á la leche que mamó, y á un sobrino político de su marido—que dice que sirve en Filipinas, aunque en la Metrópoli nunca sirvió para nada—sabe esta señora que en ese país hay conchas en todas las casas; que los hombres usan ahí los calzoncillos de algodón; que *tabe* quiere decir "apártate, que me tiznas"; que la tinola es un plato divinamente *descrito* por *Moham* en el almanaque culinario de Angel Muro; que en Manila hay *batas* de carne y hueso, siendo así que en España las batas son de percal ó de raso ó de cualquier género, pero no de carne; que en el Archipiélago todos tienen coche, y que un peso mexicano vale, sobre poco más ó menos, tres pesetas.

Es claro que si se compara estos conocimientos con los que sobre *el país* y su literatura dramática posee Barran-

tes (D. Vicente)—ó sea uno de los piés de la Academia—desmerecerá notablemente como filipinista la señora en cuestión; pero si los cotejamos con los que suelen lucir las personas y consejeros llamados á barajar los intereses de esas provincias, resultan de un valor inestimable y aumentan, proporcionalmente, la talla moral de quien los atesora.

Pues una dama de este jaez nos sorprende en una visita, y en la mesa del café donde acibaramos nuestra existencia con infusión de achicorias, por cuarenta céntimos, un sujeto, después de describir con brillantes colores la *fastuosidad* de los trópicos, la *morbidez* de las indias, y la constante primavera de esos paises — de tal modo que sospechamos si será un resto de la exposición filipina ha tiempo celebrada en esta corte—nos dice:

—Oiga usted ¿en un año podría yo hacer allí diez mil duros?

—Hombre; según y conforme—le contestamos—Mire Vd, yo he pasado en aquel país los once mejores años de mi vida y no he hecho tres pesetas.

—¡Ay, qué primo!—exclama con toda *la efusión* de su alma el que quiere sonsacarnos.

—Bueno; pero otros han hecho un capital muy saneadito en menos de once meses.

—¿Y qué hay que hacer para *hacer eso?* — vuelve á preguntarnos el mismo sujeto.

—Pues en primer lugar, hay que saber hacer esas cosas, y en segundo hay que tener muy poquísima vergüenza.

—¿Y nada más?

—También hay que tener ocasión de hacerlas.

—¿Y eso es todo?

—Hombre, eso es todo si, al que quiere, se lo dejan hacer á mansalva.

Pues esta clase de filipinistas abunda en Madrid como la mala yerba y como los cómicos *parados*.

Madrid á 10 de Julio de 1894.





LOS PUNTOS FILIPINOS



UCHAS veces, desde que me he metido en este jaleo de escribir cartas que reflejen mis impresiones de viajero, me ha trabajado la sospecha de si una parte del público que ha de leer estas crónicas sabrá apreciar cuándo hablo en serio y cuándo en broma; cuándo traslado á mis *revistas* sucesos reales ó sucesos imaginarios; cuándo presento escenas, tipos y detalles tomados del natural, tal como me parece que son, sin reducirlos ni agrandarlos ni deformarlos, y cuándo ofrezco á mis lectores imágenes y seres vistos al

través de vidrios ahumados, de lentes convergentes ó divergentes. Este recelo no carece de fundamento: ya en Manila me ha sucedido verter una especie ó una afirmación en articulejo que á todas luces resultaba festivo, solo trazado para llenar un hueco con disparates y tonterías, y observar se armaba contra mí verdadera nube de andantes caballeros que, arbolando el pendón de la sinceridad, se prometían confundirme, aniquilarme y poco menos que reducirme á pavesas. No hubo medio de convencer á esos señores de que la caricatura, el chiste disparatado y la ocurrencia festiva no pueden tomarse al pie de la letra, y que una cosa es escribir á lo dómine y otra echar las cosas á barato y tomar el mundo en broma. Según aquellas pobres gentes, en Filipinas al periodista le está prohibido el bromear, y todo lo que aparece y se ve estampado en letras de molde debe considerarse como expresión de maduros razonamientos, nunca como palabrería fofa y alegre.

Viéneme á la pluma esta digresión ahora que recuerdo no haber dedicado hasta hoy sino chirigotas y chuscadas á las gentes que un día rodaron por las calles y callejuelas de Manila, ó por los *imposibles* caminos reales de ese Archipiélago, y con quie-

nes me encuentro y tropiezo en Madrid á cada paso.(1) Porque me dolería que, tomándose ahí, como vulgarmente se dice, el rábano por las hojas, se forme la creencia errónea de que todos los que han pasado por ese país ó figurado en él más ó menos dignamente, arrastran vida precaria en la Península y viven desplumando á los que llegan de las remotas posesiones del extremo Oriente, ó repartiendo sablazos á diestro y siniestro. Que haya algunos que *vivan del sable*—más que nada porque no tienen otro recurso—y que anden con los codos de fuera y enseñando los dedos de los piès por los agujeros de los zapatos, no significa que la totalidad se haya estrellado al desembarcar en España, ni que pasen aquí inadvertidos cuantos en Filipinas descollaron ó se distinguieron.

¡Y qué placer, qué satisfacción se experimenta cuando nos tropezamos de mamanos á boca, por esos hormigueros que la muchedumbre forma en las calles y paseos de Madrid, con un amigo á quien se conoció por la ciudad del Pasig, con una familia á quien un día vimos en esa tierra! Para los que consideramos las Filipinas no como pais extraño y diferente

(1) Los artículos á que me refiero se han descartado al reunir la presente colección.

del nuestro, ni siquiera como una segunda patria, sino como una *dilatación* de la Madre Patria, el encuentro de las personas que nos traen á la memoria esas provincias, resulta, tiene todo el placer de un verdadero *hallazgo*. De mí sé decir que cuando voy por la Puerta del Sol ó la Carrera de San Jerónimo, cojido del brazo de un *punto filipino* (entiéndase bien lo que quiero decir con esto y no se dé á la frase el significado malévolo que generalmente la atribuyen) y me pregunta por los negocios de ese país, y por los amigos de ese país, y por las cosas de ese país, me imagino estar dando vueltas por las aceras de la Escolta y se me figura que es pura ilusión de los sentidos ó engaño de la vista las casas, los lugares y las gentes que me rodean. Muchas veces, al pasar como distraido é indiferente por la puerta de una tienda lujosa—cuyas tentadoras riquezas se exponen al público en deslumbrantes escaparates—, creo hallarme á la entrada de uno de esos fastuosos almacenes que ya van abundando en Manila; sobre todo si me acompaño de álguien que me habla de Filipinas. Es más: entre los que hemos residido en ese Archipiélago, sólo por el hecho de tener un periodo de la vida común, parece como que existe cierta relación de parentesco, que se traduce en ma-

yor cordialidad de relaciones al verse por España. No soy yo solo el que piensa de esta suerte: la mayor parte de los que anduvieron por Luzón y ahora azotan el empedrado de la Península, se expresan en este sentido y revelan la sinceridad de sus palabras con el afecto que demuestran á los recién llegados.

Lo que impropiamente suele llamarse aquí *colonia filipina*—comprendiendo bajo esta denominación á todos los que hemos pasado por esas *insulas*—es en la corte de España numerosísima, y si sus miembros se asociaran podrían formar un grupo tan importante como el que constituyen en Madrid los gallegos, pongo por ejemplo. También en Barcelona es crecidísima la colonia filipina, y en capitales en que la densidad de población es casi tanta como en las dos citadas, da idea del número de *puntos filipinos* en ellas avecindados ó residentes, el de los que se encuentran y saludan á cada momento. En Madrid es imposible salir de casa sin avistarse con álguien que no nos recuerde ese país. Yo creo que ha pasado por nuestro Archipiélago media España y que la otra mitad está haciendo la maleta y disponiéndose para embarcarse y cruzar el charco.

Por todas partes, en todos los sitios á donde vaya veo y hallo gentes ahí

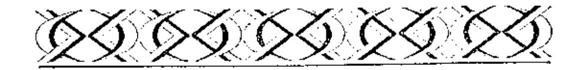
conocidas. Al llegar, apenas me había sacudido el polvo del camino, saludé al general Despujol—correctísimo é impecable, como siempre—y á Betegón. A los pocos pasos á la noble dama esposa del general Latorre; minutos después al auditor de Marina Valcárcel, y luego á D. Juan Ortiz. Es imposible citar á quién he ido saludando sucesivamente. Si la memoria me fuese fiel estoy seguro de que llenaría una columna de *La Oceania* con nombres que de fijo suenan á mis lectores. Ultimamente he visto á Santamarina y á Clavet, que están haciendo por Europa un viaje de príncipes. También Inchausti viaja de esta manera y anda dando tumbos por el extrangero otra vez, pues ya antes de tocar en Madrid anduvo por Italia, Suiza y Francia. Tampoco Ortiz permanece en reposo: ahora dicen que rueda por Andalucía, por Sevilla, me parece; pero de primera intención visitò dos ó tres naciones, y me aseguró, cuando le hablé, que pasaría una temporada en París durante los meses de Septiembre ú Octubre.

Estos apellidos,—ya que no otros que me acudirián á la mente sin gran esfuerzo—revelarán á ustedes que no todos los que ahí nadaron en la abundancia andan aquí á la cuarta pregunta. Hay más todavía: estoy por sostener que los puntos filipi-

nos, *los verdaderos puntos filipinos* que se dedican en Madrid *al noble ejercicio del sable,* hicieron el aprendizaje de su profesion en esas remotas playas y vivieron en el Archipiélago tan de la trampa como ahora viven.

Madrid á 11 de Julio de 1894.





OTRA EXPOSICION



OS pintores españoles parece que no se dan punto de reposo en eso de organizar certámenes. Al tiempo que se celebra uno en Barcelona, ábrese en Madrid la exposición bienal del Círculo de Bellas Artes, y cuando aún no se ha verificado la clausura de estos concursos, ya se promueve la concurrencia al que anuncia Bilbao, cuya inauguración está fijada para el mes de agosto próximo. Tres certámenes, celebrados casi en los mismos dias, dan idea de la actividad reinante entre los pintores y del florecimiento que otra vez va alcanzando el arte pictórico en España.

De estos concursos, el de Barcelona

y el que se celebrará en Bilbao débense á la iniciativa oficial; el madrileño es cosa particularísima de los socios del Círculo de Bellas Artes, que al organizarlo han sabido combinar lo útil con lo agradable, luciéndose como artistas y acometiendo, como hijos de España, una empresa que pudiera llamarse nacional: la de erigir un monumento á Velazquez, el insuperable pintor sevillano. Con este patriótico objeto han enviado los dibujos, óleos y acuarelas que llenan la sala 5.ª y sirven para mantener una rifa cuyos productos encabezarán la suscripción pública que luego—á fin de reunir lo que falte y emprender las obras—piensa abrirse.

La Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid, ha merecido y merece todo el favor de este pueblo, no solo por la importancia de la misma, por el mérito y valor intrínseco de los cuadros expuestos, sino también por el levantado propósito que al concebirla tuvieron sus organizadores.

Y eso que instalada la Exposición donde está, su visita tiene todos los visos de un tormento, hasta para los acostumbrados á soportar el sol y el clima ardoroso de los paises intertro picales. Sírvela de asilo el severo edificio donde se instalarán las bibliotecas y museos nacionales, local que si

magestuoso y digno por sus proporciones y arquitectura de encerrar los tesoros que allí han de llevarse, es inhospitalario hasta un extremo que solo pueden comprender los que le visiten en cualquier estación. Ahora, y esto lo apunto por cuenta propia, pues lo he experimentado, el sol canicular le vapulea y coje de tal modo que en su interior la vida parece que va á acabarse por asfixia. El curioso que hoy recorre aquellos aposentos, al tiempo que distraido observa las gallardías del pincel, nota que le falta aire respirable en el pulmón, advierte que la sangre se le agolpa á las sienes, que sin cesar una oleada hirviente le sacude. Reina allí una temperatura de horno; un aire enrarecido que agobia llena aquellos cuartos: una atmósfera que levanta insoportable jaqueca se produce en aquel recinto al abofeteo del sol.

Pues invierno me parece haber leido que el termómetro baja allí que es una hermosura! Juraría no mentir si digo que está aquello tan desabrigado, que corre tal soplo de frío por antesalas, pasillos, escaleras y salones, que la gente huye del dichoso palacete como de un páramo ó nevera. Creo que á propósito de la *Exposición histórica* celebrada en Madrid cuando las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América, se quejó la ilustre escritora Emi-

lia Pardo Bazán, del frio de cueva que se notaba en el palacio de Bibliotecas y Museos. Y como en verano las salas de este templo de la gloria *despiden* por lo diametralmente opuesto, vengo en deducir que toda época y mes son *peores* para visitarlo. A fin de que ustedes puedan formarse idea de lo que son los saloncitos de ese palacio, en la estación actual, diré que en ellos se advierte ese bochorno abrumador y mortífero que suele envolver á los trasatlánticos durante la travesía del mar Rojo. No exajero: el tal palacio es el golfo Arábigo de Madrid.

Pero aun á riesgo de tostarse y de salir recocido y congestionado del lugar de la Exposición, ésta merece que se la dedique algún espacio y que se resigne uno á padecer los suplicios del Purgatorio por empaparse del mérito del certámen y llegar á saborearlo. No se crea por esto que la justa actual es una maravilla, ni cosa brillantísima, ni que represente grandes esfuerzos, ni reveladora de raras aptitudes. No; nada de sorprendente ni de portentoso ni de soberano empuje alberga hoy el palacio de Bibliotecas y Museos nacionales; nada que revele labor de años, alientos de titán, potencia creadora de primer órden, originalidad extremada. Recorriendo aquellos salones no llega á expe-

rimentarse el calofrío, la conmoción intesa, la sacudida medular que producen las grandes creaciones del genio; no se encuentra un lienzo que afecte hondamente al público y ante el cual el hombre se sienta empequeñecido y subyugado; no se halla una tela de excepcional hermosura, que atraiga con irresistible imán todas las miradas ó que arranque expontáneas exclamaciones de admiración. Aunque esta cuarta exposición bienal sea lo mejor que, en clase de certámenes, ha producido el Círculo de Bellas Artes hasta la fecha,—y así lo reconoce unánimemente la crítica—no luce ufana ninguno de esos lienzos que por su magestad se imponen.

Lejos de eso, el certamen de que estoy hablando, por las notas claras y brillantes de casi todos los cuadros, por el sol que resplandece en la mayoría de los lienzos, por lo reducido de las telas, por los hermosos marcos que engarzan tanto diminuto primor, más recuerda la visita á un bazar de preciosidades, de caprichos de la moda, de refinamientos del lujo, que á una galería pictórica. Son de tan cortas dimensiones las telas que se exhiben, que entre los cuatrocientos y pico de trabajos expuestos, es muy probable que no haya dos que midan un metro cuadrado. La mayor de las obras pueden me-

dirse por centímetros y de algunas podría decirse que por milímetros casi: tan pequeñas son. Pero todo está tan minuciosamente pintadito, tratado con tanto mimo, hecho con tanta coquetería, tan bien elegido, que solo dos ó tres tablitas desdicen del resto por la incorrección del dibujo, lo falso del color, lo desdichado de la factura. Estas tablas, cuyas deficiencias saltan á los ojos del más profano en materia pictórica, se encuentran, exprofeso, colocadas en un rincón obscurecido de la sala cuarta. Todo lo demás puede firmarse sin desdoro.

No solamente sin desdoro sino con mucha, con muchísima honra podrían firmarse la mayor parte de los trabajos reunidos por el Círculo de Bellas Artes, pues á este concurso asisten en calidad de expositores lo más granadito de la escuela española, los maestros ya laureados en certámenes nacionales y extranjeros, como Muñoz Degraín, Ferrant, Jiménez Aranda, Sáinz, Sorolla y Sala, y otros que también pican muy alto, como Garnelo, Masriera, Benlliure, Muñoz Lucena, Esteban, Abarzuza y alguno más merecedor de contarse entre estos.

Naturalmente los lienzos de *los espadas* llaman la atención y seducen con preferencia al público, que se recrea y regocija

ante el único trabajo presentado por Muñoz Degraín, *Una fiesta en Venecia*, mancha que, no obstante ser clara muestra de las portentosas facultades de colorista de su autor, no acaba de llenarme, pues más que óleo me parece y recuerda una oleografía; ante *Los pequeños naturalistas*, de Jiménez Aranda, que por la maestría del dibujo, la frescura del colorido y el ambiente de todo el cuadro sobrepuja á otro del mismo pincel que aparece en el catálogo con el título de *Abandonada;* ante los lienzos de Sorolla *Fruta prohibida*, *Las redes*, *Los cordeleros* y el retrato de Sainz, todos á la altura de la reputación de quien los remite; y ante una cabeza de estudio del malogrado pintor italiano Mancini, expuesta por Agustín Querol, propietario de este hermoso óleo, que revela á un mismo tiempo genio y habilidad, concepción y ejecución admirables.

Es indiscutible que aunque no sean tan ensalzadas ni tengan tanto admiradores—muchos inconscientes—como las de los pintores citados, hay en el certamen obras que no van muy en zaga á las que presentan Jimenez Aranda, Muñoz Degraín y Sorolla. Así, en la sala primera, pasa frecuentemente inadvertida una acuarela de Ferrant, *Champagne*, manchada con un

brio y una frescura que creo yo serán muy difícilmente igualados, y en ese mismo salón expone Masriera una *Cabeza de bacante,* una cabeza de mujer griega, rodeada de pámpanos, en que no se sabe qué aplaudir más, si la corrección del dibujo ó la nitidez y transparencia del colorido. Masriera exhibe, además de esta, otra cabeza de mujer que bastaría por sí sola para acreditar la firma de su autor. La primera, que es sin disputa la más notable, ha sido adquirida por S. M. la Reina Regente.

Pues si en la sala núm. 1 recuerdo precisamente la acuarela de Ferrant y la bacante de Masriera, en los restantes saloncitos, pero sin que pueda precisar por separado en cuáles, figuran otros cuadros que como *La Dolores* de Garnelo, *Un maestro de obra prima* de Abarzuza, *Maruja* de Muñoz Lucena, los *panneaux* de Martinez Abades, los dibujos de Urrabieta Vierge y los óleos de Plá, merecen contarse entre lo más digno de loa de esta exposición.

Donde se ha reunido también un verdadero muestrario de preciosidades es en la sala 5.ª llamada de Velázquez, cuyos cuatro lienzos están ocupados por los cuadritos que los pintores españoles ofrecen á la comisión encargada de proyectar y erigir

el monumento al inimitable y portentoso artista sevillano. Los donativos se adjudican por rifa, á dos pesetas papeleta, pero el número de premios, con relación al total de billetes, es tan corto, que, á algún encopetado comprador, le ha sucedido sacar un solo lote entre más de doscientas suertes. De los favorecidos por el azar se cita, como de los más afortunados, al poeta de las *Chispas,* Manuel del Palacio, y al popular maestro compositor Federico Chueca.

Aún hay otra sala en la exposición, á la que ni siquiera he hecho referencia todavía: la de Araujo, en la que la testamentaría del malogrado artista ha reunido todo lo que queda de este: bocetos al lápiz y á la pluma, trazados sobre una cuartilla de papel catalán, ó sobre la hoja de un álbum; manchas á la acuarela, fiel y vivísimo trasunto de nuestras costumbres populares, hábilmente sorprendidas; lienzos al óleo, entre los que descuellan dos retratos, cuyo vigor y justeza de colorido sorprende á todos; apuntes de la figura humana, en actitudes violentas, retorcida y como fuera de quicio, que después transportó al gran cuadro que reproduce un pasaje de la *Divina Comedia,* y también se exhibe; ropas, taburetes, armas y cachivaches encontrados en el estudio del

pintor por cuya muerte aún viste de luto la escuela pictórica española.

Recorrida la sala de Araujo no queda más que ver en la cuarta Exposición del Círculo de Bellas Artes, pero no duden mis lectores que el que haya puesto un poco de atención en la visita llegará al término de la jornada con la retina fatigosa de recibir tanto, tan vivo y tan variado color, y con el cuerpo también maduro y rendido por el cansancio que siempre produce la reiterada aplicación de nuestras facultades á un solo objeto.

Madrid á 15 de Julio de 1894.





Los Jardines



AL decir *los jardines* me refiero á los jardines del Buen Retiro, que el madrileño de pura sangre llama por antonomasia *los jardines.* No puedo recordar á punto fijo de qué época data este verjel: sólo como reminiscencia remotísima se me ocurre si serán ó no *hechura* de los tiempos de *la gloriosa* y uno de los sitios que la Revolución entregó al pueblo de Madrid, como inapreciable conquista. Sea de esto lo que fuere, ello es que desde que tengo uso de razón he oido hablar de las noches de *los jardines*, en el estío, y de la raquítica campaña teatral *concomitante*. Allí se estrenó, y obtuvo un éxito extraordinario,

cuando la guerra civil ardía en toda España y andaban rompiéndose la crisma por la pintoresca región Cantábrica y por los yermos vericuetos del sur, liberales y carlistas, allí se estrenó, repito, alcanzando fabuloso triunfo, una especie de zarzuelilla ó revista política, *Los cuatro sacristanes*, cuyos principales números y coplas se encargaron de llevar á toda la Península, *hasta á la del campo enemigo,* las voces de todas las criadas, de todos los chiquillos y de todos los *ciegos* de la Villa y Corte.

De aquellos jardines, que recuerdo muy confusamente, pues entonces era yo un chiquillo, no queda hoy más que el sitio: el lugar, el terreno y algunos árboles que parece se van á caer de puro viejos, cansados de tanta...cachaza y *bonhomía.* Lo demás ha experimentado una transformación tan profunda que si levantara la cabeza el primer empresario que los tomó en arriendo no los conocería.

Eran, en su principio, *los jardines*, un paraje que tenía más de agreste que de confortable. Entre los corpulentos árboles—y aquí, en Madrid, llamamos *corpulento* á cualquier enclenque arbustillo que no resistiría la comparación con el más desmedrado ejemplar de la robusta flora índica—crecía la silvestre maleza; sólo

dos ó tres *descarriados* tenduchos, tan obscuros de noche que imponía el aventurarse por sus alrededores, dividían en otras tantas *parcelas* el jardín; la luz era escasa, tan escasa que por los senderos á tientas se caminaba; el *templo* de Talía un destartaladísimo escenario al aire libre; el salón de conciertos, una plazoleta iluminada, también, con manifiesta parquedad.

Selva, maleza, *carrillo,* farolucos de aldea, todo ha desaparecido ya. La metamorfosis debe haberse operado poco á poco, tal vez á empujones. Para mí, que hace diez años no ponía los pies en *los jardines*, ha sido como una brusca revelación, como un *avatar* maravilloso. Hoy la luz eléctrica campea gozosa en *los jardines:* lámparas de arco extienden su claro sector hasta los bosquetes de lilas, hasta los frondosos macizos que engalana con sus colgantes y festones la voluble yedra. Los globitos incandescentes—de luz *antipática,* amarilla—se hallan distribuídos con mayor profusión aún. *El salón* de conciertos, realmente iluminado *á giorno,* ha ganado muchos metros al terreno en que antes crecían á sus anchas las lloronas acacias. El teatro es de recientísima construcción—acaba de inaugurarse:—un teatro circo, capaz para no sé cuántos centenares de personas, muy alegre, y resplan-

deciente como áscua de oro, pues los colores claros con que le han vestido reverberan con intensidad las incandescencias del platino y la lumbre, violeta, que consume los conos de carbón. Por alrededor del kiosko donde toca la música, se echó una capa de cemento *portland*, formando pista para patinadores. Delante hay diez ó más filas de sillas. Y por la periferia del paseo ó anillo que circunda sillas, pista y kiosko, ya metidos ó casi metidos en las penumbras del boscaje, están los columpios, las salas de tiro al blanco, el *tío vivo*—que ahora llaman pomposamente *carousel*,—la horchatería valenciana, los cafés, las instalaciones del *ilusionista* Onofroff—adivinador que tuvo un *apogeo* explendoroso y hoy *declina* á pasos de gigante,—y un teatrillo Guignol, que es solaz de chicos y grandes. De luz ya he dicho que hay un derroche por todas partes: la han prodigado de tal modo que sólo un buen traje y una buena cara, sin afeites ni composturas, pueden soportar las *jugarretas* de esta iluminación abundante. El público se queja de tanta claridad, y las mujeres de cierta clase creo que echan pestes contra los que pusieron tanta bombilla. ¡Está tan *descarado* el Retiro que no hay hombre que se atreva á acercárseles!...

—

Este año, la inauguración ó apertura de *los jardines* se ha verificado después de la fecha que se acostumbra señalar para solemnidad tan apetecida. Las obras de ornato y reparación, que empezaron tarde, parecían no acabarse nunca. Además, la temperatura *reinante* en la primera quincena de junio, no permitía soñar siquiera con espectáculos al aire libre. Corría por las noches un gris tan desapacible, que los madrileños se soplaban los dedos de gusto. Después, cuando de pronto se echó el calor encima, notó toda la corte que aún no habían dado la última mano á las obras. La apertura, pues, de *los jardines, tuvo lugar* al tiempo que emigraba de la villa el Madrid elegante y de buen tono, la gente gorda y de la que se dice que *pone el mingo.* Pero como aqui sobra público y buen humor y, por mucho que se diga, son más los *que se quedan* que los *que se van*, las noches de los jardines no carecen de atractivo, aunque no se vea por allí ni á los prohombres de la política, ni á los de la banca, ni á las mujeres de moda, ni á lo más escogido de la *cáscara amarga,* ni á lo más sabroso del *hueso dulce.* (Esto se me ocurre al recordar los ricos y gustosos albaricoques de Toledo que he comido estos dias. En el Retiro, sin embargo, no he visto albaricoques: allí

sólo veo *lilas,* melocotones, calabazas... y alguna que otra "fruta" de la presente estación.)

Todavía algunas noches reina viento desapacible: fresco unas veces, como heraldo que es del Guadarrama—cuyas enhiestas cumbres aún corona y ciñe la nieve,—sucio y bochornoso otras, como emisario del asfixiante simoún. Cuando le da por soplar á Eolo, puede decirse que no va un alma á *los jardines,* que aquello trae á la mente *la soledad de las tumbas.* Pero en las apacibles noches del estío, que ahora son las más, el Retiro es punto de cita de la sociedad distinguida que aún permanece en la corte de España. Es claro que en *los jardines* abundan las personas decentes, que acude á ellos lo mejorcito de Madrid: respetables madres de familia; chicas monísimas, en que la virginidad se revela como florescencia del rostro; matrimonios modestos y bien avenidos: toda una clase respetable y respetada. Mas codeándose con esta clase, mezclándose y confundiéndose íntimamente con ella, corre por *los jardines* otra, que no engaña á nadie, porque lleva en la cara no sé qué sello ó marca indefinibles. Esta *clase* va á *los jardines* no por tomar el fresco ni oir la música ni aplaudir la banda de cornetas de Cereceda: va á ver lo que cae.

¡Y se da cada trote por el enarenado anillo que rodea el kiosko de la música!...

Madrid á 25 de Julio de 1894.





LOS ALIMENTOS

AQUÍ Y ALLÁ



RECISO es confesar que entre las varias ilusiones que con perseverante empeño he conservado y defendido durante mi estancia en Filipinas, tomó siempre lugar preeminente la que me hacía sostener que los alimentos cambian de gusto al través de la latitud y que una substancia trasladada del polo á las zonas templadas y de éstas al ecuador sufre cambios capaces sólo de ser advertidos por los habituales pobladores de una región al emigrar á otros paises más próximos ó más alejados de la *línea*.

Según este modo de pensar, harto generalizado por cierto, no sólo las especies



animales y vegetales cosmopolitas, sino las mismas conservas, los mismos productos industriales, ganan en calidad á medida que en latitud y ofrecen dejos ó sabores diferentes según se tomen *á cero grados*, sobre el círculo que divide la esfera terrestre en dos hemisferios, ó sobre los trópicos, que separan las zonas tórridas de las templadas, ó sobre los paralelos por donde se extienden y dilatan las polares aguas. En términos más precisos y más claros diré que es muy común, que está muy admitida la creencia que supone que ahí, en Filipinas, los alimentos tienen distinto sabor que en España, y que son más gustosas las carnes aquí que allá, y que los pescados de estos mares Atlántico y Mediterráneo ofrecen al paladar particularidades substanciosas que nunca se advierten en los recogidos en el seno de los océanos índicos, y que aun las inalterables conservas alimenticias, y los lomos, y los jamones, y los embutidos, presentan gusto diverso en el país donde se preparan que en el que los recibe como producto de importación.

Tal vez no faltará en Manila quien tache estas afirmaciones de exajeradas, quien sospeche que son cosas sacadas de mi cabeza estas que apunto como hechos reales, quien titubee en admitir que haya *estó-*

magos, imaginaciones y desmemoriados que se empeñen en sostener semejantes absurdos; pero de fijo no opinarán tan cuerdamente los españoles que lleven en Filipinas quince ó veinte años, y los que perdieron la esperanza de salir de ese Archipiélago; seguramente me darán la razón los que mortificados por inapetencias continuadas y trastornos digestivos, sueñan, con volver al natal terruño, para nutrirse; tengo la certidumbre de que, entre mis lectores, habrá más de tres y más de cuatro que aún *saboreen*, de memoria, con sonrisa plácida, los muslos de pollo, las lonjas de jamón, los trozos de ternera que aquí, en la Madre Patria, un día les sirvieron y hallaron apetitosísimos, mientras desechan, indiferentemente, las degustadas carnes que en esos pueblos ó *ínsulas* á diario les ponen á la mesa. Estoy seguro de que aun cuando sobre gustos no haya nada escrito, entre los peninsulares que viven en Filipinas el noventa y nueve por ciento *opinan* así *y votarían* en pro de esas diferencias tan cacareadas...y de que ahora me río á mandíbula batiente.

Forzoso es decirlo; voy á cantar de plano. Yo, mientras estuve ahí, era uno de los ilusos á que me refiero, de los que soñaban diariamente con las carnes y las *verduritas de acá*, de los que toma-

ban muy á pechos que cualquier *bago* sostuviera que en España y ultramar, en cuestión de comida, todo es *parejo;* de los que se las prometían muy felices con la mesa española. A este propósito citaré una de las primeras conversaciones que tuve con Comenge, en que salió á relucir el tema de la *insubstancialidad* de los alimentos *filipinos,* que él refutaba con contundentes y poderosas razones y que yo defendía con el mismo empeño, con igual tesón, con tan íntima complacencia como pueden defender sus dogmas los apóstoles y mártires de una religión cualquiera. Al extremar entonces la defensa, me parecía á mí que luchaba por algo consolador, por una esperanza remotísima de salvación, que, de escapárseme, me dejaría perdido en un océano inmenso de *inapetencias é insulseces.* Hoy no veo más que agua; la misma monotonía por todas partes; lo que yo consideraba excepción convertido en normalidad. Si esto pudiera expresarse por medio de colores, diría que todo me *resulta* y lo veo uniformemente gris.

Con estas palabras está dicho todo, y casi pudiera evitarme la molestia de aclarar más lo que vengo dejando traslucir desde el principio. Por otra parte me causa daño ser completamente ex-

plícito, presentar bruscamente al desnudo la *descarnada* realidad, abatir de un papirotazo los castillos de naipes que tantos soñadores levantarán á diario en Filipinas, durante las fatigas de una trabajosa digestión ó en los aburrimientos de una inapetencia continuada. Además de esto, y sobre todo esto, me duele mucho confesar que en cuestión de alimentos ya he perdido todas las ilusiones, que he notado un *igualitarismo* irritante entre los que yo tenía por insulsos y los que me forjaba substanciosos, que ni la condición de las carnes ni la de los pescados cambia ó se metamorfosea con la latitud; en fin, que—lo diré *casi* en verso para que no me suene tan mal al oído ni me repugne tanto—

pollo, vaca, lechón, pez y carnero
son igual en las Indias que en España.

La *diferencia*—y esto se me hace aún más doloróso el confesarlo—no está en el sabor, no está en el gusto: estriba en que ahí *unos* europeos adquieren afecciones gástricas, que rechazan cuanto huele á materia alimenticia, y *otros*, aunque sanos y buenos, llegan, durante su permanencia en Filipinas, á satisfacerse, á hartarse, á mirar con hastío, por comerlo mañana y tarde, á lo que tomado en las festividades de rúbrica, y de higos á brevas, sabe á manjar ó plato de los dioses.

Pero ¡qué más! si el pollo, que en el Archipiélago nos empacha, por que en la mesa más humilde sale á relucir cuatro ó cinco veces al día, es en la corte de España plato de lujo y que se aliña sólo en las ocasiones que repican gordo!

Madrid á 6 de Agosto de 1894.





EL VERANEO



ACE unos dias que, burla burlando, hablé un rato de *los que se van* y de *los que se quedan* por estos meses en la nunca suficientemente ponderada Villa del oso y el madroño. En Julio, la emigración de los vecinos de Madrid, llegó á su auge en la segunda quincena: la corte se despoblaba por momentos: no se oía hablar sino de San Sebastián, la Concha, Santander, el Sardinero, Bilbao, Portugalete y las Arenas, Galicia y Asturias. Los nombres de los puertos y playas más saludables y aristocráticos de la Península, rodaban de boca en boca, sin descanso. Todos los que citaban esos puntos

se proponían visitarlos. Nadie mentaba á Pozuelo, ni á San Sebastián de los Reyes, ni á Vallecas, ni á Guadalajara, ni á Cercedilla, ni al Escorial, ni á otros lugarejos próximos á Madrid, que después de todo han resultado los sitios predilectos de los veraneantes madrileños y los que reunen hoy mayor colonia de *capitalistas*, es decir de vecinos de la capital de España.

Ahora, que ya hemos alcanzado la primera y aun la segunda *decena* de Agosto, la evacuación ha decrecido de tal suerte que los trenes de viajeros salen de la Estación del Norte á medio ocupar, y tan sólo los trenes *baratos*, los que las empresas ferro-viarias llaman *trenes ómnibus*, arrancan de Madrid llenos de bote en bote. Los *exprés* y los correos sí llevan aún gente, pero poca: el *sud-exprés* ó *exprés de lujo* rara vez consigue completar el número de 36 pasajeros, que exijen, para llenarse, otras tantas literas dispuestas en los dos únicos vagones camas ó *sleeping-car*, que le constituyen.

Allá, por Julio, la Estación del Norte, ofrecía, en las horas en que ya va declinando el sol, un cuadro digno de la pluma y el pincel. Tan distraida, tan pintoresca, tan halagüeña hallaban la visita á

los andenes del ferro-carril del Norte, que muchos madrileños los frecuentaban sólo por disfrutar de un espectáculo curioso y típico,—del que será muy difícil que logre formarse ni aun remota idea el lector filipino, por mucho que menudee los paseos á la estación de Tutuban.

A las tres de la tarde, minutos antes ó después,—que no hago memoria de ello á punto fijo, ni interesa tanto que valga la molestia de hojear la Guia de ferrocarriles, metida en una de las maletas de viaje, cuyo forro alcanzo si estiro el pie desde la mesa en que estoy escribiendo—á las tres de la tarde, repito, ya está formado en los muelles el *exprés de lujo;* tren que corre por cuenta de la Compañía internacional de *wagons-lits* y que por la Península sólo circula entre Lisboa y Madrid y Madrid é Irun. Tren cuyas piezas se reducen á un furgón de equipajes, dos coches *sleeping* y un espacioso vagón-comedor, ó *dining-car*, enganchados á una locomotora pequeñita, que pese poco y ande velozmente. Este expreso, bruñido y limpio como si acabara de salir de los talleres del constructor, está servido por dependientes de la Compañía de coches-camas y, según he afirmado, no admite más de 36 viajeros.

Ocupa este tren—que después de todo

no es muy caro, pues cada litera se toma mediante un suplemento por valor de medio billete—la gente adinerada: mujeres envueltas en elegantísimos y entallados abrigos de seda, ó de suaves telas impermeables, de colores grises ó azules intensos, la cabeza rodeada de tul y gasas que comunican cierta artística y ensoñadora vaguedad á las facciones; hombres vestidos con trajes que podrían lucirse en cualquier encopetado salón. Es sin disputa el vehículo de la aristocracia, con la que alterna, por supuesto, la burguesía que sabe y quiere gastarse el dinero.

Poco tarda en estar listo el tren: los viajeros ocupan las plataformas y ventanillas de los *sleeping* y cambian afectuosos apretones de manos y saludos con los que acuden á despedirlos; se charla y se ríe. Y en tanto, por los andenes, bulle un enjambre de curiosos; trepidan sordamente las vagonetas que llevan al furgón los equipajes; vocea algún revendedor de periódicos; corren desalentados los factores de la línea; suena el timbre del telégrafo y repica la campana con tañido sonoro. El gran disco de cristal deslustrado, en que á modo de reloj giran unas manecillas avisadoras, señala *vía libre;* el jefe de estación da la orden suprema; la locomotora escupe unos cuantos chorros de

vapor por válvulas cuyas lengüetas vibran, y el tren se pone magestuosamente en marcha, acelerando la velocidad con tal presteza que, á los pocos metros de carrera desenfrenada, ya no se le distingue: es una nube de polvo, que huye furiosa de la corte, entre los alaridos y el rugir de la máquina.

Apenas se perdió de vista este expreso, organizan los empleados el inmenso *tren ómnibus,* que ha de salir á las cuatro de la tarde; convoy que, una vez dispuesto, toma por asalto la gente de poco pelo, que entra á la desbandada en los coches y los carga de cestas, fiambreras, envoltorios que chorrean pringue, botijos, baules de mano, carteras, lios de ropa blanca: con todos los cachivaches, con la impedimenta fatigosa de una casa que se traslada á la ventura y cuyos dueños no han de tener á mano sitio donde aderezar ni condimentar las comidas. Asi como los vagones del tren de lujo están impregnados del suave y delicioso perfume de la mujer elegante, los del *tren botijo* despiden tufo de ralea, olor de piés y de escabeche y embutidos. Del picaporte de algunos departamentos de segunda y tercera, cuelga la clásica bota de vino, que después de refrescada por el poleo de la marcha, recorrerá el vagón de mano en mano,

hasta humedecer las fauces de cuantos sean amigos de empinar el codo.

A este tren sigue el *exprés* de Santander y Asturias, que aprieta á correr á las 4 y 35 minutos de la tarde. A continuación del expreso asturiano, se compone un tren mixto, para las cinco; luego arreglan otro *exprés:* el de San Sebastián y Bilbao, que sale á las seis; el correo de Santander y Asturías espera hasta las siete; un *expreso* más, que ha de seguir los pasos al de las seis, tiene señalada la partida á las ocho, y por último el correo á Irún emprende la caminata á las 8 y 45. Imaginen ustedes, ahora, el movimiento de coches, de equipajes, de viajeros, el barullo que se armará todos los dias, de tres de la tarde á nueve de la noche, en la Estación del Norte.

Pues á pesar del gentío que conduce esos trenes, es posible que la mayor parte de las personas que salen de Madrid, rodeadas de envoltorios y maletines, se apeen á pocas leguas de la Capital, porque aquí, en el *Gran hotel* de Ontaneda, me encuentro y hablo con bañistas que acaban de llegar de Guipuzcoa, de Vizcaya, de Gijón, de la Coruña, del mismo Santander y me aseguran que todo eso que dicen los periódicos de la afluencia de forasteros es *grilla*, que cada año vá á esas provincias menos

gente y que... cada vez hay menos dinero

Yo todavía no he visitado ninguna playa y como no puedo juzgar por mí me atengo á lo que me cuentan y dicen. Dentro de unos días escribiré desde Santander y Bilbao, y ya conocerán los lectores de *La Oceanía* mis impresiones. Pero por lo pronto doy fé de lo siguiente:

Al paso del *exprés* de Santander por Pozuelo, Villalba, Cercedilla—un alegre y gentil pueblecito *colgado* en lo más escabroso del Guadarrama, debajo de *Siete picos*—y Segovia, ocupaban la estación sinnúmero de pollos, señoras y señoritas bien portados, algunos demasiado peripuestos, para hacer gala, como hacían. de vida de campo. En Cercedilla, las mujeres, lucían faldas de telas y colores de moda, mucha cinta y mucho perifollo, con los que resueltamente se daban de puñetazos el calzado de lona, sin suela,—la alpargata,—y el palo nudoso ó el bastón de rejoncillo: el *alpenstok* de que se valen los exploradores al escalar las montañas alpinas. ....

—

También yo he *apretado* para escribir, en poco más de media hora, esta revistilla ferro-viaria y al llegar aquí estoy jadeante, como máquina de tren expreso.

Ontaneda á 11 de Agosto, de 1894.



DE VIAJE



E tal modo iba poniéndose Madrid solitario y triste, y á tal punto subió la temperatura durante algunos días, que hace dos ó tres nos decidimos á salir de la Corte, como si fuéramos personas pudientes ó vecinos acaudalados.

Lo cierto es que ya estábamos ahitos de aguantar calores, que nada tenían que envidiar á los de Manila, y de recibir tarjetas de despedida de los amigos y conocidos.

—Pues señor: van á creer que somos unos *méndigos,* si continuamos aquí—nos dijimos una mañanita. Y dicho y hecho: como un hombre solo arregla los maletines en

menos que canta un gallo, aquella misma tarde salíamos por el ferro-carril del Norte y nos alejábamos de la capital y de sus pompas y vanidades.

Al principio nuestra decepción fué grande: porque si en Madrid se *disfrutaba* de un ambiente á 38 ó 40 centígrados, en el tren el calor era más que sofocante; tanto que se nos figuró que el ferro-carril, en vez de internarse por los desfiladeros de la sierra de Guadarrama, penetraba en el país del Congo y recorría los desiertos africanos.

Pero eso duró poco, y pasó con la noche. Al amanecer del siguiente día habíamos dejado atrás la zona del sol y el cielo azul para meternos en la de las nieblas, las nubes plomizas y la temperatura primaveral; temperatura que así llaman en esta tierra á una que, á los que procedemos de Filipinas, nos parece ártica ó groedlandesa, por lo menos.

—¡Qué país tan hermoso!—exclamaban los santanderinos y los *santandinófilos* que ocupaban nuestro vagón. Y nosotros mirábamos á aquellos hombres, que se esponjaban al sentir el frío, como los osos polares, con ojos de verdadero espanto.

—¡Aquí sí que se vive!—gritaba un hombrecillo hirsuto, natural de Reinosa, con pelos en los pómulos, en la nariz, en las

orejas, en la frente, en las manos y *hasta* en el sombrero hongo. Aquella masa tomentosa imaginaba yo que debía ser un anuncio viviente y *moviente* del aceite de bellotas.

—Aquí podrán vivir los que cuentan con abrigo natural de pieles, como usted; pero los que apenas lucimos media docena de pelos en el bigote y cinco en la barba carecemos de defensa contra este clima—nos atrevimos á decirle, tímidamente, desde el fondo del envoltorio de mantas en que íbamos metidos.

—¡Quíte usté allá, molécula!—repuso el hombrecillo hirsuto, envolviéndonos en una mirada de soberano desdén. Aquello de molécula nos llegó al alma: pero nos limitamos á devorar la palabra ofensiva en silencio. En un país tan frío como este, donde duermen las pasiones y duerme todo, se siente uno incapaz no sólo de lavar con sangre lo que más afecte á nuestro amor propio sino ni aun de arreglarlo á cachete limpio. ¡Lavar con sangre! Lo de *lavar* nos recuerda el agua, que es aquí hielo derretido, y nos produce calambres y tiritones. Para emprenderla á cachetes, pensamos antes que es menester sacar las manos de los bolsillos, donde están ricamente calentitas, y no hay ofensa que consideremos á la altura de ese sacrificio.

¡Qué abismo tan grande, tan profundo, tan inmenso, entre este país del norte, en que nadie se molesta por una frase dura y donde las palabras gordas nos dejan tan *frescos* como estábamos, y el Archipiélago filipino, donde por efecto del calor nos *sulfuramos* enseguida por cualquier nonada, y por el motivo más insubstancial acuden los hombres al terreno del honor; mejor dicho, al de las actas honrositas y los padrinos *zurcidores*!

Pues por si la niebla y el frío no eran bastantes, al llegar el tren á la estación de Renedo—donde se toma el coche de Ontaneda—empezó á llover copiosamente, y allí estuvimos una hora, aguantando los rigores del tiempo, y tomando el agua benéfica que *gratuitamente* nos enviaba el cielo, antes de tomar el agua mineral: este agua apestosa, que en vez de gas sulfhídrico, y otras porquerías, que dicen los químicos y los hidrólogos que contiene, debe llevar en suspensión polvo de oro ó de otros metales preciosísimos, por lo que cuesta y la hacen valer.

Después de bien calados y remojados en la estación, cuando los mozos y subalternos de la misma se dignaron despachar los equipajes, caímos, á guisa de cuña, en un coche, ya lleno, y que parecía una banasta.

"Y así juntitos
y apretaditos"

fondeamos en el establecimiento balneario de Ontaneda, cuya entrada tuvimos que ganar casi á nado.

—Qué desea usted ¿un cuarto?—nos preguntó con cortesía el gerente del hotel.

—No señor,—le contestamos.—Yo deseo, ante todo, una escafandra, una estufa y un braserito.

El fondista nos miró con extrañeza.

—No se asombre Vd.—añadimos.—La escafandra la quiero para recorrer estos valles, donde llueve tanto y veo agua por todas partes; la estufa para secar pronto la ropa de viaje, y el braserito para ver, si después de seco, logro entrar en calor.

¡Vaya un *cielecito* el de Ontaneda! ¡El de Manila en día de baguio cuyo vórtice *pasa por la localidad!*...

Ontaneda á 12 de Agosto de 1894.





LAS PROVINCIAS



AL puesto me parece que está el epígrafe á esta crónica. En España, al decir *las provincias,* ninguno duda de que se mienta á las Vascongadas y ni por sueños se le ocurre á nadie que el que así hable pueda referirse á otra región de la Península. Cuando aquí se escribe ó dice "voy á las provincias", se sobrentiende que es á Guipuzcoa, á Vizcaya, á Alava, y aun á Navarra: á las comarcas donde se fraguó y ha surgido siempre, en la centuria que corremos, *la guerra civil.* Las demás provincias se acostumbra designarlas por su nombre de *pila,* y nadie nos entenderá que vamos á Cádiz si no

lo expresamos así terminantemente, ó que salimos para Burgos ó Cáceres ó Jaen si no puntualizamos nuestro destino. Por todo esto, afirmé que no le cuadra el epígrafe á esta *impresión,* pues ni por asomo he de aludir, en lo que vaya saliendo de mi pluma, á las provincias vascongadas, ni tampoco á su *confuerista,* la que no necesito nombrar otra vez.

Pero si no del país eúscaro, ni de sus congéneres, sí he de hablar de otro tan fértil y gozoso como aquel, y que con aquel presenta marcadas analogías y puntos de contacto: la provincia de Santander, que también cruza la venturosa cordillera que corre por todo el Norte de España; que baña sus costas en el mismo *proceloso* mar que bate las de Guipuzcoa y Vizcaya; que se confunde con esta por las regiones ó partidos, como se llamen, que la limitan al Este. En la provincia de Santander vivo ó vegeto desde hace algunos dias, y en pago de la *saludable* hospitalidad que me concede quiero dedicarla un recuerdo, que de fijo ahí agradecerán—no por lo que valga, sino por la buena intención—Cáraves y los muchos santanderinos que en ese Archipiélago ganan el sustento honradamente.

Viniendo de Madrid, *el saludo* de la provincia de Santander choca, sorprende

y ¡por qué no decirlo! produce *una miajita* de mala impresión. El tren se cuela en la comarca montañesa mucho antes de que alboree el dia, y cuando el viajero rebulle al notar la luz y, entre estirones y bostezos, abre los ojos para recrearse y *beber* los panoramas y puntos de vista que desde el coche se devisen, advierte con pena que el ferro-carril va envuelto en nubes obscuras, en vapores tan opacos y densos que no permiten vislumbrar ni aun los palitroques del telégrafo, clavados en uno y otro borde de la via. Los que conocen la provincia, aseguran que la montaña ofrece siempre este amanecer hosco y desabrido, cubierto y tristón; más triste todavía para los que procedemos de los paises del sol, y desde el luminoso y expléndido Oriente pasamos á Madrid, cuyo cielo radiante y azul no es preciso que yo pondere.

Viniendo de Madrid, vuelvo á decir, la transición es brusca y suspende por todo. A la brillantez del cielo y diafanidad de la atmósfera, sucede una masa de vapor gris, impenetrable ni aun para la vista de los linces; á la temperatura de zona tórrida de Castilla la Nueva, un soplo de ventisquero, que se siente más por que no se le espera. Conforme avanza el día y el tren desciende desde las montañas

de Reinosa á las más suaves altitudes de Corrales, la neblina adquiere transparencias, la cerrazón va disipándose. Tanto que al tocar el término de Torrelavega, el viajero puede distinguir, á poco que se esfuerce, por altozanos, cortaduras y declives la vegetación bravía y jugosa de la montaña: los espumosos y bullidores saltos de agua: el alegre y juvenil caserío, que se escalona por colinas, taludes y ribazos: las rientes praderas, con primor y gallardía matizadas; el verde esmalte de los plantíos de maiz; los ópimos manzanos, cuyas ramas, cargadas de maduros pomos, se inclinan blandamente hasta besar el suelo: todos los naturales encantos de esta rústica tierra.

Y el viajero, al descubrir ó como adivinar esas galas abre la boca y los ojos con entusiasmo, porque trae fijos y pegados á la retina los paisajes de Castilla la Nueva, yermos y empobrecidos, más aún en esta época del año, en que los rigores de la canicula dieron al traste con la escasa savia primaveral, que allá, por Mayo, regó las plantas raquíticas y los yerbajos que como costras ó erupciones enfermizas cubren la campiña castellana.

Cuando la vista, al fin, puede dilatarse con holgura por estos ribazos, también se dilata el pulmón, que acostumbrado á nu-

trirse del aire infecto y enrarecido de la Corte, recibe, esponjándose, el aromoso y vivificante que baja de estas montañas, donde el castaño, y el nogal, y el roble, y el manzano, y la encina crecen con lozanía, al igual que los esbeltos helechos, que las rosas y las zarzas y los espinos, que las colgantes campánulas. El aire que se respira aquí parece que rejuvenece y alegra, que trae nuevos elementos de vida á los depauperados organismos.

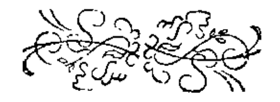
Y como la porción que yo he divisado y recorrido debe ser toda la santanderina, porque si paisajes risueños se descubren desde el tren, cuando la bruma lo permite, panoramas de indiscutible belleza surgen en cualquier punto de la carretera que corre entre Renedo y Ontaneda ó desde la prolongación de esta al célebre Valle de Pas, que también he visitado. Tal vez alguno advertirá que, siendo muy semejante y ofreciendo parecidos puntos de vista toda la región montañesa, debe adolecer de falta de variedad. Yo no opino así; y en todo caso la monotonía de esto debe ser como la del *blando murmullo del agua,* que se encuentra melodioso ó insoportable según la disposición de ánimo del que lo percibe y según que esté predispuesto á entusiasmarse, escuchándolo, ó á decir pestes de los encantos de la naturaleza.

Pero si no monotonía que sirva de cebo á los descontentadizos y *criticones*, preciso es confesar que uniformidad sí la hay. Desde Renedo á Ontanada tiéndese el camino real á lo largo de un valle fertilísimo, que se angosta, reduce y estrecha presuroso, hasta aparecer encajonado y hundido en la Vega de Pas. Pues bien: si se domina las montañas que, por decirlo así, encauzan la corriente del Pas por el valle á que da nombre y por el de Toranzo, donde están los conocidos balnearios de el Viesgo, Alceda y Ontaneda; si se escala estos montes y desde sus cumbres tendemos la vista por las vertientes que ahora nos ocultan, observaremos valles y cañadas parecidos: la misma exuberante flora. Y recorriendo el Toranzo y el Pas se nota como una repetición de puntos y lugares, no por sucederse menos hermosos También la campiña del archipiélago filipino es uniforme: que el soberbio bosque virgen lo invade y engalana todo con parecida profusión. Y, sin embargo, nadie se atreverá á sostener que no sea ese uno de los más admirables paises de la tierra. Pues así es como hay también hermosura en esta región santanderina, por cuyos valles, sombreados de frondosos álamos, corren á porfía cristalinos cursos de agua; por cuyas montañas trepa el caserío de

igual suerte; en cuyas alfombradas planicies se ve siempre á la robusta y coloradota pasieguilla que cuida de apacentar el ganado; por cuyas laderas sube como invasor casi único el umbroso y obscuro castañar; cuyos pueblecitos se confunden en un solo tipo; cuyos picachos amanecen sempiternamente por las mismas gasas cubiertos; y en cuyos plantíos amarillea por todas partes la dorada mazorca del maiz.

Nada de esto, que aqui es tan frecuente, se ve allá, por las llanuras del centro de España, donde las populosas ciudades, con su exceso de vida de relación, parece que matan los esfuerzos y gérmenes de la madre tierra.

Ontaneda á 15 de Agosto de 1894.





ONTANEDA



HOY voy á hablar de Ontaneda, porque en él me hallo todavía. Creo que la ilustre escritora coruñesa Emilia Pardo Bazán—contra quien advierto, en España, una animadversión *masculina* que no sé cómo explicarme—también emborrona cuartillas sobre este mismo asunto. Aquí se ha hablado mucho de los artículos de la Pardo Bazán, que yo no he leido por no dejarme influir de opiniones extrañas, y que estas crónicas mias, ya que no otra cosa, tengan originalidad, sean reflejo de impresiones propias que no del modo de ver ageno. Y Dios quiera que estos trabajos corran ahí mejor suerte que aquí han co-

rrido los de doña Emilia, á la que ya, lo mismo en Madrid que en la montaña, motejan unánimemente, los hombres, de literata apestosa y *empedernida,* no habiendo, por contera, mala cualidad que no la cuelguen. Si dentro de la *grey literaria* tiene ó no simpatías la Pardo Bazán, es cosa que no sé; presumo que si, piadosamente pensando. Fuera de ese *círculo,* la egregia autora de *Insolación* y *Morriña* sólo cosecha malas voluntades y peores razones. El porqué de esta enemiga furibunda nadie lo manifiesta sin rebozo; yo supongo que en proceder tan ruín deben entrar por mucho los *celos... mal reprimidos.* Pero si he dado ó no en el clavo que lo averigüe Vargas, ó el autor de *La Verbena de la Paloma,* ya que me he valido, para expresar mi pensamiento, de uno de los subtítulos con que figura en los carteles de los teatros de toda España, el afortunado sainete de Ricardo de la Vega.

El apellido del popular poeta cómico me *avisa* que precisamente de una *vega* me he propuesto hablar, y como me apercibe de que estoy divagando por otros *campos,* no tan serenos y deleitosos como estos por donde puedo estender y embelesar la vista sólo con abrir de par en par las ventanas del cuarto que ocupo en el Hotel de Ontaneda. La montaña se muestra

ahora más sonriente que á mi llegada á este balneario, y aun cuando durante el amanecer y el crepúsculo vespertino suele empañar la atmósfera la bruma que sube desde el fondo del valle y los vapores que se condensan en la cresteria de las sierras, á las horas del sol el cielo, radiosamente diáfano, se dilata uniforme por toda la comarca, avalorando la excelsitud de estos escondidos lugares.

Ya desde la pelada cúspide de cualquier montañuela, trasponiendo la zona en que nogales, encinas y castaños echan su poderosa raigambre, se puede seguir claramente el curso del Pas, por su vega y la de Toranzo, al través de los frescos maizales, por entre las míseras aldehuelas que al borde de los arroyos van formándose. A lo lejos, los pueblecillos y aldeas sólo se distinguen vagamente, como un puñado de adobe arrojado sobre el húmedo y lozano verdor de las colinas; más cerca puede diferenciarse la iglesuca de lo que un tiempo debió de ser mansión señorial; en el panorama á nuestros piés tendido no se oculta ningún detalle, se aprecia todo: la carretera que cruza un pueblo; las casitas de este, que descienden ufanas por los riscos hasta tocar el agua; los trapos de colores chillones puestos á secar en la galería al aire libre que lucen todas las casu-

cas de la provincia; las tapias de los corralillos, por donde asoma el almibarado racimo de la clásica vid; los frutales, cuyas ramas se rinden graciosamente al peso de la ya madura cosecha; los álamos, cuyo charloteo nos trae el viento, y por entre las casas, en las tortuosas callejas y senderos, es fácil seguir paso á paso la marcha lenta de los carretones, las peripecias de algún partido de bolos,—en que el fornido gañán ejercita la puntería—el incesante husmear de las piaras de cerdos—aquí, como ahí, en Filipinas, únicos *agentes* de *policía urbana,*—el ir y venir sin rumbo de los chiquillos y zagalones: la vida, en suma, de estos ignorados lugarejos.........

Ontaneda bien puede decir con el poeta:

"Aprended, flores, de mí,
lo que va de ayer á hoy:
ayer maravilla fuí
y hoy sombra mía no soy."

Sí, puede decirlo; porque este balneario, tan concurrido antes como los de Panticosa y Archena, ve de año en año que disminuye el número de sus favorecedores. En lo que llevamos de temporada del 94—y ya la

temporada va, como suele decirse, de capa caida—sólo han pasado por estas termas unos quinientos bañistas, cifra que tal vez tengan por envidiable los *sibuleños* pero que aquí no significa nada. Dícese que del descrédito de estas aguas tiene la culpa uno de los muchos doctores que han dirigido el balneario, *especie* de Vital Aza, que en punto á virtudes curativas sólo confiaba en las de Dios y el sulfato de quinina. Cuentan los que conocieron Ontaneda durante el reinado de aquel doctor, que los enfermos perdían las ilusiones en cuanto llegaban al balneario, pues el impenitente facultativo, sin andarse en rodeos, cantábales la cartilla, diciéndoles que lo mismo podrían aliviarse, curarse ó morirse de sus dolencias crónicas, tomando las aguas que no tomándolas. Yo ni quito ni pongo rey: oigo decir á muchos bañistas que sin este consuelo no vivirían ya, y otros aseguran que como si bebieran agua del Lozoya. Lo cierto es que huelen á huevos podridos y que saben bastante mal. En cambio brota por aquí otra fuente, la del Viesgo, á la que acuden todos los enfermos del corazón que hay en España, y, si he de hablar con franqueza, á mí, que la he probado, me parece la del Viesgo un agua de la que—aparte la termalidad—podría de-

cirse lo mismo que de la del *milagroso* chorro de San Isidro:

"que si con *fe* la bebieres
y calentura trujeres
volverás sin calentura".

Con mucha fé deben beberla, y la fé salva á los centenares de cardiacos que en el Viesgo intentan corregir el funcionalismo del corazón metiéndose, entre pecho y espalda, vasos y más vasos de un líquido que, por la temperatura que saca del manantial, más indicado le encontrareis para desplumar pollos y gallinas, ó favorecer la causa de algún enérgico vomitivo, que para regular la circulación de la sangre. Sí, muchos deben ser los curados ó salvados milagrosamente, porque á medida que Ontaneda y su vecina Alceda van cayendo en el olvido y pierden nombradía se hace cada vez más lugar y cobra mejor fama el Viesgo, punto que ni aun por su situación puede competir con los otros dos balnearios ya citados El Viesgo, también en el Valle de Toranzo, distribuye su miserable caserío por las vertientes de dos escuetas y peñascosas montañas, que sólo en las márgenes del profundo y sereno rio que las divide acusan señales de vida. Y tan encauzado y metido entre los montes

corre el Pas por allí, que un rústico pero airoso puente de piedra, de un solo ojo, salva el precipicio que sirve de lecho á las aguas y pone en comunicación el antiguo Viesgo—situado en la orilla izquierda del Pas—con el balneario y el pueblecillo que al calor y buena sombra del manantial va surgiendo en los peñascales de enfrente. Luego las montañas forman allí un recodo que impide que se descubra la peregrina vega: el bañista del Viesgo no puede distrarse sino echando ojeadas al profundo rio ó paseando la pupila por la desolación de los breñales; mientras que desde Ontaneda se abarca el valle hermoso y pintoresco.

Además, el Hotel de los baños de Ontaneda no tiene competidor por estos andurriales, ni en magnitud, ni en arquitectura, ni en decorado,... ni en precio. Hay en este Hotel un verdadero derroche de aire y luz, y desde la galería de cristales, feliz invernadero que une el balneario con las dependencias de la fonda, á los cuartos, galerías y salones de esta, todo es igualmente espacioso, holgado é higiénico. Los hoteles de el Viesgo y Alceda le van á la zaga pero nó le alcanzan: entre el de Ontaneda y estos se advierten las mismas diferencias que separan la fonda de lujo

del *quiero y no puedo* de la *presuntuosa* casa de huéspedes.

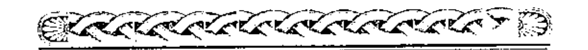
—

Hace pocas noches se presentó inopinadamente en el Hotel de Ontaneda un generalísimo de los ejércitos españoles: el Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos. Sirviendo estaban uno de los platos de la cena, cuando se coló de rondón en el comedor un hombrecillo canoso, de ojos vivos y andar resuelto, que, sin cambiar palabra con nadie, fué á sentarse en el último lugar de la mesa. Yo no sé quién fué el primero que dijo—"Ese es el general Martínez Campos",—pero sí recuerdo que yo, casi filipino, ni lo podía ni lo quería creer:—¿Cómo es posible—me preguntaba—que todo un capitán general viaje sin escolta ni ayudantes, entre en un salón sin anunciarse y tome asiento á la cola de la mesa de una fonda?—Bien pronto salí de dudas, porque algunos bañistas dejaron sus sitios para saludar al forastero y volvieron después diciendo:—"Sí; es el general Martínez Campos, que estaba en Liérganes y que pernoctará hoy en Ontaneda, para dirigirse mañana al Valle de Pas, con objeto de asistir á la inauguración del sanatorio quirúrgico de Madrazo."

No hubo más: al general le sirvieron la sopa, tomó un sorbo de pelcón y continuó la cena, como si el restaurador de los Borbones, el poderoso sostén de la monarquia española, fuese no más que uno de los muchos desconocidos herpéticos que vienen á curarse á Ontaneda.

Ontaneda á 23 de Agosto de 1894.





DESDE EL BALNEARIO



UÉ de encantos tiene la vida de balneario!

Por la mañana tempranito, poco después de salir el sol, bajan los agüistas al manantial, con objeto de echarse al cuerpo unos cuantos litros de agua corrompida; despues se llevan un par de horas *paseando* el agua, para que no se les indigeste; á continuación toman inhalaciones, duchas, chorros y otras *socaliñas* hidroterápicas, que cuestan un sentido, y por último se sumerjen en las piscinas, para salir de ellas oliendo á azufre, como demonios.

Aqui hay quien toma el agua mineral por prescripción facultativa y hay quien

la toma por echar diariamente un parrafito amoroso con las bañeras, que suelen ses chicas de no mal ver y que, aunque despachan agua sulfurosa, no se *sulfuran* por nada.

Entre los primeros descuellan tres ó cuatro sujetos cuya estampa causa grima: uno tiene la nariz como una berengena de las gordas; otro, por lo desproporcionado de su cabeza y lo blanducho de sus extremidades, parece un feto conservado en alcohol; y el tercero, por las manchas coloreadas que *luce* en rostro y manos, semeja un cuadrito de Muñoz Degraín ó de cualquièr otro colorista á lo Delacroix.

Entre los que toman las aguas como pudieran tomar la luna, figuran aquí media docena de pollos que traen dislocadas á todas las herpèticas del balneario, y cuatro ó seis pollas de muy distinguidas familias, que no piensan sino en bailar el agua á los solteros, ó mejor dicho en que estos se la bailen, ó las bailen á todas horas.

Así es que mientras los enfermos ponen los cinco sentidos en la medicación á que están sujetos, y beben el agua con placer infinito, y miran á las bañeras con repugnancia, hay galán que dice que padece de reuma ó de herpes por seguir la corriente

de la moda y pasa las de Caín cada vez que se acerca al caño.

—¿Por qué me das estas cosas?—dicen, poniendo los ojos en blanco, á la barbiana que despacha el agua.

—¡Toma, porque usted me las pide!—contesta la chica, ingenuamente.

—¿Y no me darías más?—pregunta el tenorio acuático, con malicia.

—¿Otro vasito?... Todos los que usted quiera—responde la joven, echándose á reir.

El que se propone conquistar á una de estas pasieguitas frescotas,que dan de beber al sediento, hace de tripas corazón y se echa al cuerpo uno, dos, tres, cuatro, cinco ó más vasos de agua. Ahora que unos resisten las tomas perfectamente, y otros, no bien han ingerido un par de sorbos, empiezan á demacrarse y á perder el color y á experimentar unos retortijones de tripas que dan al traste con la más furibunda de las pasiones amorosas.

—Pero ¿qué le has dado á ese?—pregunta un agüista á la aguadora, señalando á un pollo que sale disparado por las galerías, atropellando gente.

—¿Yo? ¿Qué quiere usted que le dé? Lo que á todos: agua, para que se limpie.

Y en efecto: hay individuo que sale del balneario, al terminar la temporada, más limpio que una patena, pues deja en él

todos los humores que traía en el cuerpo, el estómago y cuanto dinero se puso en los bolsillos.

—

Por las mañanas ya he dicho á ustedes que los agüistas se dedican en cuerpo y alma á la hidroterapia, luego se acicalan y comen, y después de comer pasan al salón de recreo, á murmurar un rato.

En este local, que más que salón de recreo debiera titularse *desolladero* de los bañistas, se forman grupos y corrillos, en cada uno de los cuales arrancan el pellejo á los que no forman parte de él.

Uno de estos corrillos está presidido por la señora de un concejal del Ayuntamiento de Madrid, que habla de trenes, de abonos al Real y de chanchullos municipales con un desahogo admirable; en otro lleva la batuta una marquesa, cuyo consorte parece un perro de aguas con moquillo; en un tercero cobra el barato un funcionario de Cuba, cesante, que tiene un alfiler de corbata, un dije y un anillo para cada dia de la semana; el de las muchachas solteras *actua* bajo la dirección de una marisabidilla que canta y toca por las noches alguna cosita, y el de los hombres más graves y mudos aparece capitaneado por un senador del Reino, del cual puede decirse que no

abre la boca S. S. sino para soltar un disparate.

Cada uno tiene su mote ó seudónimo en el salón: á las del concejal les llaman las de *Matute;* á la marquesa, la *idem* del Molinillo; á un coronel recién ascendido por el *salto del tapón*, el coronel *corcho-taponero;* al funcionario de Cuba, *Candelas*, y al senador de Reino, *Bodoque*.

Mientras las personas mayores distraen los horrores de la digestión mordiéndose mútuamente y no dejando al prójimo hueso sano, la juventud baila y toca lo que se puede. Por cierto que entre los bailarines se distingue, por sus aptitudes coreográficas, un chico sin carrera ni nada pero que como danzante resulta divertidísimo: él baila la polka militar, la mazurca, el vals, los rigodones, los lanceros y la virginia como los bailan pocos, y además hace unos trenzados con los piés que tienen fuera de quicio á dos respetables y ancianas agüistas. De modo que muchos están temiendo que, el día menos pensado, una de estas señoras, *arrancándose* por piés, *se rapte* con el bailarín y nos deje á los demás sumidos en la más triste y angustiosa de las orfandades.

¿Qué será de nosotros si esto llega á ocurrir?...¡No quiero pensarlo!

Temo que hasta los herpéticos más de-

teriorados pierdan, si eso sucede, el *humor.*

Es decir, el humor de tomar el agua mineral con el entusiasmo y *ardimiento* con que ahora la toman.

—

¡Y aún habrá quien sostenga que no es deliciosa la temporada que se pasa en los balnearios!

Ontaneda, á 24 de Agosto, de 1894.



UN GENERAL Y UN SANATORIO

I *La Oceanía* publica estos artículos por el orden que los voy escribiendo y no da a componer los de una fecha sin que hayan visto la luz los de anteriores, el dia que aparezca este ya sabrán los que me lean —por haberlo apuntado en otra de las cartas que remito—que el general Martínez Campos anda por esta región y que ha pasado en Ontaneda muy cerca de veinticuatro horas. De paso, y por lo que la noticia tenga de nuevo en Filipinas, diré que el general se encuentra ahora en Comillas y que se le espera en Santander hacia el 30 del actual, dia en que allí celebran no sé qué fiestas ó regocijos públicos.

Haberse cruzado con el general Martínez Campos y no decir palabra de hombre que tanto ha influido en la política y en los acontecimientos de nuestra patria, sería negligencia imperdonable en un *reporter*, por mucho que descuide su cometido. El caudillo de Sagunto, el generalísimo que acabó con la fratricida lucha civil que el carlismo encendió en España, el pacificador de Cuba y, en época muy reciente, el embajador de nuestro Gobierno cerca de la Corte sherifiana, será siempre una de las figuras militares de más relieve que haya producido en la Iberia la generación actual y uno de los hombres que por modo más directo han dejado sentir su influencia en la marcha de la *cosa pública* en nuestro país. Por estas razones, cuyo peso no escapará á nadie, creo yo que incurriría en descuido manifiesto si no llevara ahí las impresiones que he sacado de la visita del general Martínez Campos á este balneario.

No se crea, sin embargo, que mis referencias van á ofrecer novedades sin cuento. Siendo yo un periodista que de todo pecará menos de indiscreto, no me he permitido abordar al general en la forma que aquí acostumbran los redactores de los periódicos. De haberme *hecho anunciar* á este hombre ilustre como corresponsal de

un periódico de Manila, seguro estoy de que me hubiera recibido cortés y amablemente, pero me carga eso de presumir de *chico de la prensa:* me incomoda lo de alardear de *escritor público* hasta tal punto que, en el tiempo que llevo rodando por España, no me he presentado en ninguna parte todavía como periodista filipino. Unicamente pienso valerme de este *título* para saludar, en Santander, al insigne maestro de la novela española, Benito Pérez Galdós, que pasa el verano en una elegante *villa*, próxima al Sardinero. Con ese si me valdré de la *credencial* de periodista como de targeta de presentación, pues no se me ocurre otro medio más fácil para ser admitido en la morada del fecundo y galano autor de los *Episodios Nacionales.*

Volviendo á mi *tema*, ó sea á Martínez Campos, diré que le he observado de lejos, casi, casi con anteojo de larga vista. Y no supongan ustedes que este apartamiento tuvo por causa el miedo: aunque se susurra que los anarquistas andan buscando las vueltas al general Martinez Campos, ya dice él que no atentarán contra su vida por medio de los explosivos, sino con la daga ó el veneno. Y esto lo dice el general sonriente, frotándose las manos, en el mismo tono que, poco después de divagar un rato sobre el anarquismo y Barce

lona, decía en el salón de recreo del balneario:—¡Este Martínez Pacheco no me deja respirar á *codillos!*

Lo de, á propósito del general Martínez Campos, traer á colación los atentados anarquistas, no es inoportuno. Apenas se supo en el Hotel de Ontaneda que el general decidía pasar aquí una noche, se habló, entre bromas y veras, de dinamita y explosivos, y alguno puso piés en polvorosa. Y por donde quiera que vaya don Arsenio sucede lo propio: de Liérganes huyó gran parte de la colonia veraniega, apenas establecidos allí los reales del victorioso general: en Comillas se nota hoy una dispersión parecida, al decir de las gentes que de allí vienen: en Santander no sé lo que acontecerá el dia 30. Lo cierto es que se ha redoblado la policía secreta en toda esta provincia y que, aunque parece que va solo, el general viaja muy acompañado. Aquí, en Ontaneda, los que se hospedaban en cuartos próximos al que ocupó el príncipe de la milicia, pasaron una noche de perros y no les salió el susto del cuerpo hasta que le vieron meterse en el coche de Pas, al dia siguiente. Y mientras esto ocurre á su alrededor, el general come bien, con diente de soldado en campaña, y goza lo indecible siempre que se le presenta

ocasión de echar una partida de tresillo, á tanto alzado.

Los que no conozcan á Martínez Campos, al enterarse de esto que digo, imaginarán que es un tresillista de punta, que es tan buen tresillista como táctico. No hay tal cosa: juega medianamente, y además es muy *alegre*. Yo le he visto hacer *entradas inverosímiles*, que siempre tenían por remate un *codillo*. *Pasar* con la espada, lo juzga deshonroso. El general dice que un militar nunca debe *pasar* con la espada en la mano.

Como jugador *alegre* y que coje los naipes sólo por distraerse un rato, su persona quita el empalago enfadoso que suele tener para los mirones cualquier partida de tresillo. No es de los que se enfrascan en el juego, midiendo y pesando el valor de las cartas, ni de los que llevan al dedillo los triunfos que salen. Lejos de esto, mientras juega, charla con viveza, y ahora habla mucho de la embajada á Marruecos y de las entrevistas con el difunto Emperador. Aunque parezca mentira—al menos á mí me lo parece, pues tenía formado otro concepto del general Martínez Campos—es *colorista* hablando, y los relatos de su viaje á la corte del Sultán tienen marcadísimo *sabor* y *ambiente* africanos. Es hombre de ingenio vivo, que se revela

en el relampaguear de los ojos, en la conversación cortada y chispeante.

Del difunto emperador se expresa en tono realmente fraternal.—"España ha perdido en él un buen amigo,—dice.—El y yo llegamos á querernos. Cuando discutimos el punto más difícil y escabroso de las negociaciones, y le anuncié que, no pudiendo admitir lo que me proponía, quedaba desde aquel punto rota toda inteligencia, dijo —Entonces me declaras la guerra?—Y yo le contesté afablemente:—No: yo no te declaro la guerra. Me retiro á dar cuenta al gobierno de España del fracaso de esta embajada, cuyo mal éxito siento por ti mucho más que tú."—El emperador cortó la retirada al general, diciéndole"—Quédate; te lo ruego. Eres hombre de corazón y aún podremos entendernos."

—

Si fuera á trascribir todo lo que mi memoria recuerda de la visita del general Martínez Campos al balneario de Ontaneda daría á esta carta unas proporciones que no están en armonía con el tiempo de que dispongo. Así que firme estas cuartillas tengo que proceder al arreglo del equipaje,—cosa para mí engorrosísima y molesta,—pues hoy mismo salgo para Santander, desde donde despacharé por correo este y otros artículos.

Ni aun lugar tengo de hablar, con la extensión que merece, del *Sanatorio quirúrgico* de Madrazo. Este Madrazo es un hijo de la Montaña, que después de estudiar con aprovechamiento extraordinario en las Universidades españolas ha visitado las principales clínicas del extranjero y vuelto á su país precedido de envidiable renombre. Madrazo, que es una eminencia, un hombre ilustradísimo, fué un día médico militar y después catedrático, por oposición, de la Universidad de Barcelona. Ahora no tiene puesto en las aulas ni en el Ejército, porque ha renunciado á la milicia, á la cátedra,.. y al mundanal ruido. Pero como no puede estar ocioso y le seduce el ejercicio de la medicina, ha levantado en la Vega de Pas un establecimiento modelo, un palacete lindísimo, donde los enfermos deben sanar de alegría.

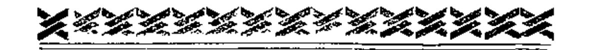
En este pabellón—que se destaca en la cumbre de un montículo asoleado y libre, que domina el valle y se las tiene tiesas con las montañas de los alrededores.—en ese sanatorio, que recibe el aire y la luz á manos llenas, se siente el viajero tentado de pedir una cama, aun á costa de someterse al cuchillo y al cloroformo.—Que me pinchen, que me descuarticen, que me corten lo que quieran... pero yo aquí me quedo—dice al asomarse

á las ventanas de la finca de Madrazo todo el que la visita. Y es que en esta verdadera *casa de salud*—desde donde se descubre el risueño valle de Pas, el lindo poblado y la famosa vega—sólo de salud y vida nos hablan los campos, los horizontes, las paredes; nada nos trae á la mente el triste fin del hombre ni los morbos que le consumen; y aun el que los padece, absorto, embelesado, se olvida de ellos.

Hasta cuando relampaguee el escalpelo en la mano del operador deben sonreir los pacientes, en el sanatorio de Madrazo; porque la luz que cae del cielo y el aire que viene de la montaña infunden, en las alturas del valle de Pas, halagüeñas esperanzas de venturoso y dilatado vivir.

Ontaneda, á 26 de Agosto, de 1894.





SOLARES Y HOZNAYO



E Santander á Solares hay un paso, dieciocho kilómetros, que el tren salva en poco más de media hora. Antes de recorrer ese trayecto no comprendía yo que sólo por el capricho de visitar el pueblo de Solares se lanzasen muchos á emprender un viaje que, aunque corto, siempre fatiga y es caluroso en verano. Yo no me explicaba esa vía férrea sino como auxiliar de los agüistas del Mondariz de la montaña—y bueno será que conste que en Solares hay un manantial alcalino de mucha fama,—como vehículo de los que van á Liérganes, y como atajo para los que, desde Santander, se dirigen por tierra firme á Vizcaya. Hoy, en cambio, no concibo

que ningún bañista pase por las playas del Sardinero sin acordarse del ferro-carril de Solares, y no por Solares, precisamente, sino por los pintorescos panoramas que desde el coche se divisan y por alargar luego la expedición al Hoznayo, que es algo asi como una perlita á la que sirve de engarce y estuche un hermoso valle de la Montaña.

Para los que venimos de Filipinas nada tan extraño como estos lugarejos de las provincias que baña el Cantábrico, donde, alrededor del más insignificante manantial, surgen *villas,* hoteles y caseríos que parecen levantados por cuenta de algún indiano despilfarrador, de algún montañés enriquecido y generoso con los suyos. Hechos á las *tradiciones* de ese pais, acostumbrados á ver que los bañistas filipinos salen para los balnearios más importantes llevando consigo lecho en que dormir, provisiones con que atender á la alimentación mientras dure el uso de las aguas, y un par de criados, á lo menos, que utilizar en los menesteres de la temporada, nos asombra y maravilla el número de facilidades que aqui encuentran los enfermos para someterse á un tratamiento hidroterápico, aun en los más apartados retiros. En esta España del norte, allí donde brota un chorro de agua

que lleva en disolución nitrógeno, gas carbónico ó cualquiera de esas bases que sirven para componer los estómagos ó poner expedita la vegiga, en cuanto el manantial se descubre y analiza, aparecen media docena de negociantes que transforman el surtidor, por lo menos, en cómoda residencia veraniega. Tendrá ó no muchas virtudes medicinales el agua que, como bendición de Dios, sale del suelo, pero el caso es que el manantial lo convierten en *fuente* de riqueza y lucro para la comarca. El secreto de esta transformación está en el dinero y en la *concurrencia*. Uno emplea sus capitales en construir sobre el desagüe de la misma fuente salutífera lujoso balneario, donde los agüistas pueden ponerse en remojo en marmóreas piscinas, y tomar duchas, chorros y pulverizaciones; otro, contiguo al balneario, edifica un hotel, que arrienda al mejor postor, ó sea al más *intrépido* fondista; frente á este instala el suyo cualquier vecino de la localidad, que no se resigna á ver, cruzado de brazos, cómo los demás se llevan *el gato al agua;* y à este tenor va formándose un pueblecito nuevo y alegre en lo que tal vez, antes del descubrimiento de las aguas, era yermo erial, valle desconocido y solitario ó montaña escabrosa y abrupta. Durante este pro-

ceso, la propaganda y el anuncio llevan la feliz nueva de las termas, ó de lo que fuere, á los últimos rincones de España y como no es raro que se registren algunas curaciones milagrosas—pues lo que no pueden las aguas, seguramente lo consigue la clara luz del sol y el aire embalsamado y saludable de la floresta—cunde y resuena y se repite el nombre de la naciente estación, que llega, asi, por último, á convertirse en risueña esperanza de valetudinarios y enfermos. El éxito de las aguas no se lograria si la iniciativa particular no dispusiese cómodos albergues para el viajero, si éste no encontrase en el balneario todo lo que la vida moderna exije; porque no sólo hay fondas bien montadas en el lugar de los manantiales sino que á todos afluyen anchurosas vías de comunicación, y ante la ganancia positiva y segura el comercio al por menor lleva sus productos á esos higiénicos parajes... ¡Ahora díganme ustedes si todo esto no ha de extrañar y chocar al que llega de Filipinas!

—

El ferro-carril de Solares es un ferrocarril casi marítimo. Arranca el tren de los muelles de Maliaño—el muelle de las antiguas *naos*—y siguiéndolos en toda su

longitud, tierra adentro, penetra en la marisma, en los sitios que inunda la pleamar y quedan en seco durante las bajas mareas. Antes de tenderse sobre charcos y fangales, cruza la vía un barrio donde asoman por do quiera almacenes, depósitos, talleres, humeantes fábricas. A mí pocas cosas me producen impresión tan dulce y feliz como esas grandes chimeneas que acusan el trabajo de los hornos y el esfuerzo de las máquinas de vapor. Desde este punto de vista, el viaje á Solares es un consuelo, un lenitivo para los buenos españoles que lamentamos hondamente el fatigoso y lento caminar de nuestra industria. A los talleres montados en Santander siguen bien pronto otros establecidos en la campiña, sobre las corrientes fluviales: fábricas de ácido sulfúrico y de jarcia, refinerías de petróleo, sierras mecánicas, andenes donde se forja y moldea el hierro; y en los caudalosos cursos de agua que van á verterse en la magestuosa bahía, aún navegables á ocho kilómetros de la costa, suele verse, con alguna frecuencia, vapores de mediano porte, que reciben en sus bodegas, con atronador estrépito, toneladas de mineral, vertidas, desde los muelles mineros, por las vagonetas de los trenes *Decauville*. Esto último indica que no faltan minas

en explotación por los alrededores de Santander, y así es, en efecto. Desde el tren de Solares se observa á uno y otro lado del camino montones de ocráceo cascote, cerros cuyas ferruginosas entrañas amarillean al sol, rastros rojos por las vertientes de las altas sierras. En Solares, en la misma estación del ferrocarril, hay un pozo donde se lava el mineral de hierro, que una especie de grua saca y vierte después sobre los relucientes carriles.

Todo esto, en que de seguro pocos, muy pocos nos fijaremos, no merecería mentarse ni de pasada en un periódico, si no fuese revelación hermosa y palpable del espíritu emprendedor de este pueblo; si no pusiera de manifiesto energías que no sé cómo encarecer. Para llamar la atención de la *gran masa* del público hacia estos verjeles de la montaña, mejor sería decir algo de lo que seduce y cautiva á todos, de lo que suele ser principal incentivo de los viajes. Muy escaso número de personas abandonan sus lares sólo por visitar un taller ó apreciar los mecanismos de una fábrica. Precisamente de esas visitas no es extraño sacar alguna mancha ó lamparón en el traje, y esto no gusta. En cambio son muchos los que se deciden á emprender una caminata si, al

fin de la jornada, un buen hotel les ofrece lecho blando en que descansar y seductores puntos de vista en que recrearse. Hay, pues, que volver sobre lo que antes decíamos.

—

A Solares que vayan los biliosos y los que padecen del hígado, que allí es posible que se curen, si es verdad lo que de esas aguas cuentan algunos y lo que refieren las crónicas. Y no les faltará sitio en que albergarse, porque en tan ponderada fuente sobran fondas que se disputen al bañista—creo que entre hoteles grandes y chicos conté cinco en el pueblo.—Esto si el viajero no quiere acomodarse en *casa propia*, porque si viene dispuesto á gastar de largo no es difícil halle una *villita*, rodeada de jardines, en que meterse. Y en esto de la construcción de *villas* se han dado tal priesa en la Montaña que, en toda la extensión de los ferrocarriles que cruzan la santanderina provincia, no hay valle, montículo ó rincón donde no *se destaque* algún cuco hotelito, que, de lejos, más que de cal y canto, dijérase que está amasado con azúcar y guirlache. La arquitectura de estas casitas es muy diversa: no están *vaciadas* en un molde común. Pero si cada una responde á un capricho especial, se advierte en la

mayor parte un gusto lijero y francés, que no deja de tener atractivos. Lo más simpático de este caserío elegante y moderno es que forma como las avanzadas y la retaguardia de los grupos de viviendas que constituyen los poblados Allí donde termina la parte urbanizada de estos, aparecen las villas y hotelitos, sobre una verde y alfombrada loma, en los suaves declives de un collado ó junto á las rompientes de un salto de agua. Si el pueblo es costero, los hoteles y villitas estarán asomados al océano, desde un sitio que azoten la brisa y las salpicaduras del mar.

Por Solares, á pesar del célebre chorro que le da renombre, pasaremos á escape; no nos detendremos sino el tiempo preciso para ajustar y tomar una *cesta* ó carricoche que nos conduzca á Hoznayo. Y ni aun al enfermo le es forzoso permanecer allí, porque en este último punto, en Hoznayo, hay también su correspondiente fontanar de aguas bicarbonatado-sódicas, que no creo se diferencien mucho de las de Solares. Los que tienen achaques que curarse no deben ser, sin embargo, de esta opinión, pues mientras las fuentes de Solares no cesan de regar estómagos, las de aquel corren estériles hasta confundir sus linfas con el río que, cerca del manantial, tiene su lecho. En la lucha que un tiempo

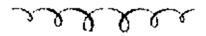
debió de surgir entre Solares y Hoznayo ha vencido aquel, á pesar de que la situación de Hoznayo es más poética y deliciosa y de que álguien, muy emprendedor sin duda, ha enterrado en él capitales cuantiosísimos. Para mí es un misterio este desvío de los agüistas, que sólo puedo atribuir á la fatalidad, porque en Hoznayo, si hubiera una colonia veraniega como la de Solares, se pasaría el tiempo mejor, más dulcémente que en *la estación* competidora y vecina. Sólo la *mala sombra* puede explicar ciertos fenómenos que, sin este comodín, no tendrían explicación.

Dos cosas hay admirables en el Hoznayo: el paisaje *natural* y el *artificial*. Del primero forman parte montañas escuetas, habitación de musgos y líquenes; montes poblados de robustas especies arbóreas; el río Cubas, que se desploma de risco en risco, burbujeante y revoltoso; la gruta estalactítica que abre su negra fauce en las peladas rocas. El segundo, pulimento y talla de aquel, lo constituyen estanques y lagos, sotos en que se advierten indelebles huellas de la mano del hombre, frescos rincones protejidos del sol por trepadoras y frondosas plantas, puentes rústicos tendidos sobre el bullente curso del Cubas, alegres viviendas suizas. No se ha omitido gasto en el

acicalamiento y construcción de lo que pudo realzar las maravillas de la naturaleza. Allí donde calcularon que se buscaría el reposo ó el deleite de los sentidos, dispusieron bancos tallados en la viva roca ó en el tronco de un árbol; limpios senderos conducen al través de la espesura, ó por recodos suaves á las cumbres montañosas dan acceso; la hoz y el pico echaron por tierra lo que desentonaba ó entorpecía. El *hotel*, el *gran hotel*, pues hay otros *hoteles* más pequeños, es una monada; el balneario es un modelo. La capilla una joyita; el teatrito un juguete lindísimo. Pues con todo y con esto en Hoznayo no se ve alma viviente: sopla por todo su término un vientecillo de abandono que sobrecoje y amilana, que infunde pavor y desaliento. Los que acuden á este lugar atraidos por la fama de tantas cosas buenas, huyen desalados en cuanto cumplen el objeto de la visita.

El Hoznayo es una mujer de rara hermosura, y bien prendida, que á pesar de sus dones y atractivos se queda para vestir imágenes.

Santander á 29 de Agosto de 1894.





B. PÉREZ GALDÓS



ASAR por Santander sin hacerme presentar ó presentarme *por mí mismo* al ilustre autor de los *Episodios nacionales*, nunca entró en mis cálculos. Hubiera sido algo así como encontrarse en Toledo y no ver la Catedral, ó viajar de *turista* por el Egipto y dejar á un lado las Pirámides. Galdós es una *Pirámide*, la Cheops de la novela española, ó mejor diré, por si el símil *piramidal* parece exótico, un monumento español que se conservará incólume al través de los siglos. Es una de las reputaciones más sólidas y bien cimentadas de la presente generación que, entre algunas firmes y seguras, ha *produ-*

cido buen número que no resistirían á un papirotazo de la crítica.

Lo de presentarme á Pérez Galdós—que ya tenía olvidado—se me ocurrió de nuevo cuando me recordaron que el insigne novelista veraneaba en Santander. Sucedió esto, casualmente, á las pocas horas de encontrarme en la capital de la Montaña, con motivo de la conversación que suscitaron, mientras servían la cena, dos compañeros de mesa. Hablaban de política, de Gamazo y Eguilior, de las luchas que sostienen *gamacistas* y *eguilioristas*, sin que el pueblo de Santander saque nada en limpio de estas funciones de pólvora, como no sea alguna quemadura de vez en cuando. Después les tocó el turno á Maura y al señor Obispo de Madrid-Alcalá, que también se pasea por estas playas, y por último á Galdós y á Marcelino Menéndez Pelayo. Hasta que salieron á relucir estos dos nombres, apenas si puse atención al charloteo de mis vecinos de mesa. Desde entónces me fijé y agucé el oido—"Sí, señor—decía uno.—Este año tenemos aquí á Galdós y á Menéndez Pelayo; aquel metido en su casita de La Magdalena, próxima al Sardinero, este en una de las fondas de la ciudad, creo que en el *Hotel Francisca*..."—Y en seguida pulsaron otra cuerda: la de Martínez Campos, cuya estrella luce más cada día.

Al notar que variaban de rumbo, ya no hice caso de lo que decían. Me puse á partir un buen trozo de solomillo y mientras lo engullía, concebí el proyecto de *entrevistarme* con el afamado autor de *Fortunata y Jacinta* y de tantas otras romancescas producciones. Era un proyecto nebuloso aún, vago, que no pude concretar entonces, porque el sueño me rendía. Determiné consultarlo con la almohada, y la vigilia se sobrepuso á Pérez Galdós: apenas caí sobre los colchones, quédeme dormido como un tronco: como hombre á quien no le importa un ardite que prepondere Gamazo sobre Eguilior, ó vice-versa, bien seguro de que ninguno de ellos ha de resolver, satisfactoriamente, los graves problemas económicos que á nuestra Patria angustian.

A la mañana siguiente, muy tempranito, tomé el ferro-carril del Sardinero, el llamado de Gandarillas—hay otro que apellidan de Pombo,—el que vá por la costa y pasa por la Magdalena, donde vive Pérez Galdós. No tuve necesidad de preguntar á nadie por la residencia del novelista: la vivienda de éste es inconfundible, lleva *marca de fábrica*, como todas sus obras, se destaca airosa de los edificios á su alrededor levantados. Desde las caprichosas veletas que coronan el *chalet*, á los espesos é impenetrables muros

que le aislan de los demás, todo ofrece en él carácter, sello propio. Hay por allí porción de monísimos hotelitos cuyo interior puede escudriñarse desde el campo, pues no es la verja que los circunda obstáculo á la investigadora mirada. El de Galdós, circuido por recia tapia, parece desafiar al curioso. Sólo por encima de los muros se distingue desde fuera algo de la artística mansión: los primorosos balconcillos, las galerías de cristales, los miradores que dan al mar. Por uno de los ángulos de la tapia, asoma, encaramado sobre esbelto trípode, un depósito de agua; por otro el asta de bandera que sirve á Galdós para entenderse, por medio de trapos, con los capitanes de los buques amigos que entran en el puerto, ó de él salen con rumbo á la mar. Encima del portón de entrada, macizo como puerta cochera, campea un rótulo que indica el nombre de la *villa: San Quintín*, dice en blancas y rasgueadas letras góticas, que resaltan sobre el fondo turquí del azulejo. En el chaflán único que forma el muro se abre una puertecilla que conduce al *camino de hierro* (traducción directa del francés.)

Tentado estuve, al rodear *la villa*, de sin más preámbulos anunciarme al varón egregio que la ocupa. Pero por te-

mor de que, á aquellas horas, pareciera inoportuna ó intempestiva mi visita, sofoqué el impulso y eché por el camino del Sardinero. A la tarde dirijí una carta á Pérez Galdós pidiéndole permiso para saludarle carta que se apresuró á contestar, galantemente, el novelista, diciendo que tendría mucho gusto en recibirme.

No sé si al resto de los mortales les pasará lo mismo que á mí: juzgando á los demás con criterio absolutamente personalísimo, derivado de la propia y asídua observación, afirmaré que siempre que el hombre acomete empresas ó actos que se salen de la normalidad de la vida, de los que tiene por costumbre ejecutar, experimenta extrañas emociones, fenómenos autosujestivos que se revelan de muy diverso modo, pero que á la postre producen lo que solemos llamar embarazo; embarazo que, por supuesto—lo aclaro por los maliciosos y guasones—nada tiene que ver con el período de gestación intrauterino. Emoción singular afecta al niño que, por primera vez, recibe el Sacramento de la Eucaristía; de emoción se siente presa el mozalvete cada fin de curso; emoción sacude á la vírgen al vestir el traje de desposada. El que tiene alma, y nervios, y sensibilidad y.... no es un pedazo de atún comprende desde luego

estas cosas, que nunca estarán al alcance de los alcornoques, ni de las piedras berroqueñas. Digo, á mí se me figura que todo esto es muy humano, no sé si me equivocaré; pero creo que no.

Pues si esto es humano, ó condición humana, y escribo para hombres y no para abedules ¿por qué no he de confesar, sin rebozo, que no las tenía todas conmigo, como suele decirse, al transponer los umbrales de la casa de Pérez Galdós? La muchacha, pizpireta, que me franqueó la entrada, dijo, mientras me dirigía á las habitaciones:—El señorito está en el huerto, pero mejor será que pase Vd. al despacho y espere: vendrá en seguida. Y me metió en una habitación del piso bajo, tenebrosa y obscura, donde al principio no pude distinguir nada: tan escasa era la luz. Poco á poco fuí acostumbrándome á las tinieblas y empecé á percibir de todas partes imágenes blancas: parecían lápidas de mármol blanco. Me acerqué á la más próxima y pude cerciorarme de lo que era: una cartulina satinada, con la fotografía de Sagasta y dedicatoria á Galdós. Encima de un álbum, sobre un porta-retratos, la de Narciso Oller, el novelista catalán á quien dedica Zola tan corteses frases siempre que le preguntan por los noveladores españoles. En

otro lugar ocupaba sitio de preferencia la de la gentil María Guerrero, de quien ha dicho Cavia: "María, llena eres de gracia." En el mismo tablero estaban prendidas la de Mario y la de algunos escritores y artistas muy populares. Aparte de todas, y puesta en marco de ébano con incrustaciones doradas, la del grande hombre amigo íntimo de este otro, que aún lo es más: la del escritor montañés José M. de Pereda.

Todo esto lo observè y apreciè en menos que lo digo. Urgía aprovechar los segundos libres para sacar memoria de todo; lo cual me iba pareciendo difícil, porque las pintadas paredes de la habitación, los cuadros, los tapices, los bronces, los muebles de maderas obscuras, absorbían la poca luz que, al través de las series de cristales polícromos y deslustrados, penetraba por los huecos, abiertos en los testeros al mar y al campo.

Al dirigir una mirada á mi alrededor, me chocó la elegante y tallada biblioteca. Pasando la vista por el lomo de los libros pude cazar al vuelo un índice de autores que no hace al caso; pues poca luz arrojaría sobre los gustos de Galdós el que yo dijese que tiene coleccionados los dramas, las poesías, las novelas de Goethe, de Schiller, de Shakspeare, de Dickens,

de Amicis, de Zola, de Daudet, de Byron, de Balzac, de Becquer, de Campoamor de Zorrilla, de los Goncourt, de Flaubert y de tantos otros que las publicaciones económicas han puesto al alcance de todas las fortunas. Yo opino que esta biblioteca de Galdós, es la biblioteca de lujo, pues la constituyen tomitos inmaculados, de escogida encuadernación, entre los cuales no descuella nada que no se encuentre en la de cualquier persona medio instruída. Esta reflexión no la hice allí, porque no tuve tiempo de hacerla. Aún deletreaba nombres de autores, cuando percibí ruido de pasos; me adelanté á la puerta y sobre el chorro de blanca luz que el vestíbulo proyectaba se dibujó en negro, con gran relieve, la silueta...del hortelano de la casa; es decir de un hombre de rústico aspecto, que resultó ser el mismísimo don Benito, en cuerpo y alma.

Nunca imaginé que Pérez Galdós vistiera, para andar entre los suyos, flamante levita inglesa ni británico *smoking;* pero tampoco le creí tan metido en la horticultura que se *disfrazara* de jardinero; porque por disfraz tomaría cualquiera, en hombre de tanto fuste como este, el sombrero flexible, de alas vueltas hacia abajo, el chaquetón recio y holgadísimo, los pantalones arremangados y con terro-

sas rodilleras, el borceguí, deforme, del cazador. No me dí cuenta de estos pormenores al cambiar los saludos de rúbrica sino cuando Galdós, abriendo de par en par la ventana que cae sobre la huerta, me decía:—Pero, hombre ¿por qué no ha venido usted antes y sin previo anuncio? Aquí, los periodistas, son siempre bien recibidos.

Tomó asiento el maestro y me ofreció un pitillo. "—Yo fumo mucho—dijo al tiempo de encender.—No se me cae el cigarro de la boca. Y fumo de todo, indiferentemente: bueno y malo, lo mismo me da. Quisiera desarraigarme este *vicio*, el único que tengo, pero me es imposible. Y le advierto á usted que el tabaco me estropea la garganta, el pulmón, el estómago, la cabeza, todo. Noto su influencia en la memoria, que voy perdiendo lastimosamente. Pero no puedo, no puedo; me moriré fumando".

Y hablamos de Filipinas. Galdós tiene nociones muy vagas de ese país. Del Archipiélago sabe, poco más ó menos, lo que Albareda: Que la capital es Manila, que Cebú es una ciudad histórica y que á Iloilo se vá por *guila-guila*. No sé si ustedes estarán al tanto de que el famoso don José Luis se expresó de este modo en las Cortes, un día que, ausente de la

cámara el entonces ministro de Ultramar, usó de la palabra, desde el banco azul, para contestar á un diputado que no recuerdo qué quería saber de Filipinas.

Repito que Pérez Galdós, respecto de nuestro archipiélago de Oriente, no está mucho más adelantado de noticias que el célebre ex-ministro de Fomento cuyos nombres y apellido dejo apuntados. Pero habla con cariño de esas tierras:—"Siento particular atractivo por el Extremo Oriente —dice—sobre todo por el Japón, que visitaría, de seguro, de estar más cerca. De todos modos ¿quién sabe? ... Soy muy aficionado á viajar: los viajes me entusiasman, y el de Filipinas debe ser muy bonito. He oido decir que Colombo y Singapore, y aun Manila, son capitales de importancia y curiosas. Manila es una ciudad lacustre ¿verdad? Así me lo ha dicho un capitán de Artillería que me visitó hace muy poco tiempo."

Galdós, que es canario, de Las Palmas, conoce tan bien como el Marqués de Comillas la flota de la Compañía trasatlántica. Usted ha sido pasajero del *Santo Domingo* ¿no es cierto? El *Sto. Domingo* es un cascajo, una carraca, que ahora están remendando. Lo manda Deschamps y lo ha mandado Ugarte, bravo marino á quien conozco y quiero mucho"... Y

siguió hablando de buques y de capitanes de la poderosa Compañía.—"En uno de esos vapores—añadió—me dieron la receta del *gin-cocktail*, que luego metí en mi *Angel Guerra*."

Aproveché la ocasión para preguntarle por las obras que trae entre manos. Galdós no se ocupa ahora en trabajos literarios. Estudia un poco por las mañanas y el resto del día lo pasa en la huerta, que le absorbe por completo. Este invierno dará á la escena alguna producción; pero producto nuevo: nada de novelas *transportadas* al drama. Después, ó antes, pues aún no tienen plan seguro trazado, irá á Canarias, y á su regreso la emprenderá con *Torquemada*, cuya cuarta y última parte verá la luz el año próximo. Por dos ó tres veces intenté sacarle algo más de lo que prepara para el teatro, pero mis tentativas fueron estériles—"No sé á punto fijo lo que será; pienso poco en ello, porque aún es pronto"—decia, encerrándose en reserva casi absoluta, cada vez que, valiéndome de rodeos, volvía yo sobre el *presunto* drama.

Como el anochecer se echaba encima—pues mi visita á Galdós fué *tardía* pero segura—quise despedirme y me retuvo con un:—Es temprano; no se marche usted sin dar un paseo por la huerta.

Al salir me detuve ante un hermoso óleo, retrato de Galdós.—"Es obra de Sorolla—me dijo.—Y esos dibujos á la pluma que verá usted en las paredes por todas partes son los originales de la edición ilustrada de los *Episodios*. Tengo en casa más de mil de esos dibujitos, pero los colocados no llegan á trescientos."—Mélida, Apeles Mestres, Pellicer, Lizcano y los demás artistas que han colaborado en la monumental edición de los *Episodios nacionales*, pueden estar orgullosos y tranquilos: sus creaciones, entre las que hay caprichos y monadas de raro mérito, ocupan puesto de honor en el *museo* galdosiano.

Pérez Galdós es hombre sencillo y afectuoso en el trato, y modesto hasta la exageración. Huyendo del bullicio del mundo vive en *La Magdalena*, donde recibe muy pocas visitas. A Santander sólo baja de tarde en tarde y cuando aquí le llama algún quehacer ó negocio urgente. Tiene casa puesta en Madrid, para él y las hermanas con quien vive—Galdós se conserva soltero,—pero pasan la mayor parte del año en la villa San Quintín.—"A la Córte voy menos cada día. Estoy cansado de Madrid, y su clima no me prueba. Esto es muy sano y muy hermoso. ¡Vea usted, vea usted qué panorama!.."—decía bajando las escaleras que desde el *chalet* conducen á la huerta.

Ni la hora ni la tarde eran muy á propósito para juzgar la hermosura de la decoración que á D. Benito suspende y maravilla: un cielo gris, de otoño, se estendía uniformemente, entoldando el canalizo que forma el mar, los verdes valles y las umbrosas montañas. A lo lejos, al otro lado de la bahía, se divisaban, medio velados por azules gasas, los arenales por donde desemboca el río Cubas, los caseríos del Puntal, el pueblecito de Pedreña, los montes que se escalonan hasta hundir sus cimas en las borrosas nubes. Todo esto, con cielo azul y claro debe ser tranquilamente hermoso; en tarde desapacible como aquella ni seduce ni encanta.

Dimos un paseo por la huerta y la conversación giró sobre horticultura ¡Oh, los cultivos! El de los espárragos, en particular, que no entiende, le intriga mucho á este geniazo tan humilde. Después, apoyados sobre el muro del jardín que cae á la vía del Sardinero, me habló de sí mismo: que padece dispepsias y jaquecas que pasan pronto, pero que su salud es de roble; que siempre ha tenido relativa facilidad para pintar barcos y marinas, pero que no pinta; que los cuadritos á que se refirió la Prensa, cuando el estreno de *La de San Quintín,* los *hizo*, á manera de

pasatiempo, en el estudio de Busato y Amalio; y al decirle yo que antes de retirarme á Madrid pensaba pasar una temporada en Bilbao, se expresó de este modo:—"Yo también he de ir á Bilbao uno de estos días. Si no tiene Vd. preferencia por fonda alguna determinada, hospédese Vd. en el *Hotel Antonia* y allí nos veremos. Mario y sus amigos, á cuyos ruegos voy para asistir á las representaciones de *La loca de la casa* y *La de San Quintín*, me tienen dispuesta habitación en el *Hotel Términus*, pero iré seguramente al *Antonia*. No me gustan ni el jaleo ni la mesa de esos grandes y carísimos hoteles."

Pérez Galdós pone sus cinco sentidos en esquivar las manifestaciones que le tributarían si se presentara diciendo: "Yo soy Fulano." En Santander, al certificar una carta, le preguntaron—"¿Quién certifica,"—y él contestó, modestamente—"Benito Pérez." Decir Benito Pérez, en España, que es el país de los Pérez y los González, equivale á incluirse y confundirse en el montón, á querer pasar por un cualquiera. El público le conoce por Pérez Galdós, ó por Galdós *á secas*, y el empleado de Correos, que al oir Benito Pérez ni aun levantó la vista del libro en que escribía, de haber oido Be-

nito Pérez Galdós, de seguro ejecuta algún movimiento de asombro ó revela con palabras su admiración. Esto, que es rigorosamente histórico, llega á mi noticia por conducto de un pollo santanderino, testigo del *caso* que acabo de referir.

Galdós, que no se ha metido nunca en polémicas ni discusiones literarias, está en buena armonía con todos los novelistas españoles. Habla con encomio de Pereda, de Palacio Valdés y de la Pardo Bazán. De ésta dice que es un talento y una erudita, que escribe bien, que maneja la péñola como los mejores y más viriles prosistas... pero que la ahoga el amor propio!

—

No se habló más. Recogiendo bastón y chapeo tendí la mano con orgullo á quien tantos laureles ha conquistado en la novela y la dramática, y este me despidió en los mismos umbrales de la villa *San Quintín* con un afectuoso "hasta Bilbao", que fué contestado en igual forma. Chispeaba entonces, pero ni la menuda lluvia ni el viento frescachón que iba levantándose, me impresionaron poco ni mucho. Cuando alcancé la vía, pasó un tren, silbando estrepitosamente, arrojando chorros de vapor por los purgadores de

la máquina, y trémulas coronas de humo por la chimenea, y al ver pasar y alejarse aquella enorme y arrolladora masa, surgió en mi mente, con gran relieve, la imagen del insigne novelista y dramaturgo que vive en la Magdalena. En el camino de la vida, una vez le he salido al encuentro y nos hemos cruzado, pero mientras él, como la rauda locomotora, se aleja y marcha á todo vapor por sendero propio, en el que imborrable resplandecerá siempre el carril de la vía, yo, que torpemente voy dando traspiés sobre la arena, no dejaré de mi paso por el mundo más que señales borrosas é indistintas, que bien pronto sepultará el implacable olvido.

Santander á 30 de Agosto de 1894.



SANTANDER



ANTANDER siempre ha hecho mucho ruido. Cuando yo era *el chiquirritín de la casa* (de mis padres) se hablaba de Santander, por Julio y Agosto, como ahora se habla de la célebre Concha, *la guipuzcoana*. Entónces, Santander, competía, en cuanto playa famosa y aristocrática, con las de San Sebastián y las Arenas. Es más: estrujando un poco la memoria, se me figura que recuerdo una *época*, ó temporada, en que San Sebastián *se hizo cursi* y estuvo de moda el Sardineró. Versatilidades de la *hige-life*, que por aquellos días se chapuzaba en San Juan de Luz, en Biarritz y en Bayona, de Francia, y en

el Sardinero de Santander. Después la Concha ha vuelto á ser punto de citas, teatro de aventuras, escenario y *bañera* de la Corte, y á medida que la capital de Guipuzcoa sube de nuevo y adquiere poderío, la de Cantabria se obscurece y achica. Hoy la gente encopetada, las mujeres y los hombres de muchas campanillas, los que más bullen por salones, casinos y paseos, veranean en San Sebastián.... y, al decir de los maldicientes, en San Sebastián de los Reyes, que no es el de la monarquía sino un insignificante pueblecillo de la provincia de Madrid. A Santander va poca aristocracia y poca mesocracia; esta no suele pasar de Pozuelo, ó cuando más del Escorial y Cercedilla, y los que viajan *de veras* se desperdigan por todo el Norte, llevándose buen número de veraneantes Asturias y Galicia, que ahora empiezan á levantar el gallo.

Acostumbrado Santander á dar que decir, á que se le llevara en palmitas y meter mucho ruido, no podía resignarse con el *obscuro papel que estaba representando* y hace unos meses rompió el hielo... con una explosión de dinamita que aún resuena por toda España. Santander se dijo—"O gordas ó no hacerlas"—y explotó el *Cabo de Machichaco*.... y allí fué Troya, ó mejor, Numancia, por

lo de haber sido pasto de las llamas. Con motivo de tan formidable *asonada*, otra vez figuró Santander en primera línea y se puso en boga por algunos días. Tanto que al empezar el veraneo se susurró si la Corte pasaría ó no una temporada en el *lugar de la catástrofe*, si lo visitarían los Reyes, arrastrando consigo á toda la grandeza. Hoy los santanderinos ven con harto dolor de su corazón, que *la especie* echada á volar por los periódicos no ha cuajado, ó que era *un infundio*—noticia ó *papa* sin fundamento,—porque la Corte ni se mueve de San Sebastián ni se acuerda de echar un vistazo al Sardinero. En suma; que de la explosión, de la *detonante celebridad*, Santander no ha sacado más que el susto, motivo para que le dediquen un centenar de gacetillas y,.. una preciosa barriada de casas que, sobre los cimientos de las consumidas por el fuego, la iniciativa particular ha construido frente á los muelles de Maliaño, por la calle de Méndez Núñez.

El nombre de Santander, tomando *en tropo* la capital por toda la provincia, va indisolublemente unido al del inimitable novelista don José M. de Pereda. Por mi parte puedo asegurar á ustedes que me asaltó el apellido del gran *costumbrista* y *paisista* montañés, en cuanto

el ferro-carril me colocó en las alturas de Reinosa. Ni que decir tiene que al aproximarme á la capital de la Montaña era aún más vivo este recuerdo. Por si álguien olvidara estos que, por llamar de algún modo, llamo yo lugares comunes de los fastos y letras santanderinos, al salir de los andenes donde deja al viajero el ferro-carril del Norte, se encarga de refrescarle la memoria la *Rampa Sotileza*, situada frente á la estación, en un terruño ó montículo que domina por medio de tres planos inclinados, dispuestos en zig-zags. Si tienen ustedes valor para echarse al coleto la Rampa Sotileza entrarán en Santander por... la puerta de los carros, es decir por lo peorcito de la capital, por el barrio del Alta (no confundirle con el paseo del mismo título ¡ojo! ¡hay viles falsificadores!) ó *de la judería:* por un laberinto de calles tortuosas, sucias, estrechas, donde se respira mal y huele *peor*. Poco tiene que ver ese barrio, por que todo ofrece en él malas trazas: casas, hombres y mujeres. Despiden los portales un tufillo nada embriagador; asoman por los balcones hembras pingajosas y repulsivas, brujas del candilejo; corren por el arroyo rapaces desgreñados y harapientos. Falta en ese *distrito* aire, luz, sol, policía, higiene y...

dinero, por supuesto; y sobra miseria y *habitación humana*. Allí debe vivir *el pueblo soberano:* un enjambre de pescadores, de jornaleros, de operarios, de traficantes no ya al por menor sino *al mínimo*, revuelto con otro puñado de gente no tan *sancta*, aunque sí más ociosa. Un paso más, que se da facilmente, por ir cuesta abajo, y caemos en la plaza del Correo, que ya es otra cosa: á la derecha la calle de San Francisco, después la de la Blanca; á la izquierda la primera Alameda y luego la segunda. Las calles de San Francisco y de la Blanca son la Escolta de Santander: mucho comercio, bonitas tiendas, *escaparates* artísticamente dispuestos, mucha luz eléctrica por la noche, y muchas mujeres que podrían competir, por lo hermosas, con el lucero del alba y que *salen,* también, entre dos luces.... pero á la caida de la tarde. La primera Alameda, á la hora que se pone el sol, es lo que debiera ser la Luneta: un paseo de niños, de niñeras, de amas de cria y de soldados sin graduación. Da gusto ver jugar á los pequeñuelos, à los hombres y las mujeres *de mañana,* á la pelota, al aro, á la comba y á otros géneros del *sport* infantil. La segunda Alameda, que aunque segunda es *de primera* y superior á la primera, se pierde de vista,

por lo larga: un salón de tomo y lomo, del que se muestran orgullosos, y hay motivos para estarlo, los montañeses, pues es posible que no tenga rival en España.

Alameda arriba se desemboca en otro paseo, más higiénico y ventilado que los anteriores: el Paseo del Alta, desde donde se descubre un paisaje que llamaría grandioso si no temiera *rebajarle* y que le confundieran con otros que así, benévolamente, apellidan los *cronistas*. Desde el Alta se domina Santander á vista de pájaro, y por el lado opuesto, en una gentil pradera, á la que sigue el mar azul, formando horizonte, los pueblecillos de San Pedro del Mar, Monte y Cueto. Buena prueba de lo que vale el Alta la tienen ustedes en que se está urbanizando de prisa y corriendo. Los ricachos, la gente adinerada de Santander, compran terrenos en el Alta y construyen allí señoriales viviendas. Gamazo, uno de los santanderinos más aprovechados de la presente generación, tiene en el Alta una quinta preciosa. Los protejidos del *santón*, siguen su ejemplo, y los militares, que también saben dònde les aprieta el zapato, *rayarán* pronto á la misma *altura* pues van muy adelantadas las obras de un cuartel á la moderna, compuesto de muchos pabellones aislados, para asegurar la

perfecta y constante renovación del aire. *El alimento* pulmonar se recibe en aquellas regiones puro y rico. A mí se me ensancha, gozoso, el pulmón sólo de pensar en las *corrientes* que soplan por el Alta.

Y basta de paseos... diurnos. De los nocturnos sólo conozco el afrancesado *bulevard,* donde el Santander de tiros largos toma el fresco y da vueltas á la noria entre nueve y once de la noche. Una música, que á veces *cose* y canta, contribuye á distraer á los paseantes y á *hacer* amables ese par de horitas. Tampoco falta distracción para los que opinan que la música es el menos desagradable de los *ruidos,* para los que no gustan de *los bemoles* ni del *chin-chin.* Los sordos, y los que no quieran oir, pueden entretener el tiempo y los sentidos *desmenuzando* y comiéndose con los ojos el mujerío, pues el que anima y llena el *boulevard* tiene mucho que ver. El pacotillero de *La Voz Montañesa,* el ingeniosísimo Pepe Estrañi, como le llama familiarmente todo Santander y toda España, ha puesto este año muy de relieve la abundancia de caras bonitas que se nota en el *boulevard,* con manifiesto disgusto de los pollos santanderinos, que dicen que sus paisanas, desde que tienen patente de monísimas, se ponen muchos moños. Y no

crea el lector que los llevan mal puestos ó que son inmotivados Para mí esos moños tienen *razón de ser* y los alabo... dicho sea con perdón de los pollos de la última hornada.

Mientras toca la música y pasea la *burguesía* por el *boulevard,* el pueblo soberano—del que descuellan *soberanas* que valen un potosí—baila y se divierte en los jardines de los muelles, más que discretamente obscuros. A las once de la noche ejecuta *la banda* el paso doble, y pueblo y no pueblo se retiran á descansar de la jornada. A las doce Santander duerme el sueño de los justos y no se ve más alma viviente por las calles que algún *serenísimo* sereno ó algún tenorio trasnochador. Y ya que como por la mano hemos venido á la hora de descansar, descansaremos nosotros también, dejando lo que resta para otro día.

II

Quedábamos en... que de paseos está muy bien dotada la capital de Cantabria... y en que hasta ahora sólo he hablado de los paseos de los *indígenas:* de los santanderinos y de los que habitualmente residen aquí. Los *extrangeros*, vamos los forasteros, los bañistas, no pasean por las

alamedas, ni por el *boulevard*, ni por el Alta, sino *de paso*. La colonia veraniega cuelga su nido en el Sardinero y allí corre, come, duerme, se baña, luce los trapitos de cristianar... bosteza y dormita á prima noche, y á las diez se mete en la cama.

Ya se debe presumir, por lo que llevo dicho, que el Sardinero es algo más que un campo para *estirar las piernas:* es una playa urbanizada, una prolongación de Santander,

"donde Dios quiso juntar
á los encantos del suelo
las maravillas del cielo
y las grandezas del mar."

Estos cuatro versos, finales de una conocidísima décima, aunque no *dedicados* al lugar que me ocupa, le retratan de cuerpo entero y me ahorran una descripción laboriosa, y tal vez fría. Después de aplicar al Sardinero los cuatro versitos copiados casi no me atrevo á decir que es una playa hermosísima y segura, rematada y como coronada por elegante caserío y aromosos bosquetes de pinos. A una santanderina le oi decir que el Sardinero *es una bendición de Dios*. Apunto la frase y se la entrego á la *crítica* y

á la *posteridad,* por si quieren aquilatarla.

Si los forasteros bajan poco, y de tarde en tarde, á Santander, en cambio los santanderinos visitan con mucha frecuencia el Sardinero: los días laborables para bañarse en la primera ó segunda playa, según la calidad y posibles de las personas; los festivos para codearse con lo fino solamente. La primera playa es la elegantona, la de más pretensiones, la aristocrática; la segunda, que, por lo limpia y lo segura, nada tiene que envidiar á la primera, es la del pueblo que aún puede permitirse el lujo de pagar *casetas.* Los que no pueden ó no quieren *aflojar la mosca* por remojarse, se bañan y desnudan al aire libre en la tercera playa, ó en las de San Martín y la Magdalena. Mañana y tarde, por las playas *gratuitas*, saltan de peñasco en peñasco, como cabras, hombres, mujeres y chiquillos de muy diversas cataduras, y por los terrenos que las dominan merodean los aficionados á ver... lo que se pesca, á hurtadillas de los del *orden público*, que suelen aguar la fiesta á los mirones. Como el desnudo se muestra en esas playas en toda su descarada *desnudez*, y el desnudo femenino ha tenido y tendrá siempre fervientes devotos y admiradores, á nadie

chocará que menudeen, por San Martín y la Magdalena, los desocupados: pollüelos y vejetes tiesecillos, que no llevan allí otro objeto que el de *irse*—disimuladamente—*á las vistillas*. En las playas, *de pago*, del Sardinero, esto es más difícil, pero aun así y todo no crean ustedes que faltan señoritos que las *exploten* desde este *punto de vista*.

No sólo la playa, sino *las alturas* del Sardinero, merece la atención del curioso. Por las *alturas*, por las verdaderas *alturas*, por los terrenos *sembrados* de pinos, campa y se solaza el pueblo. Esas *alturas* son, los días festivos, un merendero público, una inmnesa mesa redonda á la cual se sienta, *ó se tumba*, todo el que quiere y lleva algo fiambre que manducar y algo líquido que beber. Las alturas menos *altas*, como si dijéramos *los bajos de las alturas—bajos*, por cierto, dignos de ser cantados por las musas,—son el escaparate donde se expone y exhibe el mundo elegante de Santander, y el del Sardinero, siempre que repican gordo. Este mundo es *tan pequeño* en todas sus cosas que hasta para los *certámenes* elije palmos de terreno. La moda ha emplazado ahora la exposición de mujeres en la acera del Casino del Sardinero y allí, por las tardes, en un espacio de

15

seis ó siete metros de longitud, se codea y pavonea todo el mujerío y *el hombrerío* encopetados de la capital y todos los forasteros y forasteras de pro. Como entre unos y otros componen cientos de personas y la materia es tan impenetrable en la acera del Casino como en cualquier punto del globo, no hay para qué decir cómo se pondrá el dichoso paseito en cuanto aprieta el calor y calma la brisa. A veces mientras la gente pasea por el exterior del Casino, dentro de éste *se hace música y baile... é tutti contenti.*

—

De Santander podría estar hablando hasta la consumación de los siglos y enviar cuartillas suficientes para la composición de varios números de ese periódico. Pero temo que si soy más lato degeneren en *lata* estos articulillos y no quiero incurrir en tan *nefando crimen*. Lo que me queda por decir lo señalaré como de pasada y lo que se me olvide quedará para el Colón que me suceda en esto de descubrir mundos... olvidados de puro conocidos.

Santander tiene vida propia. No es, como San Sebastián, una hormiga que durante el verano sólo piensa en hacer provisiones "*allá para el invierno*". A

sus industrias dediqué algunos párrafos con motivo de mi viaje á Solares. No insistiré, pues, sobre este particular. Tiene también obras famosísimas, entre ellas la del puerto, que se ha tragado tantos millones como el de Manila, y que aún colea. Además cuenta con un dique, el *dique Gamazo,* que hace agua, como dicen que la hace el ex-ministro de Hacienda—que á pesar de todo á mí me *resulta* mucho más ministro que otros contra quienes no se formulan cargos tan severos.—De ferro-carriles no está muy bien, pero ya se pondrá mejor. Hoy sólo *le comunican* el del Norte y el de Solares. Este pronto correrá hasta Bilbao. Los periódicos montañeses aseguran que de un día á otro se inaugurará la primera sección del de Asturias, y se dice que hay en proyecto un *camino de hierro* á campo travieso, el del Meridiano, entre Madrid y Santander: siete horas de viaje, en vez de dieciseis ó veinte, que se echan hoy día.

No digo nada de los teatros ni de la plaza de toros de Santander, porque sólo los he visto por fuera y no me gusta juzgar por *exterioridades*, que suelen ser engañosas. De los varones esclarecidos que ha producido la Montaña, sólo á uno, héroe de la guerra de la Independencia, se le honra en este pueblo con estátuas

de bronce. Velarde es esta mosca blanca; los demás duermen el sueño de los justos, que no sé si será también el del olvido.

Y con esto *sanseacabó*. Al despedirme de la capital de Cantabria veo que la abandona también la mayor parte de la colonia veraniega y exclamo entristecido:—¡Adiós, Santander, que te quedas sin gente!...—Pero repito que para vivir y... para mujeres, Santander no necesita de forasteros.

Santander á 3 de Septiembre de 1894.





BILBAO



OY bilbaino: nací en la invicta villa fundada por don Diego López de Haro. Pero si soy *chimbo* de nacimiento ningún otro lazo me une á la capital de Vizcaya. Nací en Bilbao como pude haber nacido en el Congo ó en Mataporquera. Parodiando á un ingeniosísimo escritor contemporáneo, debo decir, cuando se habla del lugar de mi nacimiento, que *me nacieron* en Bilbao, pero que tengo tanto de vizcaino como de obispo (desgraciadamente, por supuesto.) Mi infancia corrió en Madrid, donde me eduqué tan mal como suele allí la juventud educarse, y en Madrid estuve hasta que me salieron

los dientes que utiliza el hombre en la empeñada lucha que, por comer, sostiene con sus semejantes. Esto significa que no abandoné la capital de España mientras no fuí un hombrecito hecho y casi derecho.

Me ha parecido prudente apuntar estas noticias auto-biográficas, no por lo que de interesantes tengan sino porque *explicarían* muy bien mi *indiferentismo* por la próspera villa bilbaina y mi *apasionamiento* por la del *oso y el madroño.* Criado y educado en Madrid, lógico sería que sintiese particular inclinación hacia todo lo de la Villa y Corte, pues me recuerda ésta un largo período de mi vida, el más risueño y preñado de aventuras, mientras que, *extranjero* en Bilbao (lo dejé, ó *me lo hicieron dejar* de muy pocos meses), no hallo aquí nada que me ligue al pasado, ningún sitio ó lugar que despierte en mi memoria felices imágenes de otro tiempo. Bilbao no evoca en mí ningún recuerdo; Madrid los provoca á borbotones.

Pues á pesar de lo que voy diciendo mis simpatías corren irresistiblemente por Vizcaya. Nuevo en Bilbao, encuentro en las márgenes del Nervión un florecimiento industrial tan gallardo, manifestaciones de riqueza tan pujantes y hermosas que no pueden por menos de encariñarme con esta tierra.

Aquí, en el Norte, hasta las gentes tienen otras trazas que en el centro de España. Es aquí frecuente el organismo robusto, la complexión hercúlea, el color sano; mientras que allá, por las Castillas, hombres y mujeres acusan palpables muestras de empobrecimiento y raquitismo, desde la capacidad torácica, desmedrada y hundida, á las marchitas coloraciones de la piel. Hay más aún: la energía vital de los indivíduos, la poderosa savia que les nutre, diríase que se comunica en la región Cantábrica á los pueblos y á los organismos sociales, rientes aquellos, sanos estos; del mismo modo que el humor morboso que circula por las venas y arterias de los madrileños envicia y pudre el cuerpo social de nuestra frívola Metrópoli y parece que baña los cuarteles malsanos de la Corte. Después de visitar á Bilbao ya no choca, ya se explica el regionalismo y los *fueros* de estos habitantes, tan laboriosos, tan emprendedores, tan filial y hermosamente apegados al terruño en que nacieron.

Desde cualquier punto que se le considere, Bilbao es un pueblo sin rival en España. Sólo puede admitir la competencia de Barcelona, que es otra sobresaliente excepción, la otra mosca blanca que nos enorgullece y podemos mostrar ufanos. Viniendo por mar, apenas la quilla del buque

rompe las espumosas olas del Abra, salta á la vista el poderío fabril de la próspera hija del Nervión. En el fondo de la placentera bahía, que embellecen por un lado el bermejizo caserío de Santurce y Portugalete, y por otro las pintorescas barriadas de Algorta y Las Arenas, se dibuja borroso aún, el atrevido puente de Vizcaya, cuyas graciosas torres suben á 62 metros y de cuyo tablero, á 45 de altura, pende un tren, en continuo movimiento de traslación. Por encima del puente asoman las cien chimeneas de los altos hornos, de los astilleros, de las diversas fábricas que no cesan de vomitar productos, y confusamente, al través de la niebla gris que produce la combustión, el llamear de los hogares y fraguas, se vislumbra lo más recio del poblado, los caserones que forman en las avanzadas de este.

Pero si visto desde el Abra, Bilbao, en conjunto, sorprende felizmente por lo atrevido de sus construcciones y las señales que de su actividad y de su nervio advertimos, regocija más aún cuando se remonta el curso del río y poco á poco se descubre y aparece cada detalle por separado La entrada del Nervión, como si no estuviera bastante realzada por el famoso puente que es feliz alarde de la moderna ingeniería, ofrece á una y otra margen doble fila de coquetonas

viviendas, que ya muestran sin recelos las gallardías de su arquitectura, ó ya la esconden entre los macizos de plantas y la frondosidad del arbolado. Sigue á los lindos *chalets* un caserío más humilde; á los muelles de asfalto otros de sillería, y conforme el cauce de las aguas se mete más y más tierra adentro salen al paso obras de más empeño, revelaciones más patentes de la voluntad y el poderío de los hombres. Por aquí un tranvía de sangre, en la opuesta orilla uno de vapor, por la ladera de un escarpado monte se escurre un ferro-carril de viajeros, que parece milagrosamente suspendido en los aires; de la cúspide de un cerro baja un tren de mineral, trepidando bajo el peso de la metalífera carga. El estertor de las locomotoras se confunde con el resoplido de las máquinas fijas, montadas en los talleres, con el vibrar de las válvulas de los buques de vapor, con el traqueteo de las poderosas dragas, con el crugir de cadenas de las gigantes gruas. El chorro de agua vaporizada, fuerza motriz y alma de las empresas mercantiles de todo un siglo, interrumpe en la cuenca del Nervión, perpetuamente, el silencio armonioso de la naturaleza, se escucha por ría, monte y llano, saliendo de las entrañas, del navío atracado á los muelles, de las calderas de la locomóvil que arrastra un tren

de los tubos por donde respira el mecanismo de una fábrica, de la trabazón de un brazo de hierro.

Si el movimiento es vida y por el movimiento puede juzgarse de la vitalidad y el poderío de un pueblo, aseguro yo que Bilbao sobrepuja con mucho á Barcelona—por la que también siento hondas y perdurables simpatías—El trajín en que se agita esta raza ciclópea es tan vertiginoso que sólo puede darse de él remota idea diciendo que lo sostienen una intricada red de ferro-carriles secundarios, que circulan sin tregua, y no sé cuántas líneas de vapores, en sempiterno navegar, en incesante trabajo de importación y exportación. Más de ciento veinte buques, movidos á hélice, hunden hoy las uñas de sus anclas en el lecho del rio y arrojan sobre los muelles miles de toneladas de carbón mineral, voluminosos fardos, grandes pipas, cajas que sólo un Sansón podría mover ó recibir á cuestas; buques que, al tiempo de alijerarse de la mercancía que importaron, cargan en sus bodegas lingotes de hierro, carriles de acero, rollos de alambre, masas informes de arcilla mezclada con metálicos óxidos: cuanto constituye la riqueza exportable de esta provincia, con quien tan pródiga se mostró la Suprema Gracia.

Porque forzoso es decir que los hijos del país eúskaro tienen mucho que agradecer á Dios, por haber nacido en tan prodigioso suelo. Así como en otras comarcas, la tierra, estéril y anémica, necesita de adobos, mejunges y artificios para producir algún esquilmado fruto y perder la fria austeridad de lo estéril, en la dichosa cuenca del Nervión muéstrase naturalmente con todas las gallardías de la mujer prolífica, con todos los explendores de la hembra fecunda. Atenta al bienestar y al enriquecimiento y á la fortuna de sus hijos, les nutre con las propias entrañas, que se deja desgarrar y extraer complaciente y sumisa, y aun después de prestarse generosa á la cruel mutilación, sonrie placentera y les estrecha, suave, sobre el mórbido seno. Digámoslo sin *metáforas*: Vizcaya es un filón riquísimo, un mar de hierro petrificado, una mina sin fondo capaz de abastecer todas las forjas y fraguas de la tierra. Y como si esto no fuese bastante, Vizcaya es, además, un fértil oasis, un jardín que seduce por lo ameno de sus bosques y por lo vario de sus cultivos. Es tan venturosa y afortunada esta región, que aquí donde no ya el subsuelo sino el mismo suelo debe ser magma compacto de arcilla ferruginosa ó de cualquiera de esas *hematitas*,

limonitas, esferosideritas y *marcasitas* que tan caprichosamente han bautizado los que se ocupan en el estudio del reino mineral; es tan privilegiada esta región, que aquí, repito, donde la corteza terrestre es no más que hierro y ganga del hierro, se realiza el milagro de que sobre una vena metalífera se apoye un ramillete de plantas, de que entre las descarnaduras y las ronchas de un filón magnético prendan sus tentáculos y arraiguen con brío las especies que proporcionan sustento al hombre: la vid, el castaño, el nogal, los melocotoneros y manzanos, las hortalizas: todos los vejetales cuyo frutos, ó *en rama,* salen á nuestras mesas. Que no se devanen más los sesos los filósofos sutiles que con argucias y razones alambicadas quieren demostrar *la existencia* del milagro: aquí tienen uno bien manifiesto, que salta á la vista del más topo ó descreído: el que realiza la naturaleza en Vizcaya; el que acabo de señalar!

—

Creo yo — lo diré sin rebozo — que *el aspecto* elegido en esta crónica para presentar á ustedes la región vizcaina, es el más interesante, el que ofrece algo de substancia.... y el que más debe compla-

cer á los bilbainos. Sin meterme en honduras de ningún género, pude haber salido airoso de la misión que al escribirla me propuse cumplir, trazando, ó pintando, mejor dicho, una *acuarela bilbaina*, con sus toquecitos de verde, azul y rojo. Pude haber hablado, nada más, de la maravillosa campiña de Vizcaya,—en florida primavera aún—de los paisajes de esta bizarra región éuskara, de la luz del cielo de mi tierra. Pude, en vez de este *bloque* de Bilbao, que doy á ustedes, presentarles cosa más acabadita y perfilada. Para esto me hubiera bastado describir menuditamente Bilbao—que es lindo y menudito,—hablar de sus microscópicos paseos, de sus plazas y puentes, de su *hotel de ville*—que es una monada,—de sus templos y monumentos, de su teatro, de la Universidad, de la *ascensión* á Begoña, de este santuario—que orgulloso contempla la villa cobijada á sus piés,—y de cuantos edificios públicos y particulares presentasen alguna singularidad. Pero nada de esto diría á ustedes lo que es Bilbao, ni revelaría en su fase más digna de atención á la industriosa Vizcaya;—*aspecto* que tampoco tengo la arrogancia de haber señalado y *tocado* como se merece. De todos modos, estoy convencido de que, al proceder de esta manera, he hecho más por la villa donde nací que si asiéndome del brazo

del lector le hubiese llevado por plazoletas y jardines, ú obligándole á subir á Begoña le metiese conmigo en el ferrocarril de Lezama—¡*el ferro-carril de los muertos*!—y le hiciera volar por vertientes y cimas donde á cada paso le asaltaría el temor de que descarrilase y se despeñara el tren. Aunque creo estar seguro de esto, podría también equivocarme: si es así, ya pueden perdonármelo los vizcainos, mis paisanos... porque conste que mi intención era sana y plausible.

Bilbao á 7 de Septiembre de 1894.





LAS MANIOBRAS MILITARES



L ejército está hoy en boga. Desde que se anunciaron las maniobras militares de otoño, celebradas casi al mismo tiempo que en Castilla la Nueva en Aragón y Andalucía, parece que España se dispone á un *alarde de fuerza* ó que nuestra patria está llamada á figurar en una conflagración de poderes: diríase que se nos viene encima alguna guerra y que estamos en el prólogo de la campaña. No sólo los periódicos dedican lugar preferente á la milicia, sino que todas las conversaciones versan sobre asuntos que tienen que ver con las armas. El telégrafo funciona y trasmite partes en que salen á relucir

regimientos, baterías, escuadrones; en que se *dá cuenta* de marchas, contramarchas y racionamientos de tropas; en que señalan los valles y desfiladeros donde han de venirse á las manos los que empuñan el fusil, ó que hablan de acuartelamientos y jornadas solamente. Despierto el espíritu militar, que suele vivir adormecido aun en los más intrépidos ciudadanos, la gente sigue con interés las peripecias de estos simulacros de combate que han de revelar al país el grado de instrucción de nuestras tropas y la pericia de los jefes que las mandan. Sin exajerar puede decirse que huele á pólvora, que todos nos sentimos hoy algo soldados.

En Madrid, aun no leyendo lo periódicos ni tratándose con nadie, era fácil presumir que el ejército se apercibía á alguna empresa extraordinaria. Por los sitios más céntricos bullían oficiales en traje de campaña; frecuentemente, al cruzar una plaza, nos sorprendía, de pronto, el paso de un batallón, cubierto de polvo; otras veces el galopar de caballos anunciaba á los vecinos el desfile de los húsares ó dragones, de vuelta de un paseo militar. Sables y estrellas relucían por todas partes.

—

Trasladándose al lugar de las manio-

bras, á los pueblecillos de las vertientes del Guadarrama y á las estribaciones de esta indomable cordillera, hallábamos aldeas, llanuras y colinas militarmente ocupadas. Por el camino que de ordinario sólo lleva la destartalada carreta de bueyes, ó el rústico á quien le saca de su choza algún negocio urgente, se desarrollaba, culebreando, una columna de infantes cuyas bayonetas resplandecían á los rayos del sol. En la planicie de una altura chispeaban los cascos, bruñidos, de un grupo de ginetes; sobre la blanca cinta de una carretera corrían, dando tumbos, los convoyes de la Administración militar y los furgones de las ambulancias. Hallábase pueblos por cuyas plazoletas discurría la tropa en patrullas; caseríos donde descansaba un cuartel; más allá un campamento, con sus tiendas de lona; por otro lado las nube de polvo que, al rodar, levantan la baterías: el ejército desparramándose por vegas, valles, alturas y vericuetos, invadiéndolo todo, llevando á los rincones más tristes y umbrosos de la serranía el rebullicio, simpático, de la vida militar.

Para los pueblos del Guadarrama,—pueblos pobres, tristemente petrificados por el soplo que baja de los ventisqueros y de las cumbres que corona y engalana la nieve,—las evoluciones ejecutadas estos

16

días por el primer cuerpo de ejército han sido algo más que una función de pólvora, puesto que el paso de las tropas no sólo les llevó regocijo y animación y vida sino un caudal de plata que les habrá sacado de apuros y que aprovecharán este invierno. Por donde fué el ejército circuló también una corriente de dinero, que los campesinos se disputaban como pan bendito, celebrando su presencia, y la de los batallones, con vítores y palmoteo, con vocerío y júbilo estruendosos.

—

Desde Madrid á El Espinar—en cuyo valle debía celebrarse el simulacro de batalla que pusiera término á las maniobras del primer cuerpo de ejército—las tropas han marchado por etapas, alojándose, sucesivamente, en las Rozas, Galapagar, Torrelodones, Villalba, Collado Mediano, Cercedilla, Los Molinos, Villamartín y algún que otro lugarejo de mala muerte. Los setenta y tantos kilómetros que separan la capital de España del Espinar, han llevado al ejército tres ó cuatro días, pues no había para qué rendir al soldado ni abrumarle ó aspearlo con marchas excesivas. Echarse al coleto una veintena de kilómetros diariamente es ración muy cum-

plida cuando imperioso deber no llama con premura á un punto fijo. De este modo el soldado llegó siempre fresco á los parajes donde debia pernoctar y se presentó en el teatro de la batalla entero y boyante, como si acabara de salir del cuartel.

—

Como no es mi intención describir *al detalle* las maniobras, pues ni dispongo de espacio para ello ni soy escritor militar, observarán ustedes que sólo abarco grandes puntos de vista, que permitan á los lectores de *La Oceania* formarse concepto general, en globo, de lo que han sido estos simulacros. Ya por los recortes de la prensa de aquí que publique la de Manila, conocerá ese público al por menor todo lo que ha pasado, y sabrá —si le interesa y lee—qué generales han dirigido á las divisiones, el número de éstas, el de los regimientos que las componían, quiénes mandaban los batallones y la situación respectiva de unos y otros. Sin embargo, no debe ahí tomarse al pie de la letra lo que dicen los periódicos noticieros de Madrid, pues compulsando lo escrito por dos ó tres se advierten en seguida contradicciones manifiestas, como la de señalar la presentación de una bri-

gada, en el campo de operaciones, á hora y por lugares distintos, ó la de atribuir á una columna determinada diversa situación en un momento dado. No es esto sólo: mientras que por unas relaciones de la prensa de Madrid, se viene á sacar en consecuencia que el papel más importante en las maniobras lo desempeñó la división *tal*, pues exclusivamente á ella se nombra, de la lectura de otras deducimos que la *tal* división debió quedar abandonada en algún barranco ó escondrijo del bosque. Cada corresponsal ha comunicado á su periódico, verdaderas ó falsas, las noticias que recojía, así como cada uno señaló y puso en lugar preferente al jefe ó amigo que más cariñosas atenciones le dispensaba. Este punto de vista no debe tampoco pasar inadvertido para el público de ahí, y por esto lo pongo de relieve.

—

El día 24, en que se celebró la simulada batalla, amaneció nubloso y desapacible. Cuando, á las seis de la mañana, me dejó el tren de Segovia en el escampado del Espinar, corría un gris más propio de Enero que de Septiembre. Por encima del Guadarrama, cubriendo los picachos, asomaban

la gaita obscuros nubarrones, prontos á resolverse en lluvia. En el fondo del valle, el pueblo de Espinar, á nueve kilómetros de la estación, manchaba con el ocre de sus campanarios y viviendas el magestuoso tapiz de la floresta. No se veía ni un soldado, ni aun con el auxilio de los gemelos de campaña. Solamente cuando nos encontrábamos á poco más de un tiro de fusil del pueblo, se divisó, en la carretera del Espinar á Segovia, relampagueo de cascos y sables, sobre una masa moviente, que ofrecía las ondulaciones de un hormiguero: era un escuadrón de caballería apercibiéndose á practicar la descubierta. El cuartel general, con los generales López Dominguez y Bermúdez Reina á la cabeza, nos salió al paso, y por indicación de algunos de los oficiales que en él formaban, le seguimos hasta situarnos en el cerro de Estepar, desde donde se comprendía enteramente el campo de las maniobras. Entonces, como si surgieran por sobrenatural evocación del fondo de las simas y gargantas, vimos aparecer regimientos que se dirigían á la llanura, escuadrones á todo el galopar de los brutos, baterías que saltaban de peña en peña con formidable estrépito. El estampido del cañón anunció á poco la ruptura de *las hostilidades*, y desde aquel

momento hasta la una de la tarde, no cesó el disparar de piezas y fusiles: á las descargas cerradas de los infantes sucedía el ronco tronar de los cañones, vomitando coronas de humo.

—

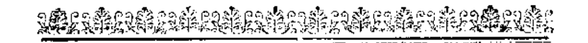
El espectáculo presentaba una hermosura cuyo deleite no sé si todos podrían saborear. A trechos la llovizna y el viento soplaban con furia, pero nos empapábamos á gusto, sin advertirlo casi, puesta toda nuestra atención en las vicisitudes del combate, que á poco de empezar se libraba en una línea de cinco kilómetros, próximamente. Desde el cerro de Estepar dominábase en conjunto el gran escenario por donde corrían los ejércitos. Enfrente teníamos las *posiciones enemigas*, imposibles de distinguir sin el auxilio de los gemelos, que orientábamos al fogonazo y el humo de los disparos; á derecha é izquierda, las dos alas del ejército vencedor, que avanzaba sin cesar, y en el fondo del valle, la fila extensa de los tiradores, ondulante y flexible como curso de agua. Si las luchas armadas de nación á nación no llevaran consigo el luto y la muerte, y el despojo del vencido, y el aniquilamiento de la industria, sería cosa de provocar-

las, como *gimnasia* de los pueblos. Yo estoy seguro de que los que han tomado parte en estas maniobras militares, al volver á sus casas se sienten más sanos, más vigorosos, más fortalecidos, más hombres que al salir de ellas. Y el que sucumbiera en los azares de esta vida, bien muerto estaba, ¡qué demonio! Favoreceríamos lo que los transformistas llaman la selección natural, como allá, en las remotas edades, la favorecieron los espartanos, me parece, más bruscamente todavía.

La impresión que de estas maniobras han sacado los generales y el público, es lisonjera, es buena. Nuestro ejército se perfecciona é instruye á ojos vistas. Todas las armas han *rayado á envidiable altura*, pero tal vez—y sin tal vez—la artillería es la que ha dejado mejor puesto el pabellón.

Segovia, á 25 de Septiembre de 1894.





ANTES DE EMBARCAR



E Madrid salimos hace pocos días, echados por el frío, que ya empezaba á molestar. Hacia mediados de Septiembre un amanecer despertó el Guadarrama con sus picachos ceñidos por turbante de nieves y el termómetro descendió en la Corte á cinco grados, temperatura más propia del mes de los *nacimientos* que del mes de la *feria*. Los madrileños se hacían cruces; la prensa, apoyada en el parecer del Observatorio, señaló *el caso* como fenómeno nunca visto. Salieron á luz los gabanes recios, los trajes de mucho cuerpo, las capitas toreras.... y no sin motivo ¡caracoles! Otros años ocurre que las *pañosas*

aparecen en las calles antes de tiempo; se advierte en algunos prurito de lucir la capa, de envolverse en la clásica prenda española; en el actual el invierno se anticipó á los abrigos, la estación cruda á las precauciones de los frioleros.

Desde ese día, en que el sol se obscureció, la prensa tembló y las capas *resucitaron*, las mañanitas y las noches de Madrid tienen mucho de desapacibles. Los que hasta entonces buscaban el dulce bienestar de la sombra en la acera del Suizo y de la Equitativa, en la calle de Alcalá, se han pasado *al moro:* al *pinar de las de Gómez* y al paseo de Recoletos, muy asoleados y templaditos de diez á doce. Los días de fiesta, después de la misa y antes de la misa—porque en Madrid la misa es un pretexto para emperejilarse y exhibirse—bajan los *fieles* y los *curiosos* á Recoletos: *ellas hechas* unos brazos de mar, por lo elegantonas; *ellos hechos* unos paquetes. De la mañana á la tarde Recoletos *da un cambiazo:* hasta el medio día lo llena y ocupa el Madrid *de tiros largos;* á la caida del sol *el quiero y no puedo* que tanto abunda en la famosa y coronada villa. Así que anochece, la gente huye y se refugia en los sitios céntricos—la Puerta del Sol, el primer tercio de la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, la intransitable

calle de Sevilla—más abrigados y apacibles. Pero aun cuando por la Puerta del Sol pase el gentío á borbotones ya no se levanta de su seno la nube, el vapor caliginoso que flotaba por encima de las techumbres en el atardecer de las jornadas de Julio y Agosto.

En previsión de que el frío apretase más de lo justo, di la última mano á los negocios que me retenían en la Corte y, el 30 de Septiembre, tomé la ruta de Barcelona, mejor diré la de Valencia, desde donde me dirigí á este puerto por la *línea* tendida al borde del Mediterráneo.

Mientras rodó el tren por las llanuras del centro de España no estorbaron las mantas de viaje ¡Ni cómo habían de estorbar si no faltó viajero que echase de menos el calorífero! A media noche desperté sobresaltado al notar que se abría la portezuela del departamento y que, al tiempo de abrir, gritaba un hombretón fornido:—¡Puñales y navajas! —¡Puñales....con el modo de ofrecer la mercancía!—exclamé yo, dando un respingo sobre el asiento. Estábamos en Alcázar de San Juan, y desde entonces hasta que amaneció no di cuenta de mi persona.

A la sazón corría el tren por la provincia de Albacete, cuyos pueblos, tristes y pelados, contrastan marcadamente con el gen-

til caserío, con la campiña risueña y fértil de la valenciana región. No tuve necesidad de consultar el mapa ni la Guía de ferro-carriles para conocer el momento en que la locomotora traspuso los límites de la comarca á que da nombre la ciudad del Cid. En cuanto se metió por esta, el paisaje y el cielo desplegaron á una sus maravillas y mercedes, sus galas y dones, desde la verde y mullida y perfumada túnica que viste la tierra al radiante dosel del firmamento.

La provincia de Valencia es una hermosura en esta época, pero aún lo es más cuando florece el naranjo y cubre el verdor de estos jardines, con su manto de armiño, el aromoso y deslumbrante azahar, ò cuando el fruto ya maduro destaca sus botones de fuego entre las esmeraldas del follaje. Ahora el lozano verjel de la vega levantina no luce más que el verde esmalte de sus cultivos y sus bosques, que la gracia de sus lindos y pulquérrimos poblados. Como feliz reminiscencia de otras latitudes y otras floras, suele descollar, por encima de las azoteas y los torreones de algún caserio, el penacho de las palmeras dactilíferas, y en las lindes de los huertecillos y senderos la sombrilla florescente de los *ponos* de pita y la punzante carnaza de los brazos oblongos del nopal. Acequias, canales,

surcos abiertos al través de las heredades distribuyen por todo el término de este paraiso las bienhechoras linfas que han de prestar jugo y sustento á las plantas, que aun en los más dichosos paises de Europa no basta á la tierra el sudor de la frente del hombre.

—

Entre hacer como que pasé, por Valencia, *de largo*, y decir la verdad—que estuve cinco días en Valencia,—no sé á qué carta quedarme. Lo primero no obliga á nada; *lo otro* sí: á contar—ya que no *á cantar*, pues ¡ay! no soy poeta—lo que en la ciudad del Turia vieron estos ojos que se ha de comer la tierra. *Lo gordo* consiste en que de Valencia ó se ha de decir mucho.... ó si no más vale callar. La patria del recluso de Brujas, del filósofo y restaurador de las letras Juan Víves, de los ilustres botánicos Rojas Clemente y Cavanilles, de los preclaros pintores Juan de Joanes, Victoria y Espinosa, del político y tribuno de la Iglesia San Vicente Ferrer.. y *casi* de San Francisco de Borja y de Ribera y de Ribalta—que si no nacieron en el mismo Valencia les faltó poco;—la cuna de tantos varones esclarecidos quiere algo más que cuatro palabras, y hoy no me encuentro con fuerzas ni humor

de escribir otra cosa. Sólo *el catàlogo* de los valencianos célebres ocuparía el lugar de una de estas crónicas: tantos son. Además de los ya dichos recuerdo á *los Arolas* —el vate.... y "el valiente general", que no es moco de pavo—á Jordi y Ausias-March, á Sorolla y.... á Perís Mencheta, el más famoso noticiero de la España moderna. Comenge es también un valenciano que se pasa de listo.... y por poco se me queda en el tintero. En fin... ¡*conste* que no me atrevo con Valencia, que me parece mucha carga para hombros tan débiles como los mios!

Pero no porque me achique voy á dejar de decir que Valencia es una de las poblaciones de España más interesantes y merecedoras de ser conocidas. Hay alli mucho que ver en plazas, paseos, edificios públicos y particulares, jardines, sociedades, museos, fábricas y... mujeres El mercado de flores es un pomo de esencias; el Miguelete un *mirador* maravilloso—á 51 metros del suelo—desde donde se abarca á vista de pájaro la ciudad—que observada así tiene sus ribetes de muslímica,—la Albufera, los frescos oasis de verdura que embellecen el despoblado, el mar azul, que ciñe con diadema de zafiros la alabastrina costa; los Santos Juanes un templo que podría competir con un mu-

seo de pinturas; la Lonja un punto de contratación y un *libro* cuyos consejos salomónicos—y digo esto por la famosa inscripción de sus paredes—debieran constituir el *credo* de todos los comerciantes; el Grao una playa marmórea—por lo blanca,—segura, limpia, en que las olas juegan con la arena dulcemente; la calle de Zaragoza *un coche parado;* la Alameda un jardín que medirá un kilómetro, ó poco menos, con fuentes monumentales, árboles frondosos, floridos *cuadros;* el Turia un río con muchos puentes, un cauce *que hasta allá* y un hilito de agua... Pero ¡tate! noto que sin querer estoy metiéndome en harina.

Valencia no sólo tiene fama por todas esas cosas sino por *su feria*, por la *valenciana*—ese arroz que es un *título nobiliario*,—por la fresa y por la luna á que da nombre: *la luna de Valencia*, que es la de las esperanzas... fallidas,

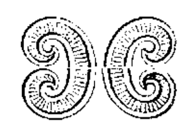
Y ahora sepan ustedes, por si no lo conocen, que el ferro-carril del litoral, el que se tiende entre Valencia y Barcelona, es *un sueño de moro:* bosques de naranjos. de olivos, de adelfas; de cuándo en cuándo una gentil palmera, una fontana que corre mansamente, un pueblecillo blanco, pero tan blanco que deslumbra, y luego el mar, el acariciador Mediterráneo, que á veces

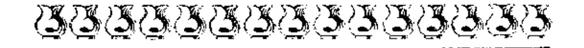
envía el encaje de sus espumas hasta los carriles por donde pasa el tren.

¡Qué trabajo me cuesta *desprenderme* tan pronto de todo esto, dejar esta primaveral y ensoñadora costa del levante para volver á ese país, hermoso también, pero de hermosura más bravía, más selvática. Aquí el paisaje arrulla; en Filipinas la naturaleza impone con su magestuosa exuberancia.

Y ya está echada la suerte: con el billete en el bolsillo espero que suene la hora de embarcar para trasladarme al *Isla de Luzón*, el seguro trasatlántico que en la tarde del 12 del corriente zarpará de este puerto con rumbo al de Manila.

Barcelona á 9 de Octubre de 1894.





¡CANELA FINA!



A estamos á bordo del *Luzón* y hace cerca de dos días que salimos de Barcelona.

En cuanto pisamos la cubierta del buque un camarero se acercó á nosotros para decirnos con toda reserva:

—Tenga Vd. cuidado con los niños.

—No los gasto para viajar—le dije con candidez:—prefiero las maletas á los chiquillos.

—Si no lo digo por los de Vd. sino por los que vienen á bordo—replicó el servicial funcionario de la Trasatlántica.

La advertencia no carecía de fundamento: según he averiguado más tarde el Gobierno dispuso, á última hora, que sólo

se concediera pasaje en este buque á las personas que tuviesen acreditada la fecundidad y que viajasen en compañía de su costilla y vástagos, así es que vienen en el vapor tres ó cuatro docenas de matrimonios que más parece que salen de España á repoblar una isla desierta que á administrar justicia, manejar los fondos locales ó verter la sangre por la patria en Filipinas.

—¿Cuántos tiene Vd.?—se le pregunta á un padre de familia delgaducho, anémico y mal trajeado, que tiene todo el cariz de un sujeto incapaz de hacer cosas malas.

—¿Yo? Catorce y dos en cartera.

—¿Cómo?

—Sí, señor: mi mujer se reproduce por *ambos* y sería una chiripa demasiado feliz que ahora rompiese con tan pícara costumbre.

Del tenor de este padre son todos los que viajan en el *Isla de Luzón*: además de los que llevan á la vista ocultan dos ó tres chiquillos en el regazo de la señora, con el fin de defraudar los intereses de la Trasatlántica, que se engulle las raciones de armada de los niños de pecho.

Ahora, que se sabe los que lleva cada cual á fuerza de preguntas y de indiscretas indagaciones, porque á ningún padre se le vé aquí rodeado de sus pequeños. Estos han caido sobre el buque como una

plaga y campan por la cubierta, por la toldilla, por el salón, por los camarotes y hasta por los retretes como por país conquistado. Los padres les dejan hacer y ni los vigilan ni los escarmientan ni los reprenden: yo creo que algunos experimentarían un placer infinito si á la hora de sentarse á la mesa notaran la falta de media docenita de los suyos.

—Mire Vd. que su hijo Pepín vá á romperse una costilla ó á caerse á la bodega por cualquier agujero de la cubierta—se le dice á un padre para que ate corto al peor de sus engendros. Y el papá contesta flemáticamente:

—¡Qué se ha de caer, hombre: nó caerá esa breva! Si yo lo que estoy pidiendo á Dios es que se rompa un hueso de los más necesarios para la vida.

Ayer gritó un guasón, con ánimo de alarmar á los muchos padres que vienen á bordo:

—¡Niño al agua!...

Y sólo dos ó tres solteros se abalanzaron á las muras del barco y pusieron en danza á la tripulación del buque.

Y es que la mayor parte de los padres se hacían esta reflexión —y se quedaban tan tranquilos:—

—Uno de los mios no es ¡Buenas uñas tienen los mios para no agarrarse á cual-

quiera parte! Y si es uno de los mios ya saldrá, porque mis hijos están acostumbrados á no ahogarse en poca ni en mucha agua.

Con este modo de pensar, que es común á todos los padres, ocurre que no son estos los que pagan las consecuencias de acostarse con niños, sino los infelices que viajan por partida suelta ó por *partida* sin sucesión.

Los chicos entran en nuestros camarotes y escalan las literas con estrépito, jugando á moros y cristianos en Mindanao; se comen las pastillas de jabón que encuentran en los lavabos, y las barras de cosmético para el bigote; se beben los frascos de aguas dentríficas, y echan los zapatos por las ventanillas para ver cómo flotan sobre la superficie del mar.

Á lo mejor abren ustedes una maleta y hallan dentro un niño, que duerme tranquilamente, chupando una cartera de piel de Rusia á la que ya le falta un trozo; otras veces van ustedes á ponerse un par de botas y al meter el pie derecho tropiezan con un obstáculo, blanducho y caliente, que al sentir la presión empieza á lanzar gemidos y á llamar á sus padres á grito pelado, como si lo estuvieran matando; por último, se ha dado el caso de acostarse un hombre solo y ama-

necer entre seis ó siete angelotes, gordos y sucios, que le estaban lamiendo los calcetines.

—¡Qué familia es ésta?—preguntó nuestro hombre furioso y lívido.

—La de Pérez Mínguez—le contestaron—que anoche no pudiendo aguantar el calor que le daban sus hijos, los despachó á punteras del camarote y se metieron en este huyendo de la quema!

Cuanto llevo dicho lo apunto para que se vea que en el mar no suelen ser los padres de familia los que pagan los vidrios que rompen sus descendientes.

—

De familias *prolíficas* y de matrimonios que vienen á pasar en los mares la luna de miel se compone casi exclusivamente el pasaje que lleva este trasatlántico.

Así es que cuando los niños de los demás le dejan á uno un momento tranquilo y vamos á coger el sueño en la litera ó sobre una butaca, en la toldilla del buque, nos hace abrir el ojo el arrullo de dos tortolitos, que llega á nuestro oido al través del tabique medianero ó directamente de la perezosa que tenemos por la espalda.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—Pues dame un dedo.

—¿Me amas?

—Te amo.

—Pues dame la mano...

A este tenor hay quien se pasa el día pidiendo cosas á su mujer en las mismas barbas de todos sus combarcanos.

A otros les da más por lo sublime todavía:

—¡Luz!

—¡Pichón!

—¡Estrella!

—¡Lucero!

Hay que advertir que el lucero suele ser un *gachò* con veinte años en cada pierna y unos pelos que le arrancan de los mismos párpados y le caen hasta la boca del estómago.

—¡Vida!

—¡Ay!...

—¡Nena!

—¡Ay!...

Este duo se sostiene entre una pareja cuya señora está siempre en un puro *ay*. Pero todavía no hemos podido averiguar qué es lo que le duele á esa chica.

Otro par de novios no se entienden por medio de palabras, ni por obras, al parecer, sino por miraditas incendiarias y un tanto húmedas.

El, cuando mira á su señora, le dice con los ojos:

—¡Cielo, te comería!

Y ella, que es una hambrona, le contesta con una ojeada en que parece *latir* la siguiente frase:

—Y yo á tí también; pero con muchísimas patatas.

Estos matrimonios, que pasan la vida arrullándose mientras el mareo no les hace echar las tripas, resultan completamente inofensivos para todos sus combarcanos. Ellos se lo guisan y ellos se lo comen, y el que toma vela en la función es porque se arrima demasiado y por meterse donde no le importa.

No falta á bordo, sin embargo, quien mira con muy malos ojos á las enamoradas parejitas.

—Desengáñese Vd. esto tiene que acabar mal—afirma una señora de *Cái*, que está siempre enroscada como una pescadilla.

—Déjelos usted que acaben como quieran ó como puedan—la dicen, creyendo que se refiere á los matrimonios que viajan comiendo melón.

—Sí, pero es que también acabarán con nosotros; ya lo verán ustedes. Barcada de novios, naufragio seguro, ó chubascos y turbonadas, por lo menos.

Ante vaticinios tan pesimistas y desconsoladores, la gente empieza á mirar con prevención á los recién casados que van á Filipinas, y algunos pasajeros les han dicho respetuosamente:

—¿Quieren ustedes comprimirse un poco?

—¿Por qué?—preguntaba una pareja á quien ya han sorprendido besuqueándose por todos los rincones del barco.

—Porque la mar es una señora de muy malas pulgas y que no tolera, sin enfurruñarse, ciertas bromitas.

—¿De veras?

—Pueden ustedes creerlo. Y de continuar así tengan por seguro que no llegamos á Filipinas, pues seremos pasto de los tiburones ó encallaremos en alguna isla desierta.

Al oir esto la recién casada suspira y exclama:

—¡Una isla desierta!... ¡Ay, qué gusto!

Y por poco el *interlocutor* la tira algo muy contundente á la cabeza.

—

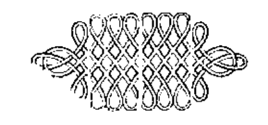
Lo que yo digo es que podrá ser verdad eso de la mala sombra de los recién casados y que tropecemos el día de mañana en algún bajo ó que seamos pasto de los bonitos, pero la desgracia tremenda está

por venir aún, pertenece á lo futuro y probable, mientras que al presente sólo las criaturas nos hacen fastidiosa y molesta la navegación y nos soban y se nos suben á las barbas.

Los novios... ¡Los novios se entienden y bailan solos!

Pero los chicos... ¡Con los chicos es imposible que pueda entenderse nadie!

Vapor "Isla de Luzón" á 14 de Octubre de 1894.



PUERTO SAID



STAMOS en Egipto. Pero ni Pirámides, ni esfinges, ni zancudas sagradas, ni odoríferas flores de loto, ni momias, ni inscripciones geroglíficas, ni sacerdotes del templo de Isis, ni hombres vestidos á lo Radamés, ni mujeres prendidas á la manera de Amneris delatan la región del Nilo. Para encontrar aquí algo que nos hable de la tierra de los Faraones y nos recuerde el Egipto... de *Aida* (que es al que refieren sus noticias egiptológicas casi todos los viajeros) hay que acudir á los muestrarios de fotografías que exhiben en los escaparates de algunas tiendas, y á los picoteados sellos de correos, que

reproducen las más cacareadas maravillas de este país: las Pirámides, que el tiempo apenas mella; las esfinges, de labios corroídos por la carcoma. Aparte de esto, nada en Puerto Said os trae á la memoria las ricas decoraciones con que suele ponerse en escena la inspirada y original ópera de Verdi: el Egipto fantástico que desde pequeños llevamos metido en el meollo. En el que estoy, en este poblachón *nacido* como planta de estufa á la embocadura del canal que ha inmortalizado el nombre de Lesseps, los elementos típicos y propios desaparecen enmascarados por los extraños: por el francés, cuyo comercio y cuya lengua imperan; por el inglés, que ejerce protectorado ó tutela de que tarde ó nunca se verán libres los egipcios.

El elemento galicano se descubre poderoso y casi absoluto en el aspecto de la ciudad, que cualquiera confundiría con un puertecito francés del Mediterráneo; en el trato de las gentes, dulzón y cortés y humilde con los extranjeros á quien pueden sacar algunos francos: el británico sólo se advierte en el uniforme de los *policemen*, en el vestuario del ejército, calcado sobre los moldes del que lucen los batallones de la Gran Bretaña. Las gentes de *Port-Said*, europeos ó indígenas, tienen siempre para el viajero

una sonrisa amable, una oferta en los labios, un ademán servil: cuesta Dios y ayuda desembarazarse de los pegajosos moscones que ya á bordo, antes de desembarcar, os acosan y aturden con sus zumbidos; evadir los saludos y las zalamerías de los comerciantes que acechan desde los umbrales de las tiendas el paso de los forasteros. La policía, en cambio, ofrece la *tiesura*, la gravedad, el serio continente, el *estoicismo* de la policía inglesa. Cosa rara: en Puerto Said los ingleses, *tan prácticos* en todo, se limitan á ejercer la influencia del adusto señor ó del calmoso consejero, mientras que los hijos de las Galias imponen su lengua, sus costumbres, sus hábitos y su comercio, que medra y sube á medida que la población crece, el tráfico aumenta y las necesidades se acentúan. Italia, aunque en menor escala, también envía mercaderes y productos á esta colonia extranjera que en África ha prendido con tal suerte.

—

Planta exótica ó de invernadero, población surgida de la nada alrededor de cuatro barracones levantados para oficinas de la empresa del Canal de Suez y albergue de algunos empleados de ésta, Puerto Said carece de edificio ó monu-

mento que rompa los moldes de la arquitectura europea, y obedece á un plan de urbanización enteramente occidental. Si por sus calles no vagabundearan etiopes de piel negra y rizoso cabello, árabes de curtida faz y barba rala, mujeres cuyas facciones oculta y cubre un lienzo que sólo permite ver ojos, cejas y frente; si por la arenosa playa que ciñe el soberbio manto azul del mar, no se perdiera á veces la ondulante línea de una caravana, la silueta de los camellos que marchan con paso de avestruz; si por encima de los cuarteles y ranchos no asomara la bulbosa cúpula de algún templo, que es mezquita ó sinagoga, el africano suelo no se revelaría por detalle ninguno en Puerto Said. Muelles, casas, oficinas, cafés, hoteles, iglesias, mercados, de gusto á todas luces francés, no dicen nada, ni chocan ni cautivan al viajero que por primera vez pisa las polvorientas calles de *Port-Saïd*. En los comercios halla los mismos artículos que en Europa: la vistosa bisutería francesa; el juguete tirolés; los tejidos que zurcen las grandes fábricas, los telares mecánicos; las armas de fuego de los últimos modelos y sistemas: las marcas de vinos más conocidas: las ropas *confeccionadas*. En las librerías encontrará novelas de Zola, de Walter-Scott, de Dic-

kens, de Manzoni y los más leidos periódicos franceses, ingleses é italianos. En las fruterías naranjas de corteza dorada á fuego, sonrosadas pomas, almibarados *ficus*, suculentos albaricoques, cirolillas del color de la amatista ó el topacio y de crujientes envolturas, melocotones opacos y amarillos como la rica, jugosa é incomparable manga. En los hoteles y *restaurants* todo el repertorio de las cocinas francesa é inglesa. En los cafés mucha cerveza, mucho ajenjo, mucho brevaje y producto químico, y música y ruleta en algunos. En los templos que remata una cruz, altares bruñidos, imágenes charoladas, ojivas que engarzan vidrios multicolores: el dorado y el relumbrón del culto francés... ¡Díganme en qué difiere este *Port-Said* de cualquier puertecillo del golfo en que campea la briosa Marsella!

—

Como escala obligada de todos los buques que por el canal de Suez se dirigen desde los mares de la India á los de Europa, ó de estos á los paises de Oriente y al mundo australiano—buques de todas las matrículas y todas las banderas, tripulados por hombres de todas razas y colores—se advierten en Puerto-Said señales

de un cosmopolitismo que en pocas partes, seguramente, adquirirá tan alto grado. Así es que al pisar sus muelles, pronto se ve el viajero rodeado de una chusma que le atonta con sus gritos y le molesta con sus ofrecimientos, expresados en francés, en alemán, en español, en italiano, en inglés, en árabe y aun creo que en algunos dialectos del malayo—si el viajero revela por los rasgos de la fisonomía y el color de la piel proceder de las razas índicas.—No hay medio de sacudirse tal canalla, de verse libre de tan molestos *cicerones*. Aunque les recibais con ademán despreciativo y ceño hosco y no contesteis á sus preguntas y prescindais de sus personas, ellos os seguirán, como moscas á un plato de miel, y mientras no se convenzan de que todo lo que digan es tiempo perdido, continuarán ofreciéndoos, en el idioma que hableis, fonda donde almorzar según el gusto que más sea de vuestro agrado, café ó cervecería donde refrescar las fauces, tienda en que equiparos, bazar ó baratillo en que adquirir alguna chuchería, algún objeto que os recuerde el paso por las tierras del Canal.

No sólo la pluralidad de lenguas que cualquier pilluelo de playa, metido á *cicerone*, emplea para hacerse entender del extranjero, indica á éste el frecuente trato

que aquellos tendrán con hombres de todos los paises, sino que de la diversidad de gentes que visitan Puerto-Said, es también señal inequivoca el prodigioso número de *cambiantes* en él establecidos. No hay calle que cuente menos de una docena ó un par de docenas de escaparates donde se amontonan, formando pila, las monedas y los billetes más opuestos: áureas libras esterlinas, onzas de antiguo cuño español, marcos alemanes, rublos con la efigie del zar moscovita, pedazos de plata y oro caprichosamente recortados, piezas circulares con inscripciones arabescas, *perros chicos* y billetes de mil francos del Banco francés. El comercio de la moneda tiene que ser muy productivo en Puerto-Said, debe dar mucho de sí. Sólo siéndolo se concibe que tantos lo exploten y vivan de él, que tantos cambiantes asalten, por donde vaya, al forastero.

—

Puerto-Said, como toda colonia europea fundada en tierra extraña, rechaza la vecindad del indígena, que construye sus míseros albergues en una zona á donde no llega la vida del extranjero. Así sucede en Suez, en Aden, en Colombo, en Singapore, en Saigón, en Hong-kong, Pero no se

crea que este barrio resalte por su *color local* del que habita el europeo, del que se enriquece y medra. Formado por casuchas de pobrísimo aspecto, enjabelgadas ó roñosas y mugrientas como choza de mendigo, apenas le imprime algún dejo oriental la mezquita que enseña con descaro su frío interior, la blanca desnudez de sus paredes, algún cafetucho cuyas mesas ocupan, soñolientos, haraganes de rostro curtido que aspiran tabaco en pipas que parecen pebeteros, el grupo que forman algún árabe y su antipático dromedario, el puesto de dátiles que es enjambre de moscas, la mujer que asoma por cualquier puerta ó vetanuca y se recata y cubre el rostro con presteza al advertir que la atisban, ó un revoltoso pelotón de borriquillos caprichosamente enjaezados.

La miseria del indígena que habita estos suburbios, se revela en lo exiguo de los ranchos, en los montones de basura que obstruyen las calles, en lo miserable de los tenduchos, en el hedor, en la bocanada de fetidez que despiden las casas y el suelo. Perros vagabundos, famélicos y derrengados, merodean entre tanta suciedad, acosados por bandadas de chiquillos andrajosos, que como los canes se despulgan y revuelcan en el polvo, en la arena move-

diza de los caminos. Detrás de la niñez, ágil y sana aún, no es raro que camine alguna pareja de árabes, cuyos miembros lazerados hacen apartar con horror la vista. Entre los adultos casi habría que marcar con piedra blanca los que no padecen la infecciosa oftalmía africana: la oftalmía del pus.

Así es Puerto-Said. El retrato ha de presentar bien poco parecido con el que podría *construir*, el que no lo conozca, por *el estudio* atento de esas colecciones de fotografías que acostumbran adquirir todos los viajeros. Las tales *estampitas*, aunque *se ajusten á la verdad*, no enseñan nada, pues sólo reproducen puntos cuidadosamente elejidos: el faro, torreón que aparece de tamaño colosal, como gigante monolito de piedra; la plaza de Lesseps, raquítico jardín, rodeado de edificios que adquieren relieve y magnitud en la fotografía; los muelles, agigantados por algún navío de gran porte; la mezquita, que sólo por serlo sube de talla; la calle en que el comercio abre sus mejorcitos almacenes. Los que por una colección de vistas crean conocer no ya Puerto-Said sino cualquier puerto ó lugar del mundo, ¡buen chasco se llevan! ¡De lo vivo á lo pintado ó *fotografiado* va mucho más de lo que supone el que nunca salió de su concha!

Vapor *Isla de Luzon* á 18 de octubre de 1894.

LA ISLA DE PERIM


INDANTE con el 12 grado de latitud norte; en la confluencia del mar Rojo con el golfo de Aden; señalando el vestíbulo del estrecho de Bab-el-Mandek; como cancerbero del callejón que separa las costas africanas de las de Asia, tan vecinas allí que casi se confunden en un solo risco ó escarpadura; en el centro de un canalizo cuyas corrientes rara vez revuelve y agita el vendabal, se encuentra la isla de Perim: un puñado de tierra infecunda y seca, la cúspide de una montaña cuya base se apoya en los profundos senos del mar, un mogote pelado y yermo, donde no crece ni un árbol ni una mata ni un liquen,

ni siquiera un musgo de esos que prenden en las rocas y en los peñascos más estériles. La tal isla, desierta é inculta, seguramente, desde que el mundo es mundo, desde que un cataclismo geológico la destacara de los continentes próximos ó la empujara á la superficie de los mares, aún no sería más que páramo y aridez despreciable si por su situación geográfica no hubiese despertado, hará cosa de un par de lustros, la codicia de dos naciones que, sin tregua ni compás, vienen extendiendo su poderío por las costas del Oriente y no cejan en el empeño de anexionarse territorios, de añadir puntales á las provincias que así van produciéndose. La *historia* de la ocupación del islote de Perím voy á referirla, por lo que tiene de chocante y cómica, tal como la he oido relatar á bordo de este trasatlántico que me conduce á Manila, formando parte del pasaje más abigarrado y heterogéneo de que ustedes pueden tener idea.

De estas largas navegaciones, de estos viajes á países remotos, rara vez deja de sacarse algún provecho: ya es *mundo* y conocimiento de gentes lo que se adquiere, sin notarlo; ya noticias sobre lugares y tierras; ya enseñanzas que atañen á cualquiera de los otros ramos del humano saber. Los que se deciden á emprender una

larga navegación, á meterse en un barco que les ha de llevar por mares diversos á diversos continentes, suelen prepararse para el viaje consultando cartas geográficas, volviendo sobre lecturas ya olvidadas, hojeando libros que traten de las países hacia donde se camina, de los puertos en que se ha de recalar, de los océanos que han de cruzarse. De las diversas aptitudes, preferencias y gustos de cada cual, se derivan luego las peñas ó círculos que forma el pasaje, pues una vez á bordo la afinidad ejerce su misteriosa influencia para atraer y reunir por grupos ó comunidades á los que tienen parecidas aficiones y caracteres más análogos. Saltando de corrillo en corrillo, escuchando en todos sin meter, apenas, baza ni ruido en ninguno, puede, el que sea un poco observador, definir y calar bien pronto á sus combarcanos: saber, aproximadamente, los puntos que calzan, y enterarse de sinnúmero de menudencias curiosas y á veces útiles. No es oro todo lo que reluce, ni todo lo que se escucha razonamiento sensato, opinión fundamentada, noticia que deba creerse á cierra ojos, pero con unos adarmes de despejo y buen juicio, es posible y fácil distinguir lo verdadero de lo falso, lo que conviene asimilar de lo que no merece oirse, el hombre sensato y de algún mé-

rito del huero, superficial ó botarate. Entre lo poco que he podido sacar en limpio, á la hora que trazo estas líneas, de las conversaciones con que unos y otros procuran engañar el tiempo en este trasatlántico, desde nuestra salida de Barcelona, figura una anécdota histórica sobre la ocupación de la isla de Perim, que voy á ver si meto en pocos renglones.

Ya he dedicado algunas palabras á la situación geográfica de esa isla, pero me falta añadir que por su proximidad á las costas de Asia y Africa, en un paraje en que estas tienden á confundirse, constituye *la llave* del mar cuya entrada ó salida, según se proceda del Indico ó el Mediterráneo, dificulta y obstruye del mar Rojo. Ocupada la isla de Perim, el dueño de esta tán dichosa *posición*, con sólo apagar las luces que por la noche orientan á los navegantes que entran ó salen del golfo arábigo, cerraría las puertas de este á la navegación nocturna, pues tales peligros esconden por allí las apacibles olas que ningún marino se atrevería á sortearlos á la ventura: á embocar los estrechos sin los múltiples faros que hoy le sirven de norte y le permiten apartarse de los escollos á donde no llegan los destellos de la luz. De día, unas cuantas piezas de fuego, darían cuenta

bien fácilmente del barco que contra la voluntad del señor de la isla se arriesgara por los mares que la rodean, ó quisiera forzar el paso que defiende. La colocación de este terruño es tan oportuna y ventajosa, que no se concibe cómo naciones que de antiguo trabajan por el ensanchamiento y seguridad de sus colonias asiáticas y de la Oceanía, que no se duermen nunca y que de antaño poseen estaciones y puntos estratégicos que les aseguran en toda época y contingencia el camino de sus provincias del Oriente, no le hicieron blanco ú objetivo de su *rapacidad* (¡palabra manoseada y malsonante!) mucho antes de la fecha en que le echaron la zarpa. Pues con todo y con esto, y con ser la tierra de Perim islote que puede impedir en un momento dado la comunicación inmediata entre el Mediterráneo y los mares de la India, nadie la miró con codicia hasta que le pusieron *los puntos* los franceses, abriendo los ojos á otro pais que no suele descuidarse nunca. Hasta entonces, los encargados de alimentar y encender un faro internacional, que el interés común había establecido en la isla, eran los únicos moradores y defensores de esta.

Y aquí empieza mi cuento .. que *como me lo contaron os lo cuento*. El gobierno francés cayó, antes que ninguno, en la

cuenta del partido que cualquiera de las naciones cuyo imperio se dilata por los mares de Oriente, podria sacar incautándose de la isla de Perim, y al efecto, dícese que una escuadrilla francesa de las que andan á la husma por las costas de Asia recibió órdenes de caer sobre el abandonado terruño, arbolando en él la flamante bandera tricolor. No sé dónde ni cómo se formó la escuadrilla, ni el número de buques que la compusieron, ni el nombre del jefe ó almirante á quien se encomendó esta obra. Sólo me dicen que la armada francesa tuvo la imprevisión ó mala fortuna, lo que fuere, de tocar en Aden antes de cumplir el cometido que le habían confiado. Y aquí te quiero ver, escopeta. Los ingleses recibieron en palmas á los marinos de la República: les obsequiaron, les agasajaron, les colmaron de atenciones. Corrió el champaña en abundancia y el espumoso y alegre vino se subió á las cabezas. Se comió opíparamente, se bebió de lo lindo, se brindó como es costumbre en las solemnidades de tabla y, mientras llegó á su apogeo el bullicio y la francachela del festín, un barco inglés zarpaba de la bahía de Aden apresuradamente, batiendo las olas á toda hélice, con rumbo al mar Rojo. En resumen: que cuando los marinos franceses

avistaron la isla de Perim, el buque inglés les había cojido la delantera y un trapo rojo, la enseña británica, tremolaba en la punta de un mástil sobre las colinas del islote. Los franceses tuvieron el buen acuerdo de no protestar de la ocupación, de volverse, como vulgarmente se dice, *por donde habian venido*, y desde entonces Inglaterra, señora de la isla de Perim, asegura su nuevo territorio contra cualquier golpe de mano, artillándolo y fortificándolo á la moderna.

¿Qué sospecharian los ingleses al ver llegar á aguas de Aden la escuadrilla francesa? ¿Por qué se la recibió con tan extremosas manifestaciones de simpatía y júbilo? ¿Qué vislumbraron unos y dejaron traslucir ó escapar otros en el momento de chocar las delicadas copas del espumoso y burbujeante vino? ¿Por qué poco antes de que lo hicieran los franceses se despachó á toda prisa un crucero inglés con rumbo á Perim?... No se necesita ser muy avispado para contestar á estas preguntas, ni por otra parte la respuesta podría tener la validez de una rotunda afirmación. Se sospecha y supone lo que ocurriría; lo que pasó, con certeza, pocos, muy pocos deben saberlo.

Lo indiscutible es que la República francesa levantó la caza y el Reino Unido

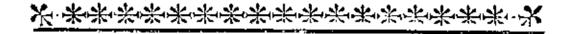
cobró la pieza. Mientras haya paz, á nosotros, los españoles, que hace tiempo no nos metemos en aventuras *cinegéticas*, debe sernos en absoluto indiferente que la isla de Perim haya caido en estas que en las otras manos. Mejor que antes lo está: la nevegación es hoy más segura por aquellos callejones y estrecheces, pues poderosos chorros de luz orientan al marino que por la noche los enfila. Tres ó cuatro faros, unos que alumbran el canal oriental y otros el occidental, tienen montados ya los ingleses. Esto se advierte con solo echar una ojeada á la carta hidrográfica. Desde el puente de un buque que navegue hacia Bab-el-Mandek, se distingue por los riscos y escarpaduras de la isla, semáforos ópticos, torreones y casetas, baterías cuyas piezas sólo la boca enseñan, parapetos y algún que otro edificio que más bien tiene trazas de cuartel que de otra cosa, Ni un árbol, ni una planta, ni un macizo de hojas que refresque las cálidas reverberaciones del rojo de la tierra, se divisa por allí. Peñasco más desamparado y estéril no es fácil concebirlo... posición de más importancia tampoco.

Ya tratan de quitarle alguna, ya. Por el lado de Asia, sobre las cúspides de la abrupta cordillera que forma la costa, se están emplazando baluartes y baterías

prontos á cruzar sus fuegos con los de la isla y á reducir á polvo sus casamatas y fortificaciones, si á mano viene.

Vapor *Isla de Luzón*, á 21 de Octubre del 94.





LA VIDA A BORDO

OS cuatro ó cinco primeros días de navegación pasan sin que surjan diferencias graves entre los pasajeros.

Si hay bonanza y el buque navega por un mar de superficie tersa como el cutis de un guardia civil, el pasaje entretiene las mejores horas del día ponderando la salida y la puesta del sol, el trato de á bordo, las patillas del mayordomo, el *acento* de los camareros y la cintura ó la caída de ojos del primer maquinista.

Entonces todo lo hallamos excelente en la nave, desde el serviola, que en lo alto del palo mayor acecha los buques, los tropiezos y los accidentes del mar,

hasta la fisonomía adusta del más bilioso y terrible de los combarcanos.

—¿Ha reparado usted qué nariz tan expresiva tiene ese caballero?—nos pregunta una combarcana, señalando al apéndice de un sujeto que parece un molusco pegado á una zanahoria de las grandes.

—Si señora: ese es un antiguo amigo mio. ¡Y si viera usted qué disgustos ha tenido por no ser chato!—contestamos á la pasajera.

—Pues nadie lo diría, porque esa nariz puede lucirse con orgullo en cualquier parte.

—Sí; pero cuando se le hincha...

El de la nariz pasea por la cubierta del barco sin despertar odios ni malas voluntades: al revés, todos le dirigen miradas dulces y frases cariñosas, como si le envidiaran, con buen fin, el apéndice.

—¿Quiere Vd. hacer el favor de decirme quién es aquel de la americanita de alpaca?—nos pregunta una madre de familia, en el mismo tono que nos hablaría de la acreditada belleza física de sus vástagos.

—¿Aquél?... El señor de Bencina, oficial letrado, y hombre muy limpio.

—Se conoce que hace honor al apellido—replica la dama.

—Y á toda su familia—le contestan—En Carabanchel llaman á sus hermanitas *los chorros del oro.*

Los combarcanos, durante los primeros días que pasan á bordo, se tributan mútuamente las más cordiales muestras de aprecio y consideración.

En cuanto un sujeto de buen ó mal ver ó una *sujeta* de *idem, idem,* arroja la primer papilla, exclaman los que tienen el honor de presenciar el parto.

—¡Pobrecillo!

—¡Es una desgracia marearse así!

—¡Yo creo que es usted quien le ha mareado!—dice *sotto voce* un chico de armas tomar á una pasajera *de primera*, desde cualquier punto de vista que se la considere.

Y no faltan media docena de corazones tiernos que pregunten con solicitud al mareado:

—¿Se siente usted mal?

—¡Ay, sí señor, se me va la cabeza!—responde con angustia el enfermo.

—Apóyela usted aquí, sobre mi corazón—le dice amorosamente uno en quien nadie adivinaría esa víscera, pues él, por el físico, más parece compinche de Pallás que cofrade de los de San Vicente de Paul.

Y entre todos le toman y le colocan con mimo sobre una butaca, donde uno le aplica en la frente agua de colonia, otro le da una cucharada de azahar, una señora le echa aire con un abanico y otra le

ofrece el anca de un pollo y un frasquito de sales inglesas.

—Coma usted y aspire--le dice esta última.

—Bueno, comeré; pero aspirar conste que no aspiro á nada desde que conseguí la credencial de almacenero en Filipinas—responde el mareado, tirándose á la chuleta como un gato rabioso á una persona.

Mientras esto ocurre en la banda de babor, pongo por caso, en la de estribor se ha formado una peña animadísima en la que departen los hombres entre sí con las manos entrelazadas, al tenor de lo que tienen por costumbre las parejitas de enamorados que aún no se conocen á fondo.

—¡Rico!

—¡Simpático!

—¡Barbián!

—¡Buena persona.

—Si no fuera por el buen parecer te soplaba un par de ósculos en el cogote.

—Y yo á tí te pedía un rizo de pelo.

Este diálogo, digno de Julieta y Romeo, se cruza entre dos zangolotinos hirsutos y peludos como chimpancés, que no hallan modo mejor de manifestarse las mútuas simpatías y los sentimientos dulces porque se encuentran invadidos desde que en lánguido balanceo se aventuran por la *sabanaza* azul del océano.

¡Qué tranquilamente suelen deslizarse los primeros días de una larga navegación, cuando aún no sirven latas de pescado putrefacto á las horas de comer, y aún no nos ha producido ronchas ni tumores en la epidermis la crín de las colchonetas de las literas; cuando todavía conservamos en el saco de noche un par de elásticas para un apuro y un par de calcetines para un remojón de callos; mientras salen las señoras con corsés y añadidos de los camarotes y los pollos se atusan los pelos de la cara con brillantina; en tanto que no sabemos de qué pie cojean los demás, ni á quién le huele el aliento, ni si Fulano es tonto de capirote, ni si Mengánez es insípido y blanducho como una merluza!

Mas ¡ay! que esta paz octaviana, esta concordia y fraternidad entre los que componen el pasaje de un trasatlántico duran poco. Al sexto ó séptimo día de vivir á bordo no falta un punto que se despierte de mal talante y suba á la toldilla dispuesto á armar bronca.

—¡Ya me está moliendo ese de la trompa!—exclama de pronto en alta voz, para que le oiga el interesado y todo el que quiera.

—¡Calle Vd. hombre!... Eso no es nariz, es un castigo!—añade otro.

Y el de la zanahoria, que no consiente que

nadie le pisotee el apéndice, se revuelve airado y cogiendo á uno de los que le insultan por la solapa, le dice, zarandeándole:

—En cuanto lleguemos á tierra nos veremos las trompas!

Y una señorita, que ha oido la expresión, pero que no está en el secreto, murmura, sin poder contenerse:

—¡Dios mío!... ¿Qué querrán verse estos caballeros?

A lo que contesta una mamá, para arreglarlo.

—Pues alguna cosa mala, de fijo.

Al poco rato, por ante un grupo formado por seis ó siete personas que se dirigen entre sí miradas furibundas, pasa un sujeto sin camisa y casi sin ropa.

—Ese es como el besugo que sirvieron hoy en el almuerzo—dice uno.

—¿Por qué?—pregunta de muy mala manera otro de los del corro.

—Porque huele que apesta.

—¡Pues el que le huele á ese es como si me oliera á mí, porque ese es mi amigo y yo no consiento que se le huela ni que se le falte!

—Y yo no tolero que nadie me chille ni que me *coharte* el olfato!

A estas palabras siguen otras más duras todavía; intervienen cuatro amigos, que al querer arreglar lo de los otros

acaban por *apestarse* mutuamente y ponerse como trapos; se conciertan, con tan plausible motivo, media docenita de duelos, unos á rifle, otros á pistola y otros á cachete limpio, y por último la noticia de lo acaecido circula y cunde por á bordo, aumentando de proporciones al pasar de boca en boca.

—La ofensa ha sido grave, gravísima, de las que deben lavarse con sangre, pero ¿usted cree que se harán pupa?

—¡Qué se han de hacer, hombre, qué se han de hacer!... Se harán lo que todos nos hacemos á bordo, y así estamos: echando chispas.

—¡Choque usted, amigo!

—¡Hombre, si quiere usted, chocaremos; pero le participo que yo no soy de los que se conforman con un actita.

—¡Habrá pedazo de atún!—replica el otro, volviendo la espalda malhumorado.

No solamente al sexto ó séptimo día de navegación, por cualquier insignificancia riñen y se ponen como chupa de dómine los pasajeros que hasta entonces fueron más íntimos amigos y uña y carne, como quien dice, sino que ya han empezado á señalarse antagonismos y rivalidades entre las familias que van á bordo.

—Mira: con las de Pérez no te *ajuntes*, que son unas cursis y unas perdidas—

dice á su hija única la señora de Mínguez, que ha vendido rábanos por las calles de Madrid, y luego fué estanquera y por último se casó con el calzonazos de Mínguez, que por cierto es de Cabra y ha sido no sé qué del Ayuntamiento en Navalcarnero.

—¡Cuidadito con que te vea yo con las de Hernández!—grita Martínez á su señora esposa, que parece un carabinero que viaja de incógnito.

—¡En cuanto se os acerquen las de Gómez les haceis un feo!—recomienda autoritariamente á su familia un cabeza de idem, que más que de cabeza de familia tiene tipo de cabeza de ajo.

—¡Pero, papá, si nosotras no podemos hacer esas cosas!—responde una de las niñas, que se pierde de vista por lo espigaducha y por lo otro.

Y como á su vez Gómez, Hernández y Pérez han hecho á los suyos recomendación parecida respecto de las de Mínguez, Martínez y Esquilache sucede que cada señora y cada polla andan por su lado y no desperdician ocasión de poner en la picota á las restantes.

—¿Sabe Vd. lo que acabo de oir á las de Pérez?—dice á las de Hernández un chico que va saltando de flor en flor, con la sana intención de ver si consigue

que se vengan *al moño* cinco ó seis señoras.

—Alguna atrocidad, porque esas son atroces—replica una de las de Hernández, como si le hubiese picado una víbora.

—Algo de eso: que ustedes deben hasta la camisa que llevan puesta.

—¡Pues se han lucido, porque hace ocho días que se nos acabaron las camisas y ahora andamos de chambra por dentro!—exclama, en el colmo de la *expontaneidad*, la mismísima esposa del señor Hernández.

Excuso decir á ustedes que si estas ó parecidas escenas ocurren á los ocho ó diez días de haber salido del puerto de embarque, á la tercer semana no hay á bordo quien pueda aguantarse á si mismo, y entonces es el renegar del buque, y de la Compañía, y de los camareros, y del timonel, y del sobre-cargo, y del mayordomo, y de las chinches, y de las ratas y de todo cuanto suele hacer amable la vida en los trasatlánticos. De los combarcanos no hay que hablar: ver á uno de los que viajan con nosotros equivale á sentir el más intenso de los retortijones de tripas y las más espantosas náuseas.

Y lo malo es que ninguno puede quitarse á los demás de la boca del estómago, hasta que ¡pum! suena un cañonazo y fondea el vapor en el puerto de *su destino*.

Vapor "Isla de Luzón" á 1.o de Noviembre de 1894.

LA TRASATLÁNTICA



A comunicación entre Filipinas y la Metrópoli vá haciéndose cada vez más fácil, más rápida y cómoda. Sin remontarme á fecha muy lejana puedo citar el caso de lo que ocurría hará dos ó tres lustros, cuando los vapores *Asia*, *Valencia*, *Barcelona*, *España* y algún que otro destartalado carracón mantenían el servicio oficial de trasportes entre Manila y los puertos de la Península. Entonces no se tardaba menos de treinta y ocho ó cuarenta días en cruzar los mares que separan las costas españolas de nuestro rico Archipiélago de Oriente. Si por feliz casualidad un vapor fondeaba en Manila al

mes ó mes y pico, los armadores echaban las campanas á vuelo y todos nos hacíamos cruces. El suceso se comentaba durante meses y más meses, lo ponia en verso algún poeta heróico, lo juzgaban digno de perpetuarse en las páginas más limpias y felices de los diarios de navegación. En cambio era frecuente que un buque echase en la travesia de cuarenta y cuatro á cuarenta y cinco singladuras, pues ninguno de los vapores dedicados á tan importante servicio andaba bien, pasaba de las consabidas diez millas por hora. Mientras el mar y el cielo les eran favorables ¡poder de Dios! nuestros trasatlánticos corrían sus doscientas cuarenta millas por jornada, pero en cuanto á Eolo ó Neptuno se les hinchaban un poco las narices y se alborotaba el cotarro submarino, las olas y corrientes hacían del vapor mangas y capirotes y lo empujaban hacia donde mejor les parecía.

Algo mejoró el servicio, en rapidez, al sustituir á la flota de vapores á que me refiero—¡á la flota del marqués de Campo!—la de la Compañía Trasatlántica (¡pongamos los puntos sobre las *ies*: antes A. López y comp.!) cuyos buques muy rara vez echaron más de cinco semanas en el viaje; pero aun así y todo el *Santo*

Domingo, el *Isla de Panay* y el *San Ignacio de Loyola* no podían tenérselas muy tiesas con el *Barcelona*, el *España* y algún otro de los que compusieron *la línea* del primer marquès. (La llamo de este modo para diferenciarla, sin abusar de repeticiones, de la Compañía Trasatlántica, que también es de un marqués: del marqués de Comillas, que es un *título* de mucho más cuidado que el primero.) El *Isla de Luzón* y el *Mindanao* sí hombreaban y galleaban sin que nadie se mofase de las tales jactancias, pero los otros tres cascajos, casi, casi podían competir con los buques — *de inválidos* — cuyo lugar tomaron.

Hoy, justo es decirlo, se advierte y nota un mejoramiento laudable: con las medias suelas y tacones que han puesto al *Panay*, este barquito puede llevar decorosamente el nombre de trasatlántico: al *Mindanao* lo están carenando y poniendo nuevo: el *Isla de Luzón* se conserva aún de buen ver y de buenos (¡vaya y que sean buenos!) *andares*, y los dos santos, el *Santo Domingo* y *San Ignacio* —que se caían de puro viejos y á nadie inspiraban devoción,—se han arrinconado, sustituyéndolos por el ponderadísimo *Leon XIII* y el no menos famoso *P. Satrústegui*. De este modo queda asegurada la

travesía, entre Manila y Barcelona, en veintiocho ó treinta singladuras, tiempo que si no es moco de pavo y asusta aún á los descontentadizos que se hacen ahora á la mar, viene á ser una friolerilla, una insignificancia, para los camagones que tenemos los huesos muy pasados por agua.

Quedamos, pues, en que veintiocho, veintinueve ó treinta dias invierten los vapores de la Trasatlántica en trasladarse de Barcelona á Manila, en recorrer las ocho mil y pico de millas que separan la Metrópoli de sus provincias oceánicas. Pero á consecuencia de haberse *corregido y aumentado* la flota de vapores de la carrera oriental, surge hoy *una especie* de pugilato ó *sacrosanta* emulación entre los capitanes que los mandan, cuyas consecuencias sufre el desvalido pasajero que se dirige de España á Ultramar ó de *ultratumba* á la Península. Veamos cómo y por qué suerte de circunstancias el viajero viene á pagar los vidrios que se rompen en la competencia que entre sí sostienen los buques de la Trasatlántica destinados á la línea de Filipinas.

Pocos alicientes ofrece un viaje marítimo, una larga navegación al través de mares remotos, por alturas desde donde apenas si se divisa muy de tarde en tarde

un grupo de arrecifes ó peñascos, la desolación de algún islote, alguna playa que disuelve sus contornos en las azules lejanías del océano, los centinelas avanzados de cualquier continente; pero entre los pocos atractivos de un viaje trasatlántico ninguno tan del placer y complacencia del pasajero como el descanso en los puntos que sirven de estaciones en la caminata, la visita de los lugares señalados como puertos de escala. No sólo esa visita distrae el ánimo, permite gozar de nuevos horizontes y tal vez de hermosos y sorprendentes panoramas, sino que es oportuno paréntesis que da al olvido con las monotonías é insulseces de la vida de á bordo y ocasión de satisfacer á voluntad ciertas necesidades. Así sucede que la mayor parte de los que componen el pasaje de un trasatlántico, esperan con ansia la hora de tocar en los puertos de escala: unos por que les pica el deseo de conocer *caras nuevas*, otros por dar cuatro brincos en tierra firme, los de más allá por conseguir la satisfacción de determinadas exigencias: el baño de aseo, espumoso y tibio, imposible de *tomar* á bordo, pues por los grifos de las raquíticas bañeras corre solamente agua de mar, que corta el jabón; la compra de cien cosillas—ropa de seguro—cuya falta notamos una vez empren-

dido el viaje, pues raro es el feliz mortal que al hacer las maletas no deja en casa algún objeto de que luego es penoso el prescindir; y muchas más que á este tenor podrían ir saliendo. La entrada en puerto, aunque sea de escala, es fausto acontecimiento que celebran con júbilo todos los que pasean sus alifafes por el mar... y suele ser también remedio milagroso que suaviza la tirantez de relaciones, las asperezas que entre muchos surgen durante la navegación.

Pues bien, las escalas que, según convenio celebrado con el Gobierno, deben rendir los vapores de la Compañía Trasatlántica, en la línea de Filipinas, vienen á ser casi ilusorias para el pasaje. Si es positivo que los buques tocan en Puerto-Said, Suez, Aden, Colombo y Singapore, pero también lo es que jamás permanecen las veinticuatro horas señaladas en los itinerarios oficiales. ¡Qué digo 24 horas! El que más, éntre de noche ó de día en puerto, repone carbón y alguna vitualla y se aventura otra vez por los derroteros marítimos. ¿Que no se da ni siquiera tiempo al pasaje para saltar en tierra y solazarse un rato? Como no ha de protestar en público ¡qué importa! La cuestión es poner el mingo, rendir el viaje en unas cuantas horas ó unos minutos me-

nos que acostumbran los demás buques de la casa, sin que aumente el consumo de carbón, sin que se eche mano del combustible. El único *combustible* que paga estas marchas forzadas, lo repito, es el pasajero, del que hacen *leña* y todo lo que hay que hacer. A este, que puede sacrificársele impunemente, se le inmola, se le considera á bordo como mercancía ó fardo enojoso que urge abandonar en definitiva, con tanta mayor premura y tanto mayor placer cuanto que el despacharlo en menos tiempo constituye galardón, timbre que han de envidiar los pilotos que capitanean los demás vapores que entre Manila y Barcelona corren sin descanso.

Esta protesta, eco de un clamor que aún en los periódicos no ha tenido resonancia, imagino yo que ha de ser atendida, por lo justa. Por si tocan á hacer justicia practiquémosla nosotros por adelantado, no vaya á suponerse que las observaciones apuntadas son como aviso ó advertencia de las que han de venir después. Yo me complazco en reconocer públicamente, como lo harían, estoy seguro, todos los que van á la Península y vienen de ella en la línea de vapores-correos, que el personal que la Trasatlántica ha puesto al frente de sus buques

es inmejorable, que no tiene tacha en punto á bravura é inteligencia. Capitanes y subalternos, desde que se hacen á la mar, vigilan sin descanso por la seguridad de la nave. Diríase que estos pilotos son de barro distinto que los demás hombres, pues ó no conocen el sueño ó duermen sólo con un ojo, sin que la vigilia les produzca fatiga ó mella perceptible. Gracias á este personal infatigable, laborioso, escogidísimo, la Trasatlántica española puede blasonar con orgullo de lo que tal vez no podrá ufanarse ninguna línea regular de vapores á Oriente, ni la francesa, ni las inglesas, ni la alemana: de que no se registre ni un solo siniestro marítimo en sus diarios de navegación. El caso es tanto más merecedor de loa cuanto que la ruta que han de seguir los vapores por el Mediterráneo, el Rojo, el Indico y el *proceloso* mar de la China, está sembrada de peligros sin cuento, que sólo vigilancia y pericia exquisitas pueden evitar. Quien no conozca el derrotero de las Indias Orientales eche una ojeada á las cartas hidrográficas y verá lo que es canela: donde no le salte á la vista un arrecife, un banco coralino, á flor de agua casi, notará las angosturas de algún estrecho tan infranqueable como el ojo de una aguja;—y no se crea que el símil peca de exajerado.—

Así acontece, en estas navegaciones, que los más timoratos, los más alarmistas suelen ser aquellos que conocen más al detalle la carta hidrográfica: pasajero que la haya consultado un par de veces, que sepa lo que ha visto y que con feliz retentiva lo recuerde, resulta insufrible, una pesadilla cruel para sus combarcanos. Nunca mejor podrá decirse aquello de "ojos que no ven corazón que no siente", que cuando se aplica á un alma cándida que desconoce en absoluto los peligros del mar por donde le llevan.

Volviendo á los capitanes y pilotos que tiene á su servicio la Trasatlántica repetiré, una y cien veces que los tengo por muy expertos, por muy peritos y aun añadiré que con ellos podría formarse el *cuadro de honor* de la marina mercante española si en esta marina no fuese casi imposible distinguir lo que es flor y nata, porque casi todo en ella descuella y sobresale. Esta opinión no sólo es mía, ni es sólo *nacional:* á muchos extranjeros—franceses, ingleses y alemanes—les he oido ensalzar á los marinos de nuestra patria y decir ¡ellos que tan por encima del hombro suelen mirar las cosas y á los hombres de España! que para aventurarse por los mares lo harían mejor en un buque mercante español que en cualquiera de

los que mandan pilotos de otras naciones.

Los que sirven á la Trasatlántica están elegidos entre lo mejor de lo bueno. ¡Lástima que, como servidores de tan alta, encopetada y poderosa señora, no estén libres de la influencia de esta y miren á veces al pobre pasajero como á un miserable y ruincejo gusanillo!

Vapor *Isla de Luzón* á 23 de octubre de 1894



COLOMBO



STE puerto tiene mala sombra. Cuando fuí á España quedó ocho grados al norte del rumbo que llevaba el *Santo Domingo*. Ahora sí nos metemos por sus laberintos, pero con tan poca fortuna que entramos de noche y sopla un ventarrón huracanado que agita el mar y gime lastimero entre el cordaje y los toldos del buque. Más de media hora nos hemos sostenido sobre la máquina, á la altura del rompeolas, en espera de práctico. Por cierto que el batir del agua contra el espigón es tan tremendo que la resaca y el azote de la marejada llegan hasta nosotros, y zarandean el vapor horriblemente, y entran por

las muras del barco, y se cuelan por los portillos inundando los camarotes. Hay momentos en que el *Luzón* parece un buque sin gobierno, una boya triste y abandonada, un navío náufrago.

Y sin embargo nadie piensa en morir, ni cree en el peligro. En vez de quejas, de lamentaciones, de augurios pesimistas corre por el barco una ráfaga de alegría que forma feliz contraste con el bramar de los desencadenados elementos, con la sinfonía horrísona de la tormenta. Tenemos tan cerca la luz verde del espigón, la deslumbrante bocanada del faro eléctrico, la roja pupila de las farolas del muelle; percibimos de tal modo la proximidad de la tierra, que á ningún pasajero se le ocurre que pueda jugarnos el mar una mala pasada. A la vista de puerto ni el vendabal ni la borrasca imponen.

Cuando *por fin* el *Luzón* logra escurrirse en el fondeadero y morder con sus anclas el lecho de la turbulenta bahía, la noche, la misteriosa noche, extiende el manto lóbrego de los novilunios por el insondable abismo del cielo. La cargazón ennegrece aún más el pavoroso cariz de esta bóveda sin luna, de este calabozo sin límites, al que no llega el parpadear de los luceros, el resplandor de ningún mundo planetario. Sólo el intermitente destello

que alumbra á los navegantes, nos envuelve de tarde en tarde en una llamarada fugaz, como un relámpago. La lumbre verde y roja de los otros faros se destaca en las tinieblas como fulguración medrosa de algún fuego fátuo.

Pues á pesar de lo tétrico de la noche á bordo está la gente de buenísimo talante y en cuanto fondea el vapor se lanza á tierra un pelotón de intrépidos, que no pueden resistir el deseo de conocer Colombo. Los demás, la mayoría, esperaremos á que amanezca, descabezando el sueño donde Dios nos dé á entender, porque en los camarotes no hay que pensar..... ¡Un golpe de agua los ha puesto perdidos!

Colombo es ya la India...... y es la primera manifestación del mundo Oceánico que sale al paso del viajero en la ruta que llevan los vapores de la Trasatlántica al dirigirse á Manila. Hasta aquí ni en los puertos de escala, ni en los continentes ó solitarios islotes que por la popa van quedando, se encuentran señales de la soberana región hacia donde nos dirigimos: de las Baleares sólo llega al vapor la monótona aridez de algún peñasco: de Sicilia algún monte rojizo y algún poblado cuyo caserío realza la miserable vestimenta

de las campiñas; el canal de Suez cruza el Desierto, todo arena y reverberaciones y espejismos; las costas del mar Rojo constituyen doble anfiteatro de montañas descarnadas y desnudas; Aden... es un *infierno*; la isla de Socotora una sucesión de altozanos cuyo ropaje no debió entretener mucho al Supremo Artífice. Pues en Colombo playas, montes y valles lucen el peregrino tapiz que la generosa mano del Señor echó sobre los archipiélagos de Oriente. De ahora en adelante ya no veremos más que frondosidad, paisajes selváticos, bosques umbríos, el banco que trabajan los minúsculos infusorios convertido, apenas salió á flor de agua, en expléndido ramillete; los arrecifes y los escollos transformados en paradisiaco jardin. Ante el asombroso espectáculo que desarrolla en estos paises la pródiga Naturaleza se siente uno inclinado á admitir, con Hæckel y Sclater, que los primitivos pobladores del planeta que habitamos nacieron en los pensiles de un continente fantástico, del que tal vez sólo quede á flote, como rastro prodigioso, la maravillosa isla de Ceilán. ¿Qué cuna mejor puede asignársele á la desventurada especie humana!...

—

Por Colombo pasé como una exhalación.

Al tiempo de tomar el vaporcito que ha de conducirnos á tierra, nos avisa el segundo de á bordo que saldremos á las nueve. Total: que ó se corre la contingencia de perder el barco ó hay que conformarse con echar un vistazo á la población. Buenas ganas se nos pasan de hacer una escapatoria por las afueras, de alargarnos hasta el célebre *bosque* de los canelos, de subir á la pagoda, donde habrá que descalzarse para ver de cerca la cobriza imagen del divino Buda, el hijo de la inmaculada Mahamaya, la novena encarnación de Visnú. El temor de que si alargamos el paseo nos falte tiempo para volver á bordo, nos retiene en el casco de la ciudad, y mientras llega la hora de partir doy con mis huesos en un carruaje, diciendo al auriga que me lleve por donde quiera. Y esto es todo lo que sé de Colombo: lo que ví desde la ventanilla del coche: plazas, calles y paseos tristes y solitarios; un cinturón de cocoteros extendido por el marco que limita la zona de construcciones; el suburbio indígena revelando los zaquizamis y las promiscuidades infinitas de la gente malaya; la nipácea agrupación de viviendas en cuanto se asoman las narices por los boquetes que dan al campo. Un domador de serpientes nos distrae algunos minutos

con la danza extraña y horripilante de sus ponzoñosas alimañas, con el escamoteo habilísimo de ovillos enormes, que se cuelan como por arte mágica al través de los brazos, desnudos, del prestidigitador. La música con que acompaña el baile de los reptiles tiene todo el *sabor* de un himno exótico y salvaje.

—

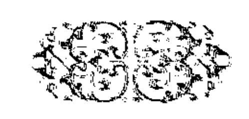
Cuando volvemos á bordo, la cubierta del *Luzón* está materialmente infestada de mercachifles: el barco es un inmenso mostrador por el que ruedan piezas de marfil, tarugos de ébano, sartas de abalorios, cristales tallados que por el color y la pureza de las facetas confunden muchos con las piedras preciosas de que son sorprendente remedo: zafiros, rubíes, amatistas, esmeraldas, granates. El zafiro, el rubí y el granate sí suelen encontrarse en los yacimientos de la isla de Ceilán, pero de seguro no andan á patadas por la toldilla ó el entrepuente de los trasatlánticos.

Y qué descaro en el pedir... y el rebajar, el de estos truchimanes: —¿Cuánto quieres por este pedrusco?—Cinco pesos— ¡Cinco pesos!... Vaya, te daré tres pesetas. (Breve pausa; vacilación que dura

poco, un segundo apenas. En seguida alargan el pedazo de vidrio y dicen:—Bueno; vengan las tres pesetas.

¡Y aun creo que con dos se conformarían!...

Vapor *Isla de Luzón* á 27 de octubre de 1894.



IDA Y VUELTA

L mismo barco que salió de Barcelona vuelve á la capital del *Principado* después de cumplir la misión que le condujo á los mares oceánicos. No cabe duda: es la misma nave, que tripula la misma gente, que gobierna la misma mano, que dirige el mismo capitán. La misma nave ocupada por los mismos pasajeros ó por otros que tienen la misma lengua, idénticas costumbres, carácter semejante, profesión igual que los que tomó en el famoso puerto de España. Allí entraron á bordo hasta un pelotón de militares, puédese que media docena de paniaguados convertidos en gobernadores civiles,

seguramente ocho ó diez misioneros, un par de jueces, médicos, empleadillos de Hacienda, tal vez algún jefe superior de Administración, con muchos humos, muchas ínfulas y muchísima estampa, y, por supuesto, un centenar de chicarrones, verdaderos hijos y servidores de la Patria, que se alojarán en la proa del buque. Esta barcada quedó en Manila, hasta sabe Dios cuándo, y en su lugar el navío que vuelve á la Metrópoli lleva un racimo de jefes y oficiales del Ejército, religiosos de alguna orden monástica, dos ó tres Consejeros, que nunca aconsejaron ó cuyo consejo más nos valiera no haber oido, el mandarín de tal ó cual provincia, fiscales, oficialillos de gobierno ó cosa parecida, y hasta treinta ó cuarenta *mozos*, ya *cumplidos*, con cicatrices en la piel y cintas sobre el pecho, que no salen del castillo de proa. Si suele ser mayor el número de los que vienen que el de los que *se van*, pero aparte el número ¿qué diferencias acusa la *clasificación* por grupos de uno y otro pasaje? Desafío al más lince á que señale alguna que merezca ser anotada.

Y sin embargo, con sólo trasladarse á bordo del buque que va á zarpar, ya se advierten *distingos*—que afectan al exterior solamente, es claro,—entre los que embarcan en Barcelona y los que salen

de Manila en busca del natal terruño. Ocupan allí el trasatlántico gentes muy perfiladas y empaquetaditas: los militares gastan uniformes vistosos, levitas flamantes, con mucho cordoncillo, mucho bordado y mucho galón de oro; los civiles, muy puestos de camisa y corbata, trajes que revelan especial cuidado en el vestir. Podrá andar por dentro la procesión: los rotos, los descosidos, los hilachos que desprende el uso; pero el exterior es irreprochable. En Manila, muy al revés, preocupa poco ó casi nada el vestuario y la gente embarca á la lijera: trajes de dril, uniformes de guingón y rayadillo, no se vé otra cosa; pero seguramente de ropa interior, van mejor apañados estos que los otros. En la mujer no resaltan tan pronto las diferencias: la que allí se puso perifollos y sombrerete, no prescinde aquí de las cintas ni de los *artefactos* de última moda: la europea no transije con la sencillez, la holgura que nosotros creemos que imponen los pocos grados de latitud. De las que vienen de allá sí que puede decirse que llevarán y que *ganarán* el traje con el sudor de sus frentes... y de sus cuerpos.

Todo esto que voy señalando es superficial, de poca monta: si sólo por la ropa se distinguiera el que va del que viene, no ha-

bría yo hecho alto en ello. Es seguro que ni aun hubiese caído en la cuenta de que unos visten *así* y otros *asao*. Pero ¡ay! que por encima del traje asoman divergencias más profundas, que arrancan más de lo vivo y trasmiten al grupo de los que salen de aquí y al de los que embarcaron allá fisonomías de rasgos bien distintos.

Podrán todos los que abandonan la Península salir de sus lares *motu propio*, porque así lo han querido, porque trabajaron por lograr destino ó colocación en estas islas y consiguieron meter la cabeza donde lo pretendían; podrá el que deja la patria forjarse ilusiones sobre lo porvenir y, alimentado por estas, correr gozoso hacia países desconocidos; podrá el que nació bajo aquel sol de las zonas templadas buscar en este de las tórridas familia, intereses, amigos... ¡qué sé yo!, el que con más indiferencia mire *aquello* y con más viva simpatía *esto*, como sea de *allá*, al hallarse sobre la cubierta del trasatlántico, al ver que este rompe la mar bravía y se aleja del puerto; al advertir cómo se borran y disuelven en las brumas del horizonte los pueblecitos, las costas, las cordilleras, todo lo que de su país abarca la vista, sentirá que un fluido extraño le conmueve y corre por el cuerpo, y que una oleada insólita le acude á los ojos y

le enturbia y opalesce el mirar. El indiferente á la Patria, desde aquel momento, la echa de menos noche y día, la recuerda al dormir y al despertar, la evoca en su mente á cada paso, y ya no es el bullidor que conocimos en España, es el obseso que persigue una idea, el hombre á quien le amarga la vida algún afán. De esta amargura, de este reconcentramiento en que cada cual, aunque aparente otra cosa, vive y cae, toman ocasión las querellas que á bordo surgen, las desavenencias que siempre se notan al venir, el mal humor, la morriña de los pasajeros. Y en la proa del barco, la carne de cañón, aquellos simpáticos mocetones, que tal vez no se dan cuenta de por qué viajan ni á dónde les llevan, descansan mustios sobre las escotillas, cuando el mareo no les tumba en cualquier camastro ó muladar. Todo el viaje es así: alguna alegría se nota al tocar en los puertos de escala, pero una vez que el buque emprende de nuevo la lucha con el mar, refléjase en el modo de ser de cada pasajero lo que en sus entrañas esconde. Y al verse en la bahia de Manila, el rostro de los que vienen acusa curiosidad, recelo y una como satisfacción de descanso: diríase que todos exclaman para sus adentros:—¡Por fin ya hemos llegado!

El trasatlántico que zarpa de Manila con rumbo á la Metrópoli suele embarcar gente minada por padecimientos: enfermos del hígado, del estómago, del pulmón, de algún registro ó rueda importante á la vida. La cara de los que *se van* parece de muñecos de marfil: predomina en la piel el color terroso, amarillento ó hepático. Es posible que no pasen muchos días sin que el buque se alivie de la carga echando al agua el cuerpo inerte de algún pobre que aquí dejó la salud. La proa, donde van los soldados cumplidos, no es cuartel, es una enfermería: en vez de rancho se distribuye por allí pócimas y jaropes. Los chicarrones aquellos, exangües por la disentería y las tercianas, corcovados, hundidos, flojos, se dejan caer como autómatas en cualquiera parte: miran sin ver, desde lo hondo de las cuencas donde se mueve errante la pupila; respiran con dificultad, como si un lingote de plomo les agobiara el pecho. Seguramente algunos de ellos irán al mar... pero los que reviven, los que resucitan, los que conforme pasan días recobran sangre y colores, que son los más, cómo retozan luego por la cubierta, y canturrean alegres seguidillas, y arman su *rondas*, como las que después armarán en el pueblecillo donde la madre ó la novia les espera.

En popa también asistimos á milagrosas resurrecciones, también la salud trae alegría y paz al espíritu: así todo es concordia en el pasaje, que charla placentero, cultiva las relaciones y ve cómo se traban los lazos que el tédio aquí aflojó. Las *singladuras* se suceden sin que surjan disgustos graves entre los pasajeros y cuando, al fin, desde la toldilla del buque, se distingue, entre el azulear de la bruma, el promontorio más avanzado de la Patria, chispean las pupilas, se humedecen los párpados y un sentimiento común confunde á todos en caluroso apretón de manos. De proa á popa corre como un soplo de ventura, que transforma, rejuvenece y hermosea al pasaje: cuando se distingue el Monjuich y la invicta bandera, el oro y grana que sobre el castillo tremola ¡qué poco falta para que caigan todos prorrumpiendo en caluroso viva ó murmurando una oración! De este sentimiento feliz y comunicativo no se libra nadie: ni aun la tripulación del buque, tan acostumbrada á ir y venir, á experimentarlo periódicamente. Hasta se diría que la misma nave también lo recibe y que á su influjo se esponja y gallardea. No ¡no es el mismo buque que zarpó de Manila!: peripuesta, acicalada, bruñida, fregoteada del sollado al tope, se inclina con ter-

nura sobre el manto turquí del mar, para recibir graciosamente el saludo que, desde las almenas del castillo, le envia, flameando, el glorioso y alegre pabellón. También se despide del pasaje con más cumplidos que gastó aquí, en Manila: aquí apenas si les azucaró la boca con un sorbete: allá les despide con una comilona en que se luce el cocinero de á bordo y en que sale á la mesa la vajilla de metal, labrada y cincelada, de las grandes solemnidades.

Manila á 14 de Noviembre de 1894.

FIN

ÍNDICE



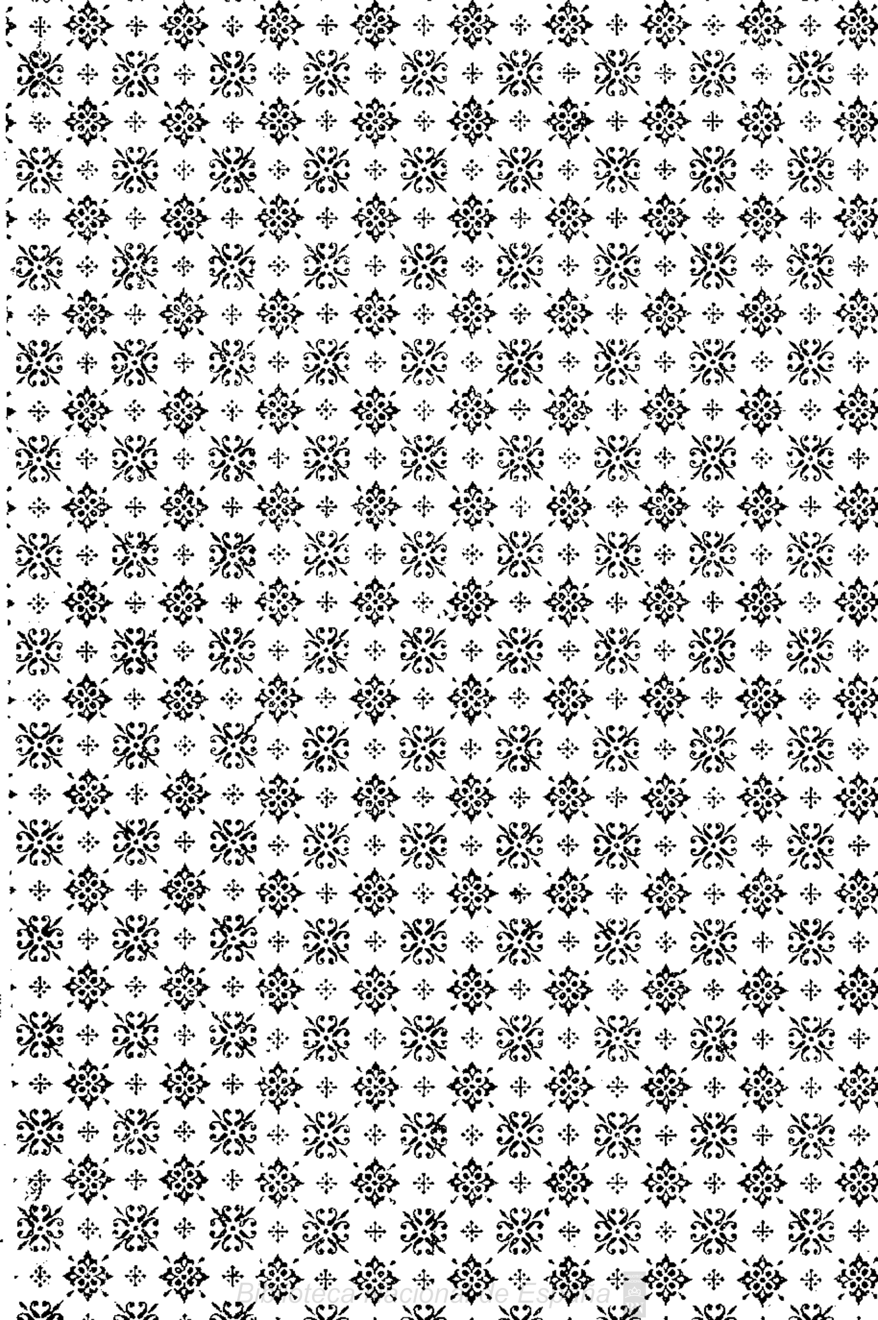


FÉ DE ERRATAS

Pág.	Linea	Dice	Debe decir.
III	10	ver.	vez.
V	6	nínguna . . .	ninguna
4	19	por la popa surjen	por la proa surgen
15	20	Manial. . . .	Manila.
18	7	condeándose .	codeándose
21	6	barajitas. . .	baratijas
22	29	que todavian .	que todavía
32	21	unos bendidos.	unos benditos
35	3	tienen todavía.	tiene todavia
37	19	oxidos. . . .	óxidos
40	12	heterogénos .	heterogéneos
53	24	muchos menos	mucho menos
60	10	va decrcho. .	va derecho
62	8	la ataca . . .	le ataca
63	8	su-	sub-
70	10	mi excusaría .	me excusaría
70	12	lo que releva .	lo que revela
71	8	alhagan . . .	halagan
72	5	seccción . . .	sección
119	29	intertropicalcs	intertropicales
120	21	Pues invierno.	Pues en invierno
122	1	inte-	inten-
122	última	La mayor de .	La mayor parte de
124	24	tanto	tantos
131	15	*carousel*. . .	*carrousel*
155	8	se devisen . .	se divisen
180	12	no te de: . . .	no te de-
"	14	de esta- . . .	de esta
197	5	saludarle- . .	saludarle;
202	25	trasatlántica. .	Trasatlántica
228	13	intricada. . .	intrincada

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
231	15	cuyo frutos.	. cuyos frutos
234	17	leyendo lo. .	. leyendo los
235	20	las nube. .	. las nubes
266	7	la mezquita.	. la mezquita,
,,	14	dátiles. . .	. dátiles,
,,	16	vetanuca. .	. ventanuca
368	12	vendabal. .	. vendaval
275	7	la nevegación.	la navegación
282	28	*coharte* . .	. *cohorte*
285	10	*expontancidad*	. *espontaneidad*
297	20	el vendabal	. el vendaval






BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000538101
8560115385601153